



3 0081 007 948 734

❖ LIBRARY ❖

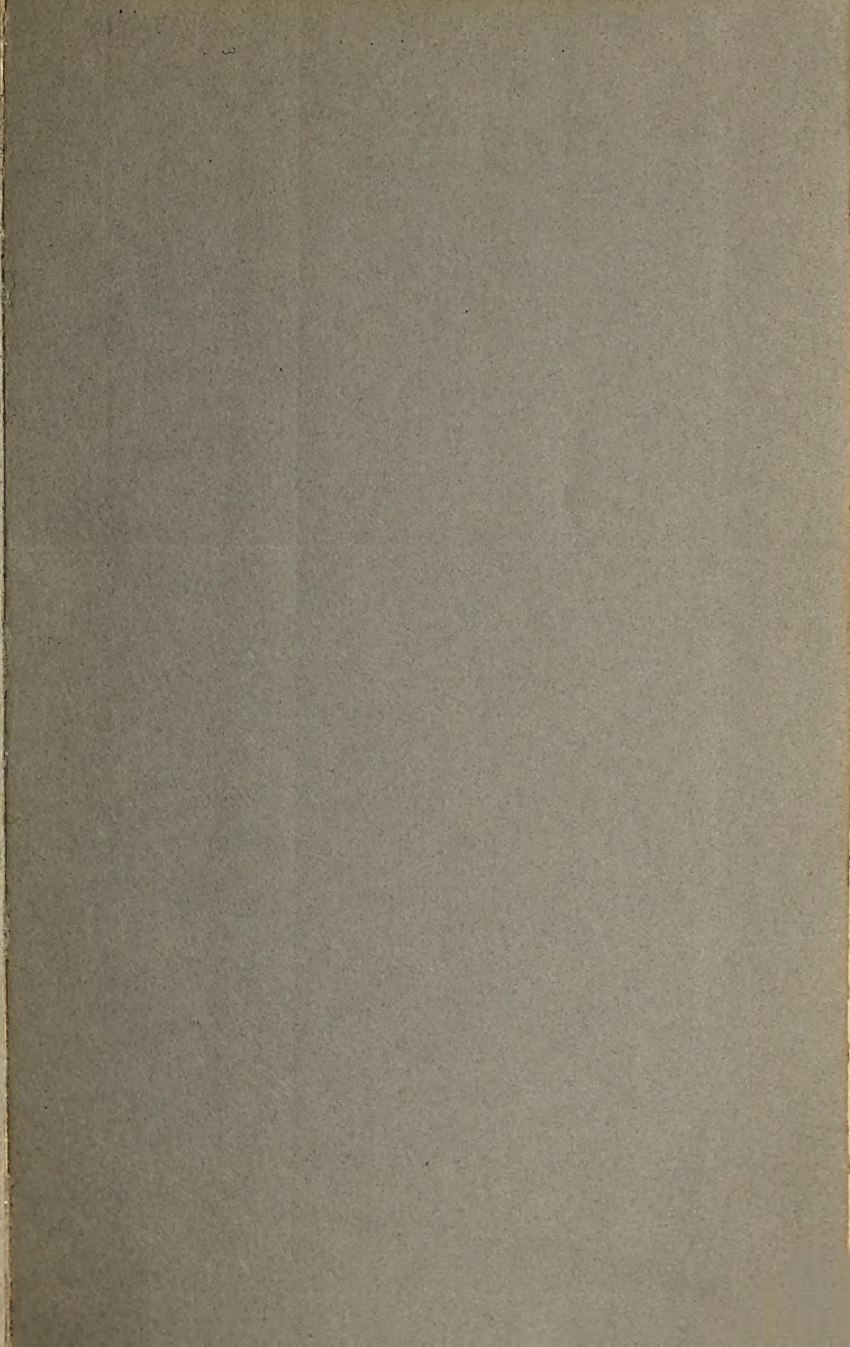
VANDERBILT UNIVERSITY



HN

170702

V.10



TEATRO COMPLETO

TOMO X

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO X

SAINETES Y ZARZUELAS

EL GÉNERO ÍNFIMO.-LA REINA MORA.-ZARAGATAS.
EL MAL DE AMORES.-EL AMOR EN SOLFA.-LA MALA SOMBRA



MADRID

1925

"PRINTED IN SPAIN"

Es propiedad de los autores
Copyright, 1925, by S. y J. Alvarez Quintero

MADRID.-IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

Don. Luis,

170702

EL GÉNERO ÍNFIMO

PASILLO

CON MÚSICA DE LOS MAESTROS VALVERDE (HIJO) Y BARRERA

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 17 de julio de 1901.



A NUESTRO EXCELENTE AMIGO
JOSÉ GARRIDO Y PRIETO

Querido Pepe: Acaso a tu agradable compañía en nuestras recientes visitas a varios salones por el estilo del VERDE-BOTELLA, debamos nosotros el haber escrito este pasillo. Por eso te lo dedicamos. Míralo de hoy más como cosa propia y, ya que eres tan impresionable, no hagas caso ninguno de los que lo elogien por amigos ni de los que lo censuren por envidiosos. Menos que a éstos aún prestes oídos a aquellos cuyo criterio es la obsesión del «trimestre» ajeno, y que salen de toda primera representación haciendo multiplicaciones en los puños de la camisa.—¡Ah! ¡que asco!—como diría don Teodoro.

Fíate de la opinión que a nosotros sabes que nos merece, seguro de que, aunque parezca mentira, es la más imparcial.

Tuyos siempre,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

Madrid, 28 de julio de 1901.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

HERMANAS	{ LOLA.....	MATILDE PRETEL.
PICHICHI.	{ PEPA.....	JOAQUINA DEL PINO.
	{ CARMEN.....	AMPARO TABERNER.
LA BELLA LÓPEZ.....		ISABEL BRÚ.
LOLITA GUIÑOS.....		FELISA TORRES.
M. CHIRRI.....		EMILIO MESEJO.
DON TEODORO.....		JOSÉ MESEJO.
DON ANSELMO.....		EMILIO CARRERAS.
GARRIDO.....		ANSELMO FERNÁNDEZ.
MARTÍNEZ.....		JOSÉ ONTIVEROS.
DON FAUSTO.....		MELCHOR RAMIRO.
UN CALAVERILLA.....		VICENTE CARRIÓN.
ESPECTADOR 1.º.....		ANTONIO P. SORIANO.
ÍDEM 2.º.....		MANUEL DE FRANCISCO.
ÍDEM 3.º.....		JOSÉ PULPEIRO.
ACOMODADOR 1.º.....		VICENTE CODORNÍU.
ÍDEM 2.º.....		VICTORIANO PICÓ.
EL PIANISTA.....		LUIS KUESGA.
EL JEFE DE LA «CLAUQUE».		JOSÉ SÁNCHEZ.

Varios espectadores más o menos pacíficos

EL GÉNERO ÍNFIMO

El teatro representa el escenario y parte de uno de estos salones modernos en que el «género ínfimo» se cultiva. Del segundo término al fondo, se eleva el tablado, que es practicable. Delante de él, en el centro, piano y sillón. A derecha e izquierda del piano, filas de butacas de tres o cuatro cada una, en la misma disposición que las llamadas de orquesta. En el primer término de la izquierda del actor está la puerta de entrada, y en el de la derecha, la de salida. Sobre la embocadura del tablado hay un caprichoso letrero que dice así: SALÓN VERDE-BOTELLA. Las veces de telón las hace una cortina abierta por la mitad, cada una de cuyas partes se descorre hacia un lado de la embocadura.

Aparecen los Acomodadores 1.º y 2.º y dos Espectadores. Luego salen sucesivamente don Teodoro, don Anselmo, don Fausto, Martínez, Garrido, un Calaverilla, el Jefe de la «claque», el Pianista y varios Espectadores más.

ACOMODADOR 1.º *Después de recogerles las localidades a los dos Espectadores que hay sentados en las butacas, y dirigiéndose al Acomodador 2.º, que está junto a la puerta de entrada. Abre ya. Obedece el otro y empieza a llegar el público y a*

colocarse, con ayuda del Acomodador o sin ella. Don Fausto viene con un bastón que parece un amigo. Se sienta a la izquierda, en la segunda fila de butacas, y principia a dar bastonazos fuertes en el suelo.

DON TEODORO. Ese gordo trae prisa.

MARTÍNEZ. Acomodador, ¿cuál es mi sitio?

ACOMODADOR 2.º *¿A ver? Mirando el billete. Aquí. Se coloca Martínez tambien a la izquierda, en la primera fila, número cuatro, sin hablar palabra. El Acomodador observa que trae en la boca una boquilla con un puro y le dice con la mayor amabilidad: No se permite fumar, caballero.*

MARTÍNEZ. *Haciendole oler el puro y con una voz que no deja lugar a dudas. ¡Es brea para la garganta, amigo!*

ACOMODADOR 2.º ¡Ah! Usted perdone.

Martínez se pone a leer un periódico. Siempre que don Fausto golpea el suelo con el bastón, Martínez vuelve la cara y lo mira con una fresca en cada ojo.

DON TEODORO. *A don Anselmo, que llega.*
¡Don Anselmo!

DON ANSELMO. ¡Don Teodoro!

DON TEODORO. ¿Usted en este centro de corrupción?

DON ANSELMO. Pues ¿y usted, caramba, está en misa?

DON TEODORO. Le advierto a usted que esto mío es una casualidad.

DON ANSELMO. Y esto mío otra.

DON TEODORO. Pasé por la puerta...

DON ANSELMO. Sí; tomó usted una entrada...

DON TEODORO. Justamente... Y ya con la entrada en la mano...

DON ANSELMO. ¡Claro es!... Lo mismo que yo.

DON TEODORO. Por cierto que todavía estaba por irme.

DON ANSELMO. (Yo, no.)

DON TEODORO. Me repugnan profundamente estos salones. *Con asco.* ¡Ah! Se respira aquí una atmósfera de vicio, un ambiente tan deletéreo... *Siempre con asco.* ¡Ah!

DON ANSELMO. Deletéreo, sí, señor; deletéreo.

DON TEODORO. *Viendo que don Anselmo no le da paz a las paletillas.* ¿Qué le pasa a usted?

DON ANSELMO. Que el vestíbulo no es tan deletéreo, pero ¡hay una de pulgas!... He cogido una, viendo la Feria de Sevilla, que me va a dar la noche.

DON TEODORO. No me hable usted tampoco del vestíbulo. ¡Qué de socaliñas! ¡qué de máquinas infernales para sacar cuartos! «Meta usted diez céntimos y saldrá un merengue; meta usted diez céntimos y le harán cosquillas; meta usted diez céntimos...»

DON ANSELMO. Y no los vuelve usted a ver más.

ACOMODADOR I.º *Acercándose a Martínez y*

hablándole en la misma oreja. Caballero, no se permite fumar.

MARTÍNEZ. *Que está distraído leyendo.* ¿Eh?

ACOMODADOR 1.º Que no se permite fumar.

MARTÍNEZ. ¡Ya le he dicho al otro que es breal

ACOMODADOR 1.º Usted dispense.

DON FAUSTO. *Canturreando con zumba.*

Y oliendo a brea, y oliendo a brea...

MARTÍNEZ. *Mirándolo de un modo terrible.*
¿Eh?

Don Fausto enmudece.

DON ANSELMO. *Continuando en voz alta su diálogo con don Teodoro.* Algunas noches me han dicho que no se pasa mal del todo.

DON TEODORO. Pero siempre dominará la misma nota nauseabunda y grosera... ¡Ah!

DON ANSELMO. Creo que sale ahí una desgraciada... y le piden que baile el tango...

DON TEODORO. ¡Ah! Le digo a usted que estaba por irme... Y lo baila, ¿eh?

DON ANSELMO. ¿Qué ha de hacer la pobre? Usted calcule... *Remedando a don Teodoro.* ¡Ah!

DON TEODORO. ¡Y sacará las cosas de quicio!

DON ANSELMO. ¿Quién lo duda?

DON TEODORO. ¡Ah!... Me quedaré... pero crea usted que... ¡Ah!

DON ANSELMO. Vamos a sentarnos, si le pa-

rece a usted. ¡Mecachis en la pulga! ¡Me está ampliando!

DON TEODORO. ¡Desdichado país! ¡Nación degradada! ¡Pueblo putrefacto!

DON ANSELMO. (Este hombre es un artículo de fondo.)

DON TEODORO. ¿Qué número tiene usted?

DON ANSELMO. El dos de la primera fila.

DON TEODORO. Y yo el seis.

DON ANSELMO. (Pues me alegro de que haya en medio una cuña.)

Se sientan, no sin un gruñido de Martínez, a quien pisa don Teodoro al pasar.

MARTÍNEZ. ¿En dónde lleva usted los ojos?

DON TEODORO. Usted dispense, caballero.

Se inicia un aplauso que se mantiene unos instantes. Llega el Pianista, que es la personificación del hastio, y se sienta en su sillón. En seguida empieza a tocar la sinfonía, estimulado por las palmas y por los bastonazos de don Fausto. Don Teodoro y don Anselmo siguen su conversación mientras tanto, ora mirándose por detrás, ora por delante de Martínez, que está entre los dos y a quien incomodan de veras.

DON ANSELMO. Tome usted un cigarrillo.

DON TEODORO. Gracias.

DON ANSELMO. ¿Quiere usted cambiar de papel?

DON TEODORO. No.

DON ANSELMO. Pues vaya un fósforo.

DON TEODORO. Encienda usted primero.
Pasean la cerilla por delante de las narices de Martínez.

DON ANSELMO. Encienda usted; hágame el favor ..

DON TEODORO. Hombre, no gaste usted cumplidos.

DON ANSELMO. Como usted quiera.

ACOMODADOR 2.º *Acercándoseles.* Caballeros, aquí no se puede fumar.

DON ANSELMO. *Aludiendo a Martínez.* Como está fumando el señor...

ACOMODADOR 2.º Lo del señor es brea.

DON ANSELMO. ¡Ah! ¡es breal

MARTÍNEZ. *Guardándose resueltamente el puro.*
¡Vaya! ¡Me van a brear a mí entre todos!

Don Fausto suelta una carcajada y Martínez apela a la mirada de antes para callarlo. Acabada la sinfonía suena un timbre, que vuelve después a sonar como anuncio de cada «número» en el Salón, y se descorre la cortina.

DON TEODORO. ¡Vamos a ver esta inmundicia! ¡Ah!

DON ANSELMO. ¡Ah! Vamos a verla. ¿Quién sale ahora?

GARRIDO. *Metiéndose en harina con don Anselmo, que está delante de él.* Las hermanas Pichi-chi: Lola, Pepa y Carmen. Pepa no es hermana talmente, es prima nada más; pero ellas se llaman hermanas por la novedad de la cosa.

DON ANSELMO. Hombre, ¿es una novedad que haya tres hermanas?

GARRIDO. Tres hermanas que hagan lo mismo, sí, señor.

DON ANSELMO. ¡Ah! pero ¿estas tres hacen lo mismo?

GARRIDO. Y muy bien las tres. Verá usted cómo cantan. Son hijas de aquella célebre Rosario la Gorda... ¿No se acuerda usted de ella? Ahora están en grande. Viven, Lechuga, ¡.

DON ANSELMO. (Y ¿por qué me contará a mí este señor todo esto?)

La decoracion que en el tablado se ofrece a la vista del público es de jardín ameno. Por la derecha salen las hermanas Pichichi (Lola, Pepa y Carmen) vestidas de majas y con mantillas blancas. Verlas aparecer y empezar sus funciones el Jefe de la «claqué», todo es uno.

DON FAUSTO. ¡Buenas personas, caballeros, buenas personas!...

Música

LAS TRES.

La mujer que un novio quiera,
que se ponga la mantilla,
porque si así no lo pilla,
nunca saldrá de soltera.

Con la mantilla se vuelve loco
el que más cuerdo se quiera hacer,
porque descubre velando un poco
y porque vela dejando ver.

No hay nada que interese
como lo incierto...
Ni cubierto del todo
ni descubierto...

Es la mantilla española,
de madroños, negra o blanca,
una red en que se prenden
los corazones que pasan.

Su encanto mayor
es hacerla celosía
para las horas de amor.

Y en otro lugar,
haciendo de ella rejilla
sirve para confesar.

— ¡Ay, mi moreno, dime bajito
que tú me quieres con toda el alma,
que yo descorro mi celosía
como me digas que no me engañas!

— ¡Ay, padre cura, yo estoy malita
porque me ha dicho que no me quiere;
dígame, padre, si me condeno
si es que me muero por sus quereres!

Es la mantilla española,
de madroños, negra o blanca,
una red en que se prenden
los corazones que pasan.

Con la mantilla se vuelve loco
el que más cuerdo se quiera hacer,
porque descubre velando un poco
y porque vela dejando ver.

Cesa la música.

Terminado el «número», se retiran las hermanas Pichichi con sus honores; la «claque» y el público aplauden de lo lindo, vuelven a salir, saludan agradecidísimas y se marchan definitivamente sin cantar nada nuevo.

DON TEODORO. *A don Anselmo, molestando siempre a Martínez. ¿Ha visto usted cosa más insípida?*

DON ANSELMO. ¡Insoportable!

DON TEODORO. Este público imbécil las traga como el puño.

DON ANSELMO. Calle usted, no nos vayan a pegar encima.

En esto sale a escena la Bella López, también por la derecha, como todos, capaz de resucitar a un muerto. Al abigarrado concurso, en general, se le

alegran las pajarillas y se la recibe con ¡oles! y aplausos.

DON FAUSTO. ¡Oh! ¡Qué mujer ésta! *Manifiesta su entusiasmo ahora y siempre dando muy fuertes resoplidos, que molestan principalmente al pobre Martínez.*

DON ANSELMO. ¡Es guapeton! ¡es guapeton!

GARRIDO. *Volviendo a la carga.* Muy buena muchacha, no crea usted.

DON ANSELMO. No, si yo no creo nada.

GARRIDO. Es viuda y separada del marido.

DON ANSELMO. ¡Naturalmentel

GARRIDO. Quiero decir que se volvió a casar con un cartero y que se separó de él. Vive, Lechuga, 4.

DON ANSELMO. Bueno, vamos a oírla.
El Pianista vuelve a sus funciones.

Música

BELLA LÓPEZ.

Ven y pasa por mi ventana
que yo te espero, serrano mío;
ven y pasa y verás mis ojos
cómo te disen que no te orvío.

Te yamo y no vienes...
¡er sielo te güerva buena
la mala sangre que tienes!

El público en masa repite el estribillo con la can-

tante. Oles y aplausos. Don Fausto sopla. Martínez estornuda. Don Teodoro gruñe.

Tengo un riso sobre la frente
que a mi mosito lo güerve lelo;
dos risitos en las patiyas
y cuatro risos en er pescueso.

Tengo dos lunares:
el uno, junto a la boca,
el otro... donde tú sabes.

Vuelve el público a repetir el estribillo. Cesa la música. Ovación. La Bella López se retira graciosamente y es llamada a escena con insistencia. Vuelve a salir y se dispone a cantar de nuevo. El Pianista la mira con ojos de carnero a medio morir y siempre bostezando.

DON TEODORO. ¡Esto es híbrido, don Anselmo!

DON ANSELMO. ¡Híbrido, don Teodoro!

DON FAUSTO. *Sin dejar sus resoplidos.* ¡A mí esta mujer me dislocal

MARTÍNEZ. Pues, señor, no tenemos mal ventilador aquí detrás.

DON FAUSTO. *Gritando.* ¡La pulga! ¡La pulga!
ESPECTADOR I.º ¡Malagueñas! ¡malagueñas!

VARIOS. ¡Malagueñas!

GARRIDO. *A don Anselmo.* ¿Usted sabe de quién es hija ésta?

DON ANSELMO. No, señor.

GARRIDO. ¿Usted se acuerda de un jefe de policía que hubo aquí el ochenta y uno?

DON ANSELMO. No, no me acuerdo.

GARRIDO. Pues de ése.

Reaparece la Bella López.

Música

BELLA LÓPEZ.

Las raíces der doló
tengo en el arma metías;
yo lo fuí to pa un serrano
y ahora me ve y no me mira.

Oles y aplausos.

DON TEODORO. *Sin poder contenerse.* ¡Ole!

DON ANSELMO. ¡Don Teodorol

DON TEODORO. ¡Se encenaga uno sin querer,
don Anselmol

DON FAUSTO. ¡La pulgal ¡La pulgal

MARTÍNEZ. Pero ¿qué pulga pide este señor?

DON ANSELMO. No será la que yo tengo, seguramente.

BELLA LÓPEZ. *Cantando.*

Paso por la vera tuya
y tú te encoges de hombros;
y pasas tú por la mía
y se me nublan los ojos.

Cesa la música. Ovación. Retírase la Bella, vuel-

ve a aparecer entre aplausos y oles y vuelve a retirarse.

DON TEODORO. ¡Híbrido, don Anselmo, híbrido!

MARTÍNEZ. *A don Teodoro, harto ya de que lo molesten.* Hombre, ¿quiere usted ponerse aquí junto a su amigo, y así me dejan ustedes en paz?

DON TEODORO. Sí, señor; con muchísimo gusto. *Cambia de sitio con Martínez.*

MARTÍNEZ. (Cuando te dé el soplete del de detrás, ya verás lo que es bueno.)

DON TEODORO. (¿Ve usted? ¡Público soez! ¡Público encanallado! ¡Nación pútrida! ¡Así hemos perdido las colonias!)

Sale ahora al tablado M. Chirrin con un frac que lo mismo puede ser suyo que de un amigo de su alma. Pronuncia el castellano torpemente, con algo de acento extranjero, como si lo fuese de verdad.

DON FAUSTO. ¡Adiós! ¡el adivinador!

CALAVERILLA. ¿Cuándo vas a morirte, hombre?

ESPECTADOR 2.º ¡Fueral! ¡fueral!

ESPECTADOR 3.º ¡Vete ya, guasón!

CALAVERILLA. ¡Que salga la Martínez!

ESPECTADOR 2.º ¡Que baile!

ESPECTADOR 3.º ¡Que se afeitel!

M. CHIRRIN. *Adelantándose a la batería imperturbable, a pesar del caluroso recibimiento. Respe-*

table y distinguidísima concurrencia: voy a tener el gusto de exponer a ustedes...

CALAVERILLA. ¡Deja el discurso, pelmal

M. CHIRRIN. *Como si no fuera con él.* Varios experimentos de adivinación y trasmisión del pensamiento humano, sin contacto alguno. Para ello voy a repartir unas papeletitas entre los señores que deseen probar el fenómeno, en las cuales escribirán aquello que quieran que yo les adivine.

CALAVERILLA. Bueno, baja ya.

Lo hace por una gradilla que hay junto al piano y reparte varios pedacitos de papel en blanco.

MARTÍNEZ. A ver, deme usted a mí una. *Se conoce, en el modo de pedir, que le ha hecho alguna mella la cosa.*

M. CHIRRIN. Tome, señor.

MARTÍNEZ. ¿Qué escribo aquí?

M. CHIRRIN. ¡Ahl lo que usted quiera.

GARRIDO. Lo que quiera usted que el señor le acierte.

M. CHIRRIN. Este caballero me ha comprendido bien.

ESPECTADOR 2.º ¡Es muy listo!

GARRIDO. ¡Animall ¡A la cuadra ésel

DON TEODORO. ¿Qué le parece a usted, don Anselmo? ¡Esto es la última capa social!

DON ANSELMO. Si no es la última, es la penúltima, don Teodoro.

Don Fausto se va quedando dulcemente dormido.

ESPECTADOR I.º *Levantándose.* Va usted a hacerme el obsequio de adivinarme a mí...

M. CHIRRI. ¿Ha escrito usted ya?...

ESPECTADOR I.º Sí, señor.

M. CHIRRI. Bien; pues sírvase taparme los ojos. Tome este pañuelo. Colóquese ahora detrás de mí, y mándeme con el pensamiento lo que quiera que haga. Con mucha fuerza, ¿eh?

Una vez vendado M. Chirrin principia a dar carreras y saltos de epiléptico y a pegarse puñetazos en la cara, avanzando y retrocediendo por entre las filas de butacas y palpando y sobando a todos. El otro lo sigue con el entrecejo fruncido y sin mirar a nadie. Es de los que lo toman en serio. A Martínez le causa el espectáculo supersticiosa curiosidad.

ESPECTADOR I.º Sí, señor, sí.

M. CHIRRI. Siga... sígame... piense... piense... piense bien... *Palpando a uno.* Toco... toco... ¿Qué hago?... ¿qué hago?...

MARTÍNEZ. No se lo diga usted.

M. CHIRRI. Mándeme con fuerza... Así... así... *Dirígese como una bala a don Anselmo, y despues de sobarlo a su antojo, le coge el sombrero y se lo apabulla.* Esto... esto... No; no es esto, no... no...

DON ANSELMO. *Apoderándose de su sombrero.* ¡Ya lo creo que no!

M. CHIRRI. ¡Sígame... no dude... no se distraiga! ¡Ah! ¡ah! *Coge el sombrero de don Fausto, que está dormido, y con el en la mano, baila inde-*

ciso en mitad de la escena. Al fin sale corriendo como loco y se lo mete hasta las orejas al Pianista. El pueblo se ríe. Esto... esto sí... Piense... piense... ¿qué hago?... ¡Ahl ¡sí! Esto, esto es.

ESPECTADOR 1.º *Rompiendo a aplaudir entusiasmado y leyendo el papel. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Divinamente! «Que le quite el sombrero a aquel señor grueso, y que se lo ponga al pianista.»*

Aplausos generales. M. Chirrin se descubre los ojos y le pone el sombrero a don Fausto, que al ruido de los aplausos se despierta y grita golpeando el suelo con el bastón:

DON FAUSTO. *¡La pulga! ¡La pulga!*
El Espectador 1.º vuelve a su sitio.

MARTÍNEZ. Eso es que ve.

GARRIDO. Y ¿qué tenemos con que vea?

M. CHIRRIN. ¿Hay algún otro caballero que desee probar?

MARTÍNEZ. Sí, señor, yo. ¿A que no me acierta usted a mí lo que yo quiero?

M. CHIRRIN. ¡Ahl si usted se presta a ello, lo mismo. Sírvase cubrirme los ojos. *Se repite la misma faena. Martínez aprieta más que un dolor. ¡Ayl No hace falta que apriete usted tanto...*

MARTÍNEZ. Sí, sí... *Una vez que lo ha vendado, se le pone delante y lo amenaza con el puño, a ver si lo ve. En seguida se convence de que no. ¡Al pelo! Ande usted ahora.*

M. CHIRRIN. Sígame muy de cerca y mandándome muy fuerte con el pensamiento. *Vuelta*

a las carreras y a los saltos y al sobar general.

Venga... venga... Cojo... cojo... no... no...

MARTÍNEZ. ¡Sí; si me lo va a acertar!...

M. CHIRPIN. Piense bien... ¿Qué debo hacer?
¡Dígame!...

MARTÍNEZ. Sí, sí...

M. CHIRPIN. No se distraiga... Fuerte... fuerte... ¡Ah! *Sube al escenario corriendo.*

GARRIDO. ¡Sígalo usted, hombre!

MARTÍNEZ. Es lo mismo; a mí no me lo acierta.

Sube también al escenario. M. Chirpin da una vuelta por el seguido de Martínez. En seguida vuelve a bajar. A Martínez se conoce que le llama la atención algo que ve por el interior del jardín y se queda arriba mirando hacia la izquierda con curiosidad.

M. CHIRPIN. Bajo, bajo... Aquí no... no es aquí... *Lleno de angustia ya.* Piense... piense... sígame...

GARRIDO. *A Martínez, que está todavía arriba.*
¡Pero hombre, baje usted! Así ¿cómo quiere usted que el hombre haga nada?

M. CHIRPIN. Imposible... imposible así...

MARTÍNEZ. *Bajando.* No, si es igual... Verá usted cómo a mí no me lo acierta. ¡Ahora no ve!

M. CHIRPIN. ¿Qué ver?... ¿qué ver?... Mándeme.... *Martínez obedece.* ¡Ah! ¡ya! Esto... esto sí...
Va a la butaca en que estaba Martínez y coge el periódico que éste leía.

MARTÍNEZ. *Algo sorprendido.* Va bien, va bien...

M. CHIRPIN. ¿Qué hacer yo con esto? Diga... diga...

GARRIDO. *Como si fuera el padre de M. Chirrin.* No se distraiga usted y piense... Si no, no hay modo...

MARTÍNEZ. Ya... ya pienso... *Pone toda su alma en el asunto. Los ojos muy fijos parece que se le van a saltar.*

M. CHIRPIN. No sé... no sé... no doy.

MARTÍNEZ. ¡Es qué es muy difícil!

M. CHIRPIN. ¡Ah! es imposible. No sirve... no piensa... se distrae... me vuelve loco... *Quítase la venda.*

MARTÍNEZ. ¿No lo decía yo?

M. CHIRPIN. Pero ¿qué ha pensado usted, caballero?

MARTÍNEZ. Aquí está escrito; yo no engaño a nadie... «Que coja el *Heraldo* que hay en mi asiento y que me acierte la charada.»

Risas generales.

M. CHIRPIN. *Con espontáneo arranque en su lengua nativa.* ¡Nos ha fastidiado éstel... *Enmendando el lapsus linguae en seguida.* ¡Nos ha fastidiado éstel! Ya comprenderá el respetable público que es absurda la pretensión...

MARTÍNEZ. ¡Como que me trae loco!

GARRIDO. (¡Qué animal!) *Coge el «Heraldo» y se pone a leer la charada.*

M. CHIRRIÑ. Mi deber no es ése... mi deber... Mis facultades... mi... El fenómeno de la transmisión... contacto, nunca... pero charadas, menos... Servidor de ustedes. Buenas noches. *Aplausos fríos*. Muchísimas gracias. *Retirándose, y otra vez en su lengua nativa*. (¡Los hay que debían estar en un pesebre!)

CALAVERILLA. ¡Adiós, y que te alivies!... ¡Qué posmal

GARRIDO. *Tocándole en un hombro a Martínez y con cierto misterio*. Tarugo.

MARTÍNEZ. ¿Cómo?

GARRIDO. Tarugo.

MARTÍNEZ. ¡Oiga usted!

GARRIDO. Tarugo es la charada. Ruta... gota... Tarugo.

MARTÍNEZ. ¡Pues es verdad! Tarugo es, sí, señor. Muchas gracias. Yo es que creí que ruta era con dos erres.

Sigue en el escenario a M. Chirrin, Lolita Guinños, con mantón de Manila. Al presentarse estalla un aplauso. El pueblo se anima visiblemente.

DON FAUSTO. ¡La pulgal! ¡La pulgal!

DON ANSELMO. ¿Otra vez?

DON TEODORO. *Para sí*. (¡Esto sí que es canela final)

DON FAUSTO. ¡Vaya una mocita con circunstancias! *Vuelve a sus resoplidos*.

CALAVERILLA. (Ya me ha visto. La traigo loca.)
¡Ejem! ¡ejem!

GARRIDO. *A don Anselmo.* ¿Sabe usted quién anda detrás de ésta?

DON ANSELMO. No, señor; ni delante.

GARRIDO. Bueno... pues... ¿Conoce usted a un teniente de caballería, alto...?

DON ANSELMO. No, señor.

GARRIDO. Moreno... grandes bigotes...

DON ANSELMO. No lo conozco.

GARRIDO. Pues ése. Le está sacando un dineral.

DON ANSELMO. (Pero ¡qué enterado está este sujeto de todo lo que a mí no me importa!)

GARRIDO. Lechuga, 8.

DON ANSELMO. ¿También Lechuga?...

Lolita Guíños baila una petenera que levanta en vilo al más pacífico espectador. El que más y el que menos quisiera tener la cabeza en los pies, por lo baja, para verle bien las pantorrillas. A la conclusión de la petenera estalla otro aplauso, y se retira saludando la artista.

DON FAUSTO. ¡La pulga! ¡La pulga!

ESPECTADOR I.º ¡Tangol! tangol...

VARIOS. ¡Tangol! tangol...

DON TEODORO. ¡Eal ya están pidiendo...—Pidiéndolo el a su vez—tangol!

UNO. ¡Tangol!

DON ANSELMO. Pero ¿es posible que pidan...?
—Lo mismo—tangol!

OTRO. ¡Tango!

DON TEODORO. Mire usted que pedir ahora...
¡tango!

OTRO. ¡Tango!

DON ANSELMO. Nada, nada, tendremos...
¡tango!

MUCHOS. ¡Tango! ¡tango!

El Pianista lo empieza a tocar. Aplausos.

DON TEODORO. ¡Se salieron con ella! ¿Ha visto usted qué escoria viene aquí, don Anselmo?

DON ANSELMO. ¡Yo estoy pasando un rato horrible!

Sale Lolita Guños con un sombrero ancho muy echado a la frente y al compás del tango que empieza a bailar desde la salida.

DON TEODORO. *Abriendo cada ojo como un perro grande.* ¿Eh? ¿Qué le parece a usted el espectáculo?

DON ANSELMO. *Con la baba caída.* ¡Deletéreo ¡deletéreo! ¡No hay que darle vueltas!

DON FAUSTO. *Dando un resoplido a todo pulmón.* ¡Esto es glorita pural

DON ANSELMO. *Sintiendo el aire en el cogote.* Pero ¿hay corriente aquí?...

DON FAUSTO. Usted perdone; he sido yo.

DON ANSELMO. No hay de qué; puede usted soplar lo que quiera.

MARTÍNEZ. *Entusiasmado.* ¡Hija de mi alma!

DON ANSELMO. *Soltando un suspiro que es un*

poema. ¡Ay! ¡Ahora sí que es fácil adivinar aquí el pensamientol

CALAVERILLA. (¡Me está brindando lo mejor!) Gracias, prenda.

DON ANSELMO. *A Garrido.* ¿Lechuga... cuántos, ha dicho usted?

DON TEODORO. ¡A mí se me levanta el estómagol

DON ANSELMO. ¡Y a mí también!

Acabado el tango se corre la cortina, que vuelve a descorrerse a los aplausos del público a Lolita Guños, y todo el mundo se pone en pie para irse. Los Acomodadores abren la puerta de salida y la gente la toma haciendo comentarios. El Pianista, sin dejar sus bostezos, se retira por la otra puerta.

DON TEODORO. ¡Me voy! ¡me voy! ¡No puedo permanecer aquí más tiempo! ¡Ah!

DON ANSELMO. ¡Como que se ha acabado esta sección, amigol

DON TEODORO. Aunque no fuera así, me iría. ¡Qué asco de salón! ¡Ah! ¡Hasta los acomodadores me repugnan! ¡Adiós, don Anselmol

DON ANSELMO. ¡Adiós, don Teodorol

DON FAUSTO. ¡Pues, señor, esto cada día está más sosol

MARTÍNEZ. ¡Yo no sé cómo viene aquí nadiel

GARRIDO. ¡Se aburre uno que es una bendición!

ESPECTADOR I.º ¡Esto va de capa caídal

DON ANSELMO. (¡Si se enterase Filomenal...
¡Uh! Y ¡qué diantrel... ¡puede que se explicara lo
del sábadol)

Quedan solos los dos Acomodadores.

Pausa.

Despues, entre una porción de Espectadores (público nuevo), vuelven don Teodoro, don Anselmo, don Fausto, Garrido, Martinez y el Calaverilla.

ACOMODADOR I.º Poca gente ha quedado para esta sección. Abre ya.

El otro obedece. Principia a entrar el público y a colocarse en las butacas.

DON TEODORO. ¡Parece imposible que venga nadie a estos espectáculos nefandos!

DON FAUSTO. *Dando bastonazos en el suelo apenas llega. ¡La pulga! ¡La pulga!*

DON TEODORO. ¡Hombrel ¡el de la pulga otra vez!

Pasea hacia la derecha. Al volver hacia la izquierda, ve a don Anselmo, que llega en aquel momento y se queda clavado. Don Anselmo viene queriendo recordar lo que cantó la Bella López, y al ver a don Teodoro se le corta el resuello.

DON ANSELMO.

Tengo dos lunares...
tengo dos lunares...

Se miran desde lejos. Pausa. Ninguno sabe

cómo romper ni cómo excusarse. Don Anselmo se decide al fin por echarlo a broma. ¡País pútrido! ¡No me diga usted más!

Sale el Pianista y se sienta en su sillón. Aplausos tibios.

DON TEODORO. No... sino que salí... y como no llovía...

DON ANSELMO. Es claro... como no llovía... se metió usted aquí otra vez... ¡Si hubiera llovido, no sale! ¿Vamos a sentarnos, en vista de que ahora no llueve?

DON TEODORO. Y ¡qué remedio quedal

DON ANSELMO. Aguarde usted un momento.

Al público:

Toleraremos, ¡oh públicol
este espectáculo... híbrido,
si tú, con aplauso unánime,
premiás EL GÉNERO ÍNFIMO.

FIN

Madrid, junio, 1901.

L A R E I N A M O R A

SAINETE EN TRES CUADROS

CON MÚSICA DE JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 11 de diciembre
de 1903.

A SINESIO DELGADO,
*a quien los autores españoles debemos
eterna gratitud, sus buenos amigos,*

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CORAL.....	JOAQUINA DEL PINO.
MERCEDES.....	LUZ GARCÍA SENRA.
DOÑA JUANA LA LOCA.....	PILAR VIDAL.
LAURÁ.....	AVELINA AMORÓS.
ISABELITA.....	BRAULIA GÁLVEZ.
COTUFA.....	BONIFACIO PINEDO.
DON NUEZ.....	EMILIO OREJÓN.
ESTEBAN.....	JUAN REFORZO.
MIGUEL ÁNGEL.....	JOSÉ MESEJO.
EL NIÑO DE LOS PÁJAROS.....	JULIA MESA.
UN EMPLEADO DE LA CÁRCEL.	MIGUEL MIHURA.
UN SERENO.....	RUFINO SUÁREZ.
UN GUITARRISTA.....	MANUEL SÁNCHEZ.

*Oficiales de Mercedes, carceleros, presos y amigos
de Don Nuez.*

LA REINA MORA

CUADRO PRIMERO

Sosegado rincón en un barrio antiguo de Sevilla. A la derecha del actor, cerrando la escena, una tapia almenada, por detrás de la cual asoman los árboles de un jardín. En ángulo recto con ella, de frente al público, ventana enrejada de la casa de Coral, con celosía. Al pie de ella, un poyete. A la izquierda, en el mismo término, también de frente al público, otra ventana mucho mayor, que corresponde al taller de costura de Mercedes. Entre ambas ventanas, un pasadizo techado, tortuoso y sombrío, con salida a otras calles por el fondo del escenario. En este pasadizo, a la derecha, está la puerta de la casa de Coral. A la izquierda, enfrente, la de la casa de Mercedes, y junto a ella, la de Miguel Ángel. Cerca de la casa de Coral, un retablo, ante el cual pende una lamparilla.

Es una mañana de invierno, templada y alegre. El sol da en la calle de plano.

La ventana del taller de Mercedes aparece abierta. En él se ve a varias oficialas cosiendo, entre las cuales están Isabelita y Laura. Mercedes, sentada en el alfeizar, cose también.

Miguel Ángel, sentado, asimismo, en una silla sin respaldo, junto al poyete de la derecha, enjalbega, pinta y recompone imágenes. Viste blusa de dril, manchada de escayola y pintura, y sobre ella, americana vieja de invierno. Usa también babuchas de orillo, gorro de estambre, pipa y gafas. Bajo el asiento tiene un frasco de vivificante «caza-lla», tapado con una copita.

A Coral se la oye cantar dentro de su casa.

Música

CORAL.

Compañero del arma y la vía,
sin ti no vivo;
por er día y la noche, gitano,
sueño contigo.

—

MIGUEL ÁNGEL.

¡Qué caprichos tengo yol
¡Preferí las medias blancas
y las ligas de coló!

—

CORAL.

Quiero verte a mi vera pa siempre,
los dos juntitos...
Le hase farta a mi cuerpo tu sombra,
serrano mío.

—

¡Qué poquito er tiempo corre:
que no da la hora que espero
la campana de la torrel

Dala, campanita,
campanita, dala;
dala, que con eya
me darás el arma.

MERCEDES. *Cantando mientras cose.*

Seviyanito de mala sangre,
tienes muñecos en la cabeza,
y vale mucho mi personita
pa que se siegue con tu fachenda.

MIGUEL ÁNGEL.

Amariyo, sí;
amariyo, no...

LAURA. *Lo mismo que Mercedes.*

Gitano,
de mi casa me he perdío,
yévame tú de la mano.

MERCEDES.

Mi hermana
se va a escapá con su novio
mañana por la mañana.

Se levanta Miguel Ángel y entra en su casa.

CORAL.

Si tus ojos queriendo mirarme
miran pa er sielo,
se hayarán a mis ojos buscando
sus compañeros.

MERCEDES.

Er que yo quiera queré
ha de tené la cabeza
muy distante de los pies.

—

CORAL.

Por er día y la noche, gitano,
contigo sueño...
Le hase farta a mi cuerpo una sombra:
la de tu cuerpo.

—

*Sale Miguel Ángel de su casa con un frasquito
de barniz, y se sienta a continuar su labor.*

¡Qué poquito er tiempo corre:
que no da la hora que espero
la campana de la torrel
Dala, campanita,
campanita, dala;
dala, que con eya
me darás el arma.

Cesa la música.

*Doña Juana la Loca sale por el fondo antes de
terminar la música, y al oír cantar a Coral se de-
tiene a escucharla pegando la oreja a su puerta.*

*Es una vieja de ahora, pero que parece del si-
glo XVII. Viste de velo y mantón negros. En las*

sienes lleva dos parches, negros también. Viene como de misa, con catrecillo al brazo, rosario y libro de oraciones.

DOÑA JUANA. Mora, o cristiana, o bruja, o lo que sea, canta que da gusto de oírla.—Dios guarde a usted, señó Miguel Ánge.

MIGUEL ÁNGEL. Venga usted con Dios, señora doña Juana. ¿De misa?

DOÑA JUANA. De misa. Y de confesá, como todos los días.

MIGUEL ÁNGEL. Pero ¿tanto peca usted, señora?

DOÑA JUANA. No es que peque; sino que me gusta descargá la consiensa a diario.

MIGUEL ÁNGEL. Pos si yo fuera er cura, le daba a usted un *vale* pa to er mes.

DOÑA JUANA. *Refunfuñando.* No me gaste usted siertas bromas. ¿Le parese a usted regulá que un hombre que se gana la vida restaurando imágenes, eche a juego las cosas santas?

MIGUEL ÁNGEL. Con ningún santo me he metío yo, doña Juana. Entre tos me yenan la oya, y son pa mí como de la familia. ¡No fartaba más! Miste qué San Antonio estoy retocando: tiene cara de húa.

DOÑA JUANA. ¿Digo, eh?

MIGUEL ÁNGEL. Arrepáre usted en la malisia que le he puesto en los ojos. Como es un santo ar que no le píen más que novios las devotas, el artista tiene que darle su intensión.

DOÑA JUANA. Ya, ya... Bueno está usted.

MIGUEL ÁNGEL. Pos fíjese usted en este San Roque. Me lo trajeron ayé sin cabeza, y míste-lo ya.

DOÑA JUANA. ¿Qué ha hecho usted con él?

MIGUEL ÁNGEL. Sacarle farsiones a la calabasa, y ponérsela en er pescueso. El artista no se apura nunca.

DOÑA JUANA. Más valía que le diera usted gracias a Dios, que hasta en invierno le calienta a usted este rinconsito pa que se venga a trabajá.

MIGUEL ÁNGEL. Es que Alá es grande, señora mía, y se acuerda de los pobres más que de los ricos.

DOÑA JUANA. *Refunfuñando nuevamente, como siempre que le desagrada mucho alguna cosa.* ¡Alá!... ¡Alá!... ¡Herejotel... Va usted a parar en el infierno.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Tomal Ya lo sé. Y que según me estoy preparando er cuerpo, voy a ardé en dos minutos. *Sacando de debajo de la silla el frasco del aguardiente.* ¿Quié usted un trago?

DOÑA JUANA. *Después de mirar con recelo a la ventana de Mercedes.* Luego murmuran...

MIGUEL ÁNGEL. Ahora no nos ve nadie. Siéntese usted aquí en er rincón.

DOÑA JUANA. Es usted el demonio. *Se sienta en el poyete, y se bebe una copita de anís que le da Miguel Ángel.*

MIGUEL ÁNGEL. Verá usted gloria.

DOÑA JUANA. Muy rico, muy rico... *Un poco arrepentida.* No siento más sino que tendré que confesarlo mañana.

MIGUEL ÁNGEL. Más lo siento yo entonses.

DOÑA JUANA. ¿Por qué?

MIGUEL ÁNGEL. *Apurando una copa y relamiéndose.* ¡Porque pasao mañana está aquí er cura!

DOÑA JUANA. Vamos, cáyese usté o reñimos. *Con misterio.* Y diga usté, diga usté, señó Miguel Ánge: ¿qué hay de la Reina Mora, como usté la yama?

MIGUEL ÁNGEL. Lo mismo e siempre: no se descubre tanto así. A esta casa le desían antes en Seviya la «casa 'er duende»; pero hasta ahora sí que no ha estao ese nombre bien puesto. Ni puerta ni ventana se abren pa na. Y como er barrio es tan cayao y tan solo, to paese aquí cosa e leyenda. Dos meses hase que vive en la casa esa mujé, y nadie la ha visto más que de refilón, o argún que otro momento que se asoma pa echá una limosna. Ocurta está como un tesoro; quien la guarda, la guarda bien. Por eso, y por los ojos que tiene, que son dos carbones, le puse yo la Reina Mora. Y er mote ha hecho fortuna. Así la yaman ya en to er barrio.

DOÑA JUANA. Y ¿es tan hermosa como cuentan?

MIGUEL ÁNGEL. Es pa dejá de sé cristiano, si eya fuese mora de verdá.

DOÑA JUANA. ¡Jesús, Maríal
MIGUEL ÁNGEL.

*Por un beso de su boca
diera a Granada Boadí...*

Eso, Boadí; que yo, con tá que me mirara, me queaba sin un santo de éstos.

DOÑA JUANA. ¡Mira el viejo también! Y ¿es verdá que hay un hombre que manda en eya?

MIGUEL ÁNGEL. Sí, señora. Es la única arma viviente que ha entrao por esa puerta. ¿Su marío? No sé. ¿Su novio? No sé. ¿Su amante? No sé. Misterio y más misterio, doña Juana.

DOÑA JUANA. ¿Será un real moso?

MIGUEL ÁNGEL. ¡Ca! ¡Si eso es lo que más indirna, señora! Tiene coló e maseta, ca ojo de un tamaño... y por la narí le ve usté hasta er forro e la coroniya. ¡Un fenómeno! Yo, como soy escurtó, sufro una atosidá cuando lo miro.

DOÑA JUANA. ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Qué cosas suseden! *Se levanta.*

MIGUEL ÁNGEL. ¿Se va usté ya?

DOÑA JUANA. Sí, señó. Hasta mañana. A vé si mañana sabemos algo más... porque así no es posible...

MIGUEL ÁNGEL. ¿Quié usté otra copita?

DOÑA JUANA. No, señó; que luego me da tos, y no gano pa pagá al burrero.

MIGUEL ÁNGEL. Pos que Mahoma la proteja.

DOÑA JUANA. ¡Y dale con Mahomal

Al pasar por la ventana de las costureras la detiene Mercedes.

MERCEDES. Vaya usted con Díos, doña Juana.

DOÑA JUANA. Hola, mosita.

MERCEDES. ¿Viene usted de confesá?

DOÑA JUANA. De confesá.

MERCEDES. ¿Le ha dicho usted al cura lo de *Seboya*?

DOÑA JUANA. Y ¿qué es lo de *Seboya*?

MERCEDES. Ese majito que la ronda a usted.

DOÑA JUANA. *Yendose de estampía por la izquierda.* ¡Vaya, vaya! ¡Se conose que hay buen humor!

Las muchachas se ríen. Miguel Ángel se levanta y se acerca a la ventana de Mercedes.

MIGUEL ÁNGEL. Esa pobre doña Juana la Loca está ya de remate.

MERCEDES. ¡Clarol! Se junta con usted...

MIGUEL ÁNGEL. ¡Como que éste es el barrio e los chiflaos! Tú misma no estás güena de la cabeza.

MERCEDES. ¿No, verdá? Pos me farta mucho pa tirá piedras por la caye.

MIGUEL ÁNGEL. Ya las tirarás con el tiempo.

MERCEDES. ¿Adónde? ¿A la cabeza de alguno?

MIGUEL ÁNGEL. O de alguna; vaya usted a sabé. Oye.

MERCEDES. Oigo.

MIGUEL ÁNGEL. ¿Te arreglas con don Nuez o no te arreglas?

MERCEDES. ¿Yo con don Nuez? No me gusta ese postre.

MIGUEL ÁNGEL. Pos mira, es un mosito mu jacarandoso.

MERCEDES. Sí, señó; y hasta guapo, si no fuera por la nuez que tiene.

MIGUEL ÁNGEL. Es verdá que la nuez lo afea.

MERCEDES. Como que cuando bebe agua paese que va a poné un güevo por la boca.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Jel!

MERCEDES. Sobre que ahora no piensa en mirarme. Ni é, ni ninguno der barrio. Aquí ya no hay más mujé que la Reina Mora.

MIGUEL ÁNGEL. ¿Paese que te pica?

MERCEDES. ¿A mí? Está por nasé la que me quite er sueño.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Ole! Así me gustan a mí las personas: que les sarga el orguyo hasta por los bujeriyos de las orejas.

MERCEDES. Pos así me parió mi madre. Si se quitara usté noventa años, mi marío.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Grasiosal... ¿Quiés vé a don Nuez?

MERCEDES. Ni en fotografía iluminá.

MIGUEL ÁNGEL. Pos sierra los ojos.

MERCEDES. ¿Viene ahí?

MIGUEL ÁNGEL. Comiéndose la caye. *Vuelve a su rincón y continúa trabajando.*

MERCEDES. ¿Sí, verdá? Prevenirse, niñas.

Sale por la izquierda don Nuez. Las muchachas lo reciben y lo saludan con toses burlonas.

DON NUEZ. *Amoscado y deteniendose en medio de la calle.* ¡Chavó qué tozes! ¿No pazan por aquí las burras? *Se ríen todas.* A Miguel Ángel. ¿Ve usté? Ya está. Tenían laz uñas fuera... zorté un gorpe... y toas en er borziyo.

MIGUEL ÁNGEL. Pero ¿por qué tosían?

DON NUEZ. Por na... Zon jóvenes... y como están ar zó...

MIGUEL ÁNGEL. ¿Has visto a Mercedes?

DON NUEZ. La he visto zin mirarla. Que zuffra. Tiene mucho humo en er pizo arto, y zi me arrimo me va a *culotá*.

MIGUEL ÁNGEL. Destemplaiya está esta mañana.

DON NUEZ. Más lo estoy yo, que me han zarlao jasta los bordones. Zólo que lo mismo ze me da de Mercedes que de una papeleta cumplía.

MIGUEL ÁNGEL. Entonses ¿qué te ocurre?

DON NUEZ. Lo que usté zabe de memoria. ¡Mardito zea er quezol! ¿Ha zalío eza mujé a la ventana? *Señalando a la de Coral.*

MIGUEL ÁNGEL. Ni pa sacudí los sapatos.

DON NUEZ. Me tiene zin zentío, zeñó Miguel Ánge. De tanto penzá en eya me están zaliendo cayos en la frente.

MIGUEL ÁNGEL. Siéntate aquí un poco, y esahoga.

DON NUEZ. *Obedeciendolo.* Desde que la vi, ya pa mí no hay mujeres bonitas. Me ha cegao. Y mi berrinche está en que no le pueo decí dos palabras, ni cantarle dos coplas, ni ziquiea mirarla con idea, porque nunca ze deja vé. ¡Mardito zea er quezol Zi anduviea por er mundo como toas las mujeres, ¿usté ze cree que a estaz horas no había yo jecho con lápi un palito más en la paré e mi cuarto?

MIGUEL ÁNGEL. ¿Es que apuntas las *virtimas* con palitos?

DON NUEZ. Ezo. Y está la paré que paece una vaya. Y me vi a tené que mudá a otro cuarto más grande.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Echal

DON NUEZ. ¿Y er novio, no ha venío?

MIGUEL ÁNGEL. Que yo sepa, no.

DON NUEZ. Azí ze me regüerven a mí las tripas, de penzá que eze hombre, que a reá la entrá ze ganaba la vía, manda en eza marnolia y la tiene ahí encerrá como si fuea una esclava.

MIGUEL ÁNGEL. Pos pa estos casos son las agayas de los hombres.

DON NUEZ. *Levantándose.* Déjeze usté dí... y déle usté tregua ar tiempo; que por pazárzela a aquéya por los moños y porque me trae como no me ha traío ninguna, no va a tardá mucho la noche en que zuene un bezo mío en eza ventana.

MIGUEL ÁNGEL. ¿En un visiyo?

DON NUEZ. *Quemado.* ¡O en una boca de cla-

vél ¡Ze yame Zulaminda, como usté le ha puesto, o ze yame María Azunción!... Zi ze yama María Azunción, azín estoy propio; pero zi ze yama Zulaminda, me compro un turbante y unas babuchas...

MIGUEL ÁNGEL. Y te pones a vendé dátiles, ¿no?

DON NUEZ. ¿Dátiles? Ar tiempo; que vi a gastá un lápi entero en jacé er palito.

MIGUEL ÁNGEL. Te encuentro mu quemao.

DON NUEZ. Es que las mujeres zon candela. *Mirando hacia el foro y golpeando el suelo con el pie.* ¡Mardito zea er quezo!

MIGUEL ÁNGEL. ¿Qué hay?

DON NUEZ. ¡Que viene ahí eze arangután! Me güervo'espaldas pa no tené pendencia.

Aparece Cotufa en el fondo del pasadizo, y avanza lentamente por el. Es feo como un tiro, pero simpático; gracioso. Viene de capa, embozado con presunción y contoneándose mucho. A la salida del pasadizo se detiene y mira con descaro al grupo que forman don Nuez y Miguel Ángel. Vuelve luego la espalda y se encamina hacia la izquierda, por donde al fin se va, no sin pararse otra vez a contemplar a las costureras. Durante su paso, ninguno de los presentes le quita ojo. Las muchachas primero contienen la risa y luego se agolpan a la ventana para verlo marchar.

DON NUEZ. *Con desden olímpico.* Don Árvaro o er zino de las criaturas.

ISABELITA. ¡Jesús, qué hombre! ¡Paese un corcho quemaol

LAURA. ¡Ay, qué meneo yeval

MERCEDES. Como no tenga arguna habilidá secreta, no me esplico er partío.

ISABELITA. *Llamando en son de burla.* ¡Sssss! ¡ssss!... ¡Er de la capal

Huye hacia dentro y todas con ella, como si hubiera vuelto la cara Cotufa. Risas generales.

MERCEDES. Mujé, por Dios; ¡qué cosas tienes! *Vuelven a su labor.*

DON NUEZ. Jasta en carzonciyos ze da tono eze tío.

MIGUEL ÁNGEL. Pos venía a hablá con eya, y no le ha hecho gracia verte aquí.

DON NUEZ. Ya ze acostumbrará, zi quiere.

Óyese cantar dentro, hacia el foro, al Niño de los pájaros.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Er Niño e los pájaros! ¡Yá-malo en seguía, don Nuez!

DON NUEZ. Y ¡qué farta nos jace?

MIGUEL ÁNGEL. ¡Yámalo y no seas tontol! ¡Verás tú cómo sale la palomal

DON NUEZ. ¿Zí? No es menesté más: por laz orejas viene. *Corriendo hacia el foro y llamando.* ¡Niñol! ¡Niño e los pájaros! ¡Ven acál! *Volviendo junto a Miguel Ángel, mientras el Niño llega.* Y ¡qué jace er niño pa que zarga?

MIGUEL ÁNGEL. Na más sino que el otro día cantó aquí su pregón, le sacó dos coplas a eya,

y eya se asomó a la ventana pa darle una limosna. Es la única vez que yo la he visto.

DON NUEZ. ¡Pos aquí va a está cantando er Niño jasta que zargal Y en cuanto zarga, le zuerto yo un manojo e flores como quien fuma, la atonto... y me va a zuplicá que no me vaya. *Llamando.* ¡Niño!

Acude el Niño de los pájaros. Trae' una jaula de caña, medio tapada con un trapo viejo. Es un golfillo vivaracho y simpático.

NIÑO. Aquí estoy. ¿Quién quié pájaros?

DON NUEZ. Naide. Ten ahí. *Le da una moneda.*

NIÑO. ¡Ole! Usté es mi padre.

DON NUEZ. Güeno, pos ya estás zortando un pregón.

NIÑO. Ahora mismo. *Pone la jaula en el suelo, se echa el sombrerillo a la cara, se lleva la mano derecha a la mejilla y rompe a cantar.*

Música

¡Pajaritos vendo yol...

En la rama los cogí,

y uno se murió,

y otro lo vendí,

y otro se escapó,

y otro me comí,

y otro lo siguió...

Los demás pa quien los quiera están aquí...

¡Pajaritos vendo yol...

MIGUEL ÁNGEL. *Levantándose.* ¡Ole!

DON NUEZ. Te has portao.

MIGUEL ÁNGEL. *Reparando en la jaula, que viene vacía.* Pero, oye, ¿y los pájaros, dónde están?

NIÑO. Ya no yevo ninguno. Eso era ar principio. Ahora vivo der pregón.

Las muchachas todas lo han oído y observado con gran curiosidad. Isabelita, Laura y alguna más, salen a la calle. Mercedes muestra preocupación e interés por la salida de Coral a su ventana.

MIGUEL ÁNGEL. Échale una copla a la Reina Mora, a vé si la vemos.

NIÑO. ¿Y eso no vale na?

DON NUEZ. *Dándole otra moneda.* Toma y canta.

NIÑO. Así se me vienen más cosas ar sentío.

Asómate a la ventana,
que tienes ojos de mora
y corasón de cristiana.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Mu güeno!

Momento de silencio. Todos miran hacia la ventana, esperando.

DON NUEZ. No quíé zalí.

NIÑO. Ahora.

Reina de la morería,
asómate a la ventana,
pa que yo tenga alegría.

DON NUEZ. Pero ¿ezas cozas las zacas tú de la cabeza, niño?

NIÑO. ¿No lo está usted viendo?

MIGUEL ÁNGEL. ¡Cayarsel!

DON NUEZ. ¿Qué?

Asómase Coral a su reja y hace señas al Niño para que se acerque. Su aparición es objeto de todas las miradas. Mercedes desde su ventana intenta verla. El Niño recoge en el sombrero las monedas que le echa Coral y se deshace en flores y frases de agradecimiento, que ella oye complacida.

NIÑO. *Al verla.* ¡Ole! *Después de tomar la limosna.* Dios se lo pague a quien tiene er corasón mejó que la cara. Bendita sea la hora en que una persona tan rica e sentimientos se vino a este barrio de gente pobre. Quiera la Virgen que ca vez que saque usted la mano por esos yerros pa darme un ochavito, manque sea moruno, se le entre por er pecho una alegría. Y que er Señor le dé a usted más salú que simpatías le ha dao, señora.

DON NUEZ. *Lanzándose.* ¡Y que ze azome usted de cuando en cuando, hijal!

Oír esta frase Coral y cerrar violentamente la ventana y retirarse de ella, todo es uno. Carcajadas generales acogen el desaire hecho a don Nuez.

MIGUEL ÁNGEL. Don Nuez, ¡qué labia tienes!

MERCEDES. ¡Se las yeva de cayel!

ISABELITA. ¡Con abrí la boca na más!

Vuelvese dentro con las otras.

DON NUEZ. *Mosqueado.* ¿Ah, zí?

NIÑO. *Con malicia.* ¿Quié usté que le cante otra copla?

DON NUEZ. Cántazela a tu padre, niño. *Quedase pensativo e inquieto.*

NIÑO. Pos uno que se va.

Coge su jaula y echa a correr hacia la izquierda. Mercedes lo detiene y le da una moneda para que cante.

MERCEDES. Tú.

NIÑO. ¿Qué se ofrese? Tengo un pajarito amaestao que hase to lo que se le manda. ¿Lo quiere arguna?

MERCEDES. Toma, y echa otro pregón antes de irte.

NIÑO. Gracias. Vaya por las caras bonitas. *Cantando.*

¡Pajaritos vendo yol...

En la rama los cogí,

y uno se murió,

y otro lo vendí,

y otro se escapó,

y otro me comí,

y otro lo siguió...

Los demás pa quien los quiera están aquí...

¡Pajaritos vendo yol...

Voz. *Dentro.* ¡Niño!

NIÑO. ¡Voy! *Vase corriendo por la izquierda. Cesa la música.*

MIGUEL ÁNGEL. *Viendo preocupado a don Nuez.*
¿Qué es eso, don Nuez? No te achiques.

DON NUEZ. ¿Achicarme yo? ¡Paece que nos conocemos de ayé por la mañana! ¡Zi yo na más escupo y jago un abujero en las lozas! Zi a mí una vez en una juerga me zentó malamente un cangrejo y dije: «A vé: otro cangrejo.» Y me zentó malamente también. ¡Y otro cangrejo! Y lo mismo. ¡Jasta que vino un arrastrao cangrejo que me zentó bien! ¡Cazuarmente me parió mi madre de afarto, que no ze ablanda más que argunas veces... y ezo con la mucha calól

MIGUEL ÁNGEL. Pos déjate de quimeras y no seas loco. Aqueya que cose, es la tuya.

DON NUEZ. Pué zé que tenga usté razón; pero er dezaire de esta otra me ha cegao. Me voy ar río.

MIGUEL ÁNGEL. ¿A tirarte?

DON NUEZ. A vé zi con el í y vení del agua ze me ocurre argo güeno. Con Dios. *Encamínase como un cohete hacia la izquierda.*

MIGUEL ÁNGEL. Adiós.

MERCEDES. *Al paso de don Nuez.* ¡Ejem! ¡ejem!

DON NUEZ. *Parándose en seco.* Zi no fuea usté quien es, y yo quien zoy... y zi no hubiea niñas delante... ya le diría yo a usté cómo ze le quitaba eza tos.

MERCEDES. Y yo a usté, si en lugá de tos fuera hipo.

DON NUEZ. *Tragándose dos o tres groserías. No quieo discutí.*

Se va, entre las carcajadas de todo el taller.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Es er fantasmón de más gracia que ha nasío de madre! *A Mercedes.* Tú, chiquiya; no dejes de mirá pa er rincón, que le vi a dá una güerta a mi armuerso.

MERCEDES. Miste que nosotras también nos vamos.

MIGUEL ÁNGEL. No; si sargo al istante. *Éntrase en su casa.*

MERCEDES. Conque, niñas, a casa, que tocan a armosá. Dejá la costura. *Todas la obedecen como por resorte, y se van una tras otra hacia el interior, en busca de sus mantones y a arreglarse para salir.* A ti te acompañaré yo, Lauriya; pa que luego no diga tu madre que te dejo habló con er novio.

LAURA. ¿Y eso es pecao? *Se va como las otras. Mercedes ordena un poco las cosas del taller.*

Pasa Cotufa de izquierda a derecha con el mismo contoneo de antes y mirando descaradamente a Mercedes, la cual rompe a reír.

COTUFA. *Acercándose a la reja.* Pero ¿soy tan feo que hago gracia? ¿Me yaman Cotufa con razón? *Mercedes no responde.* ¿No oye usté, niña? ¿Usté no considera que si lo feo diera que reí,

verla a usté y echarse a yorá tenía que sé to uno?

MERCEDES. *Sin mirarlo.* Y ¿quién le ha contao a usté que yo me río de su persona?

COTUFA. Yo, que lo he visto. Y pué usté reír-se mientras no pase otro más feo; que ya hay pa un rato.

MERCEDES. ¿Sí, eh? No se eche usté por tierra.

COTUFA. Como yo me reiría de to er mundo si usté quisiea pegarme un botón que se me ha caío.

MERCEDES. ¿De la americana?

COTUFA. No: der chaleco.

MERCEDES. Ahora es moda yevá un botón desabrochao.

COTUFA. ¿Y no mirarlo a la cara a uno, es moda también?

MERCEDES. Cuando se tiene la novia enfrente, sí, señó.

COTUFA. Está bien, niña.

MERCEDES. ¿Se le ofrese a usté alguna cosa más?

COTUFA. Pedirle a usté permiso pa seguí hablando.

MERCEDES. ¿A pesá de la novia?

COTUFA. A pesá de la novia.

MERCEDES. Miste no se arrepienta...

COTUFA. Eso es cuenta mía.

MERCEDES. Pos hable usté ya, hasta que se le caiga la campaniya y pase un gato y se la coma.

COTUFA. ¿Y si er que viene es *Don Higo*, y no es un gato?

MERCEDES. ¿Quién es *Don Higo*?

COTUFA. ¡*Don Higo* o *Don Castaña*, como le yamen!

MERCEDES. ¡Ah, vamos! ¿Usté lo dise por don Nuez?

COTUFA. ¡Por ése!

MERCEDES. ¿Le tiene usté mieo?

COTUFA. ¡Natural!... Me han dicho que gasta un sementerio pa ér solo...

MERCEDES. Sí, señó: aquí vivimos tos con su lisensia.

COTUFA. ¿Usté sabe si presume de botas?

MERCEDES. ¿Pa qué?

COTUFA. Pa pisarlo en cuanto me lo encuentre.

MERCEDES. Se va usté a buscá su perdisión.

COTUFA. Es que me da mucho coraje que un tipo así mande en un tesoro de este presio.

MERCEDES. Lo uno, que no manda; y lo otro, que eso a usté le debía traé sin cuidao.

COTUFA. O no.

MERCEDES. ¿No tiene usté ahí a su Reina Mora, hijo mío?

COTUFA. Ahí la tengo, sí; pero la pué destorná una reina cristiana.

MERCEDES. *Riendose, aunque con íntima satisfacción.* ¡Ja, ja, ja!

COTUFA. Si hase farta, lo juro.

MERCEDES. Y yo me lo creo to to to to to to to to...

COTUFA. ¿To to to?

MERCEDES. To to to.

COTUFA. ¿To to to?

MERCEDES. Oiga usted, que paresemos pájaros.

COTUFA. *Riendose tambien.* ¡Camará! Hase usted reí ar maniqué de una sastrería. Asérquese usted más, morena.

MERCEDES. Si viera usted lo bien que oigo...

COTUFA. Es que le quiero yo desí una cosa mu bajito...

MERCEDES. ¿Mu bajito?

COTUFA. Mu bajito, sí.

Obedece ella y siguen su palique en voz baja, entre francas risas.

Sale de su casa Miguel Ángel «poniendo en música» el almuerzo que tiene, y dispuesto a llevarse sus chirimbolos del rincón.

MIGUEL ÁNGEL. Huevos con tomate, huevos con tomate... *Al ver a Cotufa en la ventana de Mercedes, se santigua lleno de admiración, recoge algunas de sus cosas y vuelve a su casa con ellas haciendose cruces sin cesar.* ¡Ave María Purísima!... ¡Er de la surtana con Mercedes!... ¡Ave María Purísima!... Huevos con tomate, huevos con tomate... *Entra en su casa.*

COTUFA. Lo dicho, dicho. Y no hablemos más, reina mía.

MERCEDES. Sí, porque ¿pa qué? Yo creo que usté se alimenta de embustes fritos...

COTUFA. ¡Ajajál Usté me ha conosío en un instante. ¡Si es usté más viva que er sól Lo que paese mentira es que yo, que engañé hasta a mi madre—porque me esperaba en agosto y vine en setiembre—, no le haya dicho a usté más que verdades como puños.

MERCEDES. Hay pa tocá la música.

COTUFA. Ar tiempo.

MERCEDES. Ar tiempo.

COTUFA. Quee usté con Dios.

MERCEDES. Vaya usté con é.

COTUFA. Y siga usté tan guapa.

MERCEDES. Y usté tan feo.

COTUFA. Y usté con tanto ánge.

MERCEDES. Y usté con tanta simpatía.

COTUFA. Salú, morena. *Se aparta de la reja.*

MERCEDES. Salú. *Para sí.* De serca no parese tan raro. Y argo vardré yo, cuando pueo desbancá a la Reina Mora. *Vase al interior.*

COTUFA. Cotufa, eres el amo der cotarro. Y la mosita está como pa tirarla a la basura. ¡Asco de verla dal *Mirando a un lado y a otro.* Ahora no pasa nadie... *Acércase a la ventana de Coral, y llama en ella con los nudillos.* Corá... Corá... ¿Estás ahí? *Aplica el oído a la ventana.* ¿Estás ahí, Coraliyo?... «¿Ole?» «¿Ole?» ¿Quién dise «ole»? ¡Coraliyol... ¡Corál... Pero ¿quién canasto dise «ole»? ¡Andal ¡Paezco tontol ¡Si es la cotorral...

Llamando de nuevo. ¡Corál! ¿Sales o no sales? Ahí me paese que viene.

Se asoma Coral a la ventana.

CORAL. ¡Antoniol!

COTUFA. Seco estoy de yamarte.

CORAL. ¿Lo has visto?

COTUFA. Sí.

CORAL. ¿Le diste aqueyo?

COTUFA. Sí.

CORAL. ¿Cómo está?

COTUFA. Carcula tú: contando los minutos.

CORAL. ¡Tres días le fartan! ¡Mientras más serca se tiene la libertá, más largas son las horas!

COTUFA. Y en aqueya cárse, que paese hecha pa fieras y no pa hombres. ¿Tú vas a dí mañana?

CORAL. ¡Ya lo creol!

COTUFA. Oye una cosa.

CORAL. ¿Qué?

COTUFA. Que yo saco raja de este fregao.

CORAL. ¿Sí?

COTUFA. Sí. Como paso aquí por tu novio, y lo yevamos to con tanto misterio, y tú paeses una mujé del otro mundo, tengo un carté en er barrio que la que más y la que menos sueña con desbancarte.

CORAL. Arguna diablura harás tú.

COTUFA. Recursos de los feos pa igualarnos con los bonitos.

Hablan bajo.

Sale Miguel Ángel de su casa otra vez con la misma canción a recoger otros pocos de chismes.

MIGUEL ÁNGEL. Huevos con tomate, huevos con tomate...

Mira hacia la reja de Mercedes y se sorprende de verla sola. Luego, al volver hacia su rincón, ve a Cotufa en la de Coral y se queda perplejo. Recoge sus trastos y torna a su casa santiguándose. Mientras tanto, finge Cotufa una grave riña con Coral. Don Nuez aparece por la izquierda y observa la escena sobrecogido y receloso.

COTUFA. ¡Y que no güerva a susedé! ¿Lo oyes?

CORAL. Pero Antonio... por Dios...

COTUFA. ¡Ni respirá siquiera! ¡Adentro! ¡Y por lo que toca a ese valiente... la faca me está bailando ya en la sintural! ¡Adentro he dicho!

Retírase Coral.

MIGUEL ÁNGEL. *Metiéndose asustado en su casa.* ¡Ave María Purísima!... Huevos con tomate, huevos con tomate...

COTUFA. (¡Na; que soy el amor! ¡Que mando aquí que la gente ande a gatas, y a gatas hasta er juez!)

Don Nuez, que va pasito a paso hacia el rincón de Miguel Ángel, se cruza con Cotufa, el cual lo desafía con la mirada.

Por la puerta de casa de Mercedes principian a salir todas las muchachas, y unas se van hacia el foro y otras hacia la izquierda. Con estas últimas

viene Mercedes, que sale con Laura. Cotufa las piropea entusiasmado, en medio de las risas de ellas. Don Nuez, al ver el cuadro, se muerde los puños de coraje y de envidia. Miguel Ángel, que sale nuevamente de su casa, se le une en el rincón y quiere apaciguarlo, temeroso de una pendencia. Algunas de las muchachas se detienen comentando la escena y riéndose.

COTUFA. ¡Ole los pies chiquirritines! ¡Piñones con sapatos!

DON NUEZ. (¡Mardito zea er quezo!)

COTUFA. ¡Así: a pasito corto: como las palomas! — ¡Viva lo rubio ar só, que parese orol — ¡Morenita y chica: güena pimienta pa mi oyal — ¡Niña, que van a prendé los ojos negros: tenga usté cuidao! *Al ver a Mercedes.* — ¡Vaya, salió la lunar! ¡Que se quiten de en medio las estreyas!

DON NUEZ. (¡Mardito zea er quezo!)

COTUFA. *Arrojando la capa a sus pies y descubriéndose.* Arma mía, pise usté esta capa, pa recortá los peasitos.

MERCEDES. Ya está. Cuidao con resfriarse.

COTUFA. Y después de esto, ¿qué me importa morirme?

MERCEDES. ¿Usté no dise na, don Nuez?

LAURA. Se le ha hinchao la nuez y no puede.

MERCEDES. Paese que yeva er postre a medio tragá.

Se va con las otras riendose.

DON NUEZ. (¡Zosténgame usté mejón, zeñó Miguel Ángel)

MIGUEL ÁNGEL. (Carma, don Nuez: esas son las mujeres.)

Cotufa se emboza y le da en las narices a don Nuez, que se le ha acercado por detrás.

DON NUEZ. ¡Hombre! ¡hombre! ¿Ze ha creío usté que toa la caye es zuya?

COTUFA. *Despreciándolo.* Así me espanto yo las moscas. *Se encamina contoneándose pasadizo arriba.*

DON NUEZ. ¿Qué?

MIGUEL ÁNGEL. *Conteniéndolo.* ¡Quieto aquí!

DON NUEZ. *Rabioso.* ¡Va a zubí la zangre... ziete metros bajo er nivé der mál

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Sala de visitas en la cárcel, con gran puerta al foro, que da a un pasillo. Frente a ella, una cancela rectangular de gruesos barrotes de hierro pintados de oscuro, la cual conduce al interior de la cárcel. Pendiente del techo, entre la puerta y la cancela, un farol. A la izquierda del actor, una puerta pequeña. A la derecha de la del foro, un banco.

Esteban y dos presos más cantan dentro a diversas distancias. La única voz que se oye cerca es la de Esteban. Una de las otras, como si viniese de un calabozo muy lejano. Detrás de la cancela asoma de cuando en cuando un guarda de la cárcel.

Música

ESTEBAN.

A las rejas de la cárse,
ven, estreya, ven, lusero,
a darles gusto a mis ojos,
descanso a mi pensamiento.

—

Chiquiya,
de la vengansa de un hombre
defendí a tu personiya.

Te quiero;
por causa de tu cariño
no me importa verme preso.

UNO.

Me piyaron los guardias
porque soy tonto
y me gusta lo ajeno
más que lo propio.

OTRO.

En er calaboso oscuro
donde por mi mar me veo,
la tristesa de mi arma
va esbaratando mi cuerpo.

UNO.

Mi papá fué cuatrero,
mi mamá sajorí,
y mi hermana una cosa
que no quiero desí.

Salen por la izquierda Coral y un Empleado.

EMPLEADO. Pase usté. Aquí vendrá er preso.

CORAL. ¡Ah, sí! En er mismo sitio que la otra vez.

EMPLEADO. ¿Usté estuvo también er mes pasao, no es verdá?

CORAL. Cabalito. Me hise de otro volante pa er dirertó...

EMPLEADO. Siéntese usted mientras lo yaman.

CORAL. Cuando ér yegue.

VOZ. *Dentro, hacia la izquierda, a modo de pregón.* ¡Ese... Esteban Romero y Martínez!...
¡Que lo buscan!

EMPLEADO. Ya le farta muy poco pa cumplí.

CORAL. Muy poco le farta ar pobresito.

EMPLEADO. Er dirertó lo considera bastante. Como sabe que está preso por una cosa de hombres y no por malhecho...

CORAL. Verdá que sí. Yo tuve la curpa.

EMPLEADO. Ya me lo ha contaó muchas veses. Nos hemos hecho amigos. Pero dise que usted le paga en güena monea, y que tan presa está como é.

CORAL. Tan presa estoy; bien dise. Y así debe sé. ¿No lo prendieron por herí a un hombre que me ofendía? Pos iguá pena pa los dos. ¿Separaos? Separaos. ¿Solo é? Sola yo. ¿Ér no tiene con quien hablá? Yo tampoco quiero hablá con nadie. Y me fuí de mi barrio y me metí en la «casa der duende» pa que ni me vieran ni me hablaran; pa pensá en é de noche y de día; pa viví pa ér solo.

Esteban, acompañado de otro Empleado, aparece oportunamente tras la cancela. El guarda le franquea la salida y llega a la sala en el momento de decir Coral la última palabra. El Empleado que lo acompaña se retira al ver a su compañero. Éste se aparta discretamente hacia la puerta y desaparece por el pasillo, dejando solos a los amantes, que se abrazan con alegría.

ESTEBAN.

¡Coralíyol

CORAL.

¡Esteban!

ESTEBAN.

¡Ay, gitano!

Pasó la pena tirana,
pasó la suerte mardita:

¡ven aquí!

Dios bendiga esta mañana,
Dios te trajo a mi verita:
¡ya te vil

—

CORAL.

¡Ay, gitano!

Pasó er castigo tirano,
pasó la suerte mardita:

¡ven aquí!

Dios me trajo de su mano,
Dios me puso a tu verita:
¡ya te vil

—

¡Pobresito míol

¡Preso por mi causal ¡qué pena me dal

ESTEBAN.

¡Pobresita mía!

tiene los ojitos malos de yorá.

—

Copita de plata
quisiera tené,
pa cogé las lagrimitas
de tus ojos ar caé;
pa cogé las lagrimitas de tus ojos
y bebérmelas después.

CORAL.

Cajita de oro
quisiera tené,
pa guardá los pensamientos
que a ti sólo consagré;
pa guardá los secretitos de mi arma
y entregártelos después.

ESTEBAN.

Tu persona y tu cariño me acompañan
aunque no te tenga elante.

CORAL.

Por er día y por la noche siento besos
que tú debes de mandarme.

ESTEBAN.

Ya mu prontito serán tus brazos
la cárse mía,
y tus ojitos los carseleros
que me vigilen de noche y día.

CORAL.

Ansias tengo ya
de que pierdas, chiquiyo, a mi vera
toa tu libertá.

Sale de nuevo el primer Empleado.

EMPLEADO. Vamos, güeno está ya.

ESTEBAN. ¿Qué va a está güeno?

CORAL. ¡Si no yevamos ni dos minutos!...

Voz. *Dentro, como antes.* ¡Ese... José Castiyo
y Garsíal... ¡Con la ropal

CORAL. ¿Qué es eso, Esteban?

ESTEBAN. Uno que se va antes que yo, arma
mía.

CORAL. Vaya con Dios.

ESTEBAN. Poco nos quea a nosotros, no te
apures.

EMPLEADO. Ea, echá la yave. *Llamando.* ¡Ma-
nuél!

ESTEBAN. Adiós, Coraliyo.

CORAL. Adiós, Esteban.

ESTEBAN. Hasta pasao mañana, que cambiaré
esta compañía por la tuya.

CORAL. Hasta pasao mañana, que dejarás es-
tas paredes marditas.

ESTEBAN. Adiós.

CORAL. Adiós.

EMPLEADO. *A su compañero, que aparece oportu-
namente en la puerta.* Arriba este hombre. Co-
menzando a registrar a Esteban. ¿No tendrás na?...

ESTEBAN. Mucha alegría en to er cuerpo: regístreme usté de arriba abajo, que no tengo otra cosa.

EMPLEADO. Pos andando.

ESTEBAN. Varnos, aunque sea a un calaboso. Poco quea. *A ella.* Adiós.

CORAL. Adiós. *Lo sigue.*

El Guarda abre la cancela y deja pasar a Esteban y al Empleado que lo acompaña. Coral queda de la parte de fuera viéndolo irse.

EMPLEADO. *Yendose por la izquierda, mientras tanto.* Ése es de los que salen y no güerven. De siento, uno.

ESTEBAN. *Estrechando las manos de Coral por entre los hierros y despidiendose una vez más.* Adiós, Coraliyo.

CORAL. Adiós, Esteban.

ESTEBAN. Adiós.

CORAL. Adiós.

ESTEBAN. *Dentro ya.* Adiós.

CORAL. Adiós.

Óyese a Esteban cantar dentro, alejándose. Coral, pegada a la cancela, a medida que él canta, repite con emoción, como un eco apagado, los primeros versos de la copla.

Copita de plata...
quisiera tené..

Ya no lo oigo.

Se aleja de la cancela llorando. De pronto se detiene al escuchar una voz que canta lejos.

¡Qué fartita más grande
tienen tus ojos,
que en lugá de mirarme
miran a otro!

Vacila unos instantes, como no queriendo apartarse de allí, y por último se va reprimiendo las lágrimas.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero. Es de noche y hay luna. La lamparilla del retablo está encendida.

Miguel Ángel sale por la izquierda en dirección a su casa, de capa «prehistórica» y sombrero de «artista» puesto sobre el gorro. Don Nuez, también de capa, baja por el pasadizo adelante como pasaría Mañara bajo el arco que lleva su nombre. Frente al retablo se encuentran y se saludan.

DON NUEZ. ¡Zeñó Miguel Ángel!

MIGUEL ÁNGEL. ¡Don Nuez! ¿Qué es de tu vía, que hase dos días que no vienes po aquí? ¿Has levantao er campo?

DON NUEZ. ¿Er campo? *Con presunción.* Hay momentos en que zi no ze ríe uno... no zabe qué jacerze. ¿Me deja usté *rierme* de usté?

MIGUEL ÁNGEL. ¿Por qué no? *Con rierme* yo de ti luego, estamos pagaos.

DON NUEZ. A ca puerco le yega zu Zan Martín, zeñó Miguel Ánge.

MIGUEL ÁNGEL. Y ¿quién es aquí er San Martín?

DON NUEZ. Er Zan Martín, no zé; pero er puerco zoy yo.

MIGUEL ÁNGEL. ¿Tú?

DON NUEZ. Fuera parte lo ofenzivo der refrán.

MIGUEL ÁNGEL. Don Nuez, que me armidonen si te entiendo.

DON NUEZ. ¿Usté quié zabé antes de acostarze cuatro cosas güenas?

MIGUEL ÁNGEL. Sí, hombre, sí; no te pongas pesao.

DON NUEZ. Pos embóceze usté primero; porque ze va usté a queá con la boca abierta, y le pué entrá aire.

MIGUEL ÁNGEL. *Obedeciendolo.* ¿Has pintao argún palito más en la paré e tu arcoba?

DON NUEZ. ¡Que ze quema usté, zeñó Miguel Ángel! ¿Con quién creerá usté que he estao yo armozando esta mañana?

MIGUEL ÁNGEL. ¿Con la cabesa der Rey don Pedro?

DON NUEZ. No; *chunguco*, no. *Solemnemente.* Con Cotufa.

MIGUEL ÁNGEL. ¿Con Cotufa? ¿Te has hecho amigo de Cotufa?

DON NUEZ. Cotufa ze ha jecho amigo mío; que varía la custión. Ze ha venío a las güenas, ¿usté me comprende? Paece que la otra noche, ya de recogía, pazó por mi caye... y me vió ar barcón afilando un pá de navajas.

MIGUEL ÁNGEL. ¿De afeitá?

DON NUEZ. ¡Der Zantoliol!

MIGUEL ÁNGEL. ¿Y qué?

DON NUEZ. Pa mí que el hombre ze ha arrugao de mieo, ha echao zus cuentas... y me ha buscao y me ha dicho, poco más o menos, lo que va usté a oír: «Don Nuez, usté y yo tenemos que zé amigos.» Contestación mía—*Escupe*—: «Ziga usté.» «Usté ze jace porvo por la Reina Mora...» Contestación mía—*Escupiendo de nuevo*—: «Ziga usté » «Y yo estoy chiflao por Mercedes, que a usté lo mira con güenoz ojos. Pos ¿a qué vamos a reñí, conociéndolo? Déjeme usté a mí libre la reja der tayé, que yo le juro que hoy mismito peleo con mi novia, y tiene usté a zu dispozición la ventana y la caye pa dí a darle música.» ¿Qué tá?

MIGUEL ÁNGEL. Me dejás frío. Tú ¿qué le contestaste?

DON NUEZ. ¿Yo? Yo le dije: «Miste, amigo Cotufa: apuntao tengo con lápi en un papé que iba a matarlo a usté er domingo... Porque to lo que yo pienzo jacé con las de Caín, lo apunto en un papé pa darle carárte de escritura.» Y ze echó a reír de nerviozo que estaba. «Pero ya que usté ze viene ar güen terreno, como jacen loz hombres, ahí va eza mano amiga... y gracias por to.» Y delante *zuya* zaqué der boziyo er papé, y lo jize peazos. ¿Qué tá?

MIGUEL ÁNGEL. Contestasión mía—*Escupe*—: Me paese a mí que ese Cotufa es un *chufión* mu grande.

DON NUEZ. *¿Chufión, eh? Tan chufión, que ya ha reñío con eya, y que zabe que esta misma noche vengo yo aquí con cuatro guitarras y cuatro amigos a cantarle a esta mujé jasta er día.*

MIGUEL ÁNGEL. Güeno, pos embósate tú ahora.

DON NUEZ. *¿Pa qué?*

MIGUEL ÁNGEL. Pa que no cojas frío tampoco, oyéndome a mí.

DON NUEZ. Yo lo oigo to a cara descubierta.

MIGUEL ÁNGEL. Pos ten presente que a Cotufa lo han desbancao, y que hoy han visto entrá a un hombre en esta casa.

DON NUEZ. *Vacilando.* Zería er mismo Cotufa.

MIGUEL ÁNGEL. No. Ar revés. Me han dicho que era un mosito mu bien plantao.

DON NUEZ. *Más muerto que vivo.* ¿Zí, verdá? No... no me cabe ezo en er pizo arto... ¿Quién le ha venío a usté con el infundio?

MIGUEL ÁNGEL. Doña Juana la Loca.

DON NUEZ. *Riendose, pero con la espina clavada.* ¡Vamoz, hombre! Y ¿va usté a jacerle cazo a una zeñora que está más loca que un cencerro? ¿A una vieja que ze paza las noches por las cayes der barrio, buscando el arma en pena de zu marío? ¿A una mujé...?

En este momento Esteban, que ha salido por la izquierda, se encamina a casa de Coral, de capa tambien y sombrero ancho; pasa por entre los dos,

que se separan sorprendidos; llega a la puerta de la Reina Mora y da dos fuertes aldabonazos, repetidos medrosamente por el eco. Poco despues se abre la puerta, y Esteban, cerrándola tras sí, penetra en la casa. Don Nuez y Miguel Ángel observan la escena estupefactos.

MIGUEL ÁNGEL. *Despues de mirar largo rato a don Nuez, que está amarillo como la cera. ¿Eh? ¿Qué dises ahora? ¿Qué te paese la vieja loca?*

DON NUEZ. Lo que digo es que nunca me ha zucedío una coza tan grande. Miste: ze me ha queao er tragaero, como zi en vé de nuez tuviea una esponja: zeco, zeco.

MIGUEL ÁNGEL. *Con zumba. Y ¿qué piensas hasé: borrá er palito de tu cuarto?*

DON NUEZ. *Chungueo*, no, ¿eh? que la coza es pa acordarze de unos pocos e zantos de los que usté charola.

MIGUEL ÁNGEL. Don Nuez, a mí no me gusta calentá a los hombres ni comprometerlos; pero aquí lo que hay es que Cotufa ha echao el hombre fuera pa que tú le saques las castañas.

DON NUEZ. *Balbuciente.* ¡Mar... mardito zea er quezol! ¿Las... las castañas?... ¿Tiene usté ahí un papé?

MIGUEL ÁNGEL. ¿Pa qué lo quieres?

DON NUEZ. Pa... pa apuntá otra vé que mato a Cotufa er domingo.

MIGUEL ÁNGEL. No te acalores.

DON NUEZ. ¡Es que tos loz hombres tienen

en zu vía un momento *ácido*, y er mío ez éstel
¡Ayá veremos lo que vale don Nuez!

MIGUEL ÁNGEL. Ahí viene Cotufa.

DON NUEZ. *Dando un salto.* ¿En dónde?

MIGUEL ÁNGEL. Míralo.

En efecto, aparece Cotufa por el pasadizo, con su aire habitual de perdonavidas. Don Nuez lo ve venir muerto de zozobra, que en vano trata de disimular.

DON NUEZ. Me alegraré que ze haya confezao.

COTUFA. Güenas noches, don Nuez y la compañía.

MIGUEL ÁNGEL. Güenas noches.

COTUFA. ¿Qué es eso, don Nuez; está usted malo? ¿Paese que tiene usted mar semblante?

DON NUEZ. ¿Zí, eh?

COTUFA. ¿No será una mijiya e calentura?

DON NUEZ. Cuando ze traga la quina que estoy yo tragando, ze cortan toas las calenturas, compadre.

COTUFA. Hombre, esa salía... ¿Pasa algo?

DON NUEZ. Paza que del hijo e mi madre, ¡mardito zea er quezol no ze chunguea ningún guazón.

COTUFA. ¿Cómo?

DON NUEZ. ¡En eza caza acaba de entrá un hombre!

COTUFA. *Haciendose de nuevas.* ¿En qué casa?

DON NUEZ. ¡En ézal

COTUFA. ¿En la de Corá? Don Nuez, ¿no será usted er que esté de chungá?

DON NUEZ. No, zeñó.

MIGUEL ÁNGEL. Yo lo he visto también, si hase farta.

COTUFA. ¿También usted lo ha visto?

MIGUEL ÁNGEL. Sí, señó.

COTUFA. Y ¿ha entrao solo?

MIGUEL ÁNGEL. Sí, señó.

COTUFA. Pos va a salí entre cuatro. *Silencio solemne. Se atusa los tufos con calma, se muerde un puño, se afirma la capa sobre los hombros, mete mano a ver si trae navaja, lo cual estremece a don Nuez, y añade luego:* Don Nuez, yo le dije a usted que er campo era suyo, y en eso estaba; pero desde er punto y hora en que se ha descubierto esta traisión que me han hecho a mí, yo le pío a usted que no se mezcle en el asunto hasta que yo lo arregle con mi faca.

DON NUEZ. Hombre...

COTUFA. Está dicho.

Se encamina resuelto a la puerta de Coral, y da dos aldabonazos muy fuertes, que hacen temblar a don Nuez y al viejo. Pausa. Todos esperan. En vista de que nadie responde, repite los aldabonazos.

ESTEBAN. *Dentro.* ¿Quién yama?

COTUFA. ¡Quien argo quiere de quien contestal

ESTEBAN. ¡Ayá va!

DON NUEZ. *Bajo a Miguel Ángel, sin saber ya dónde meterse. ¿Qué le paece a usté que jagamos nosotros?*

MIGUEL ÁNGEL. Vé los toros desde la barrera. *Esteban sale de la casa, con la capa terciada y el sombrero echado hacia atrás.*

ESTEBAN. (A sabé lo que habrá inventao este Cotufa.) ¿Qué se ofrese?

COTUFA. *Guiñándole.* Hablá unas palabritas con usté, moso crúo.

ESTEBAN. Pos avive usté, que hase relente. Sobre que estoy ahí con una mujé mu bonita, y usté es er primer premio e feos.

COTUFA. Perdone usté, Consersión de Muriyo.

ESTEBAN. Vaya, despache usté o me voy.

COTUFA. *Escupiendo por el colmillo a cada pregunta.* ¿Se pué sabé qué hasía usté en esa casa?

ESTEBAN. No se pué sabé.

COTUFA. ¿Se pué sabé con qué permiso entra usté en eya?

ESTEBAN. No se pué sabé.

COTUFA. ¿Se pué sabé...?

ESTEBAN. ¿Se pué sabé quién es usté pa preguntá tanto?

COTUFA. El amo de esa niña.

ESTEBAN. Esa niña no tiene más amo que yo.

COTUFA. ¿Usté?...

Va a abalanzársele y Miguel Ángel lo sujeta.

ESTEBAN. ¡Carma, hombre, carmal...

COTUFA. ¡Quieto to er mundo! ¡A vé si nadie se me aserca!—¿De manera que usté la quiere?

ESTEBAN. Y la pienso queré toa mi vía.

COTUFA. Totá: diez minutos.

ESTEBAN. ¿Va usté a matarme?

COTUFA. Si usté no dispone otra cosa.

ESTEBAN. ¿Y va a sé así, mirándome, como los basiliscos?

COTUFA. ¡Va a sé!...

Vuelve a intentar abalanzársele y Miguel Ángel a contenerlo.

ESTEBAN. Va a sé entre tres, por las señas.

DON NUEZ. *A Miguel Ángel.* (No le respondo por no complicá la cuestión.)

COTUFA. Voy a sé yo na más, ¿usté lo oye? Si tiene usté reaños, véngase usté conmigo a dá una güerta.

ESTEBAN. Aprisa, que la niña me aguarda. Usté guía.

COTUFA. *Deteniendose al arrancar.* Antes de irnos: noblesa obliga: yo yevo este arfileriyo e corbata. *Saca una navaja y la abre.*

ESTEBAN. *Haciendo lo mismo.* Y yo yevo esta horquiya invisible.

COTUFA. Pos andando.

ESTEBAN. Andando.

COTUFA. *Despiáiendose de Miguel Ángel.*
Agüelo...

MIGUEL ÁNGEL. *Afligido.* ¿No lo podíamos arreglá de otra manera?

COTUFA. No, señó. *A don Nuez.* Amigo, si lo mato yo, hasta mañana si Dios quiere; pero si me toca a mí la china negra, dos cositas le pío a usté: que le diga a mi Mercedes de mi arma que siquiera un mes yeve en señá de luto un pañoliyo negro, y que usté se encargue de ese hombre. Ya que Corá no sea pa mí, que sea pa usté; pero pa ése, nunca.

ESTEBAN. Tanta carma, ¿no será otra cosa?

COTUFA. ¿Qué? ¡Eche usté pa alantel!

ESTEBAN. ¿Pa dónde tiro?

COTUFA. ¡Pa las murayas, que por ayí no pasa ni er vientol!

Se van por el foro, hacia la izquierda, como almas que lleva el diablo.

DON NUEZ. *Lívido y tembloroso.* ¡Com... compadrel! ¡Va... vaya un encarguito que me ha dejaol!

MIGUEL ÁNGEL. *Por el estilo.* Oye... oye... a mí no me hasen gracia estas cosas...

DON NUEZ. Ni a mí... ni a mí tampoco.

MIGUEL ÁNGEL. Vamos a quitarnos de en medio... A la cama, a la cama...

DON NUEZ. Yo, antes de acostarme, les tengo que avizá a los de las guitarras, pa que no vengan.

MIGUEL ÁNGEL. Pos yo voy por mi sena a la esquina... y al instante me ensierro. No quiero líos con la Justisia...

DON NUEZ. Zí... porque... porque ezos dos ze echan las tripas fuera...

MIGUEL ÁNGEL. Las navajiyas no son de juguete...

Canta el Sereno dentro, cerca y con voz estentórea.

SERENO. ¡Aaaaave María Purísima!... ¡Las onse han dado... y serenol

Don Nuez y Miguel Ángel saltan de susto.

DON NUEZ. ¿Qué ez ezo, hombre?

MIGUEL ÁNGEL. Que está uno nerviosiyó...

DON NUEZ. Tonto... zí ez er zereno...

MIGUEL ÁNGEL. No; si ya lo sé...

DON NUEZ. Usté tiene zu mijiya e mío... Lo acompañaré por la cena...

MIGUEL ÁNGEL. Vamos...

DON NUEZ. Vamos...

Sin darse cuenta de lo que hacen se encaminan del brazo hacia la izquierda. Miguel Ángel advierte luego la equivocación.

MIGUEL ÁNGEL. Si no es por aquí...

DON NUEZ. ¡Ay! es verdá...

Vuelven hacia el foro. Don Nuez, por el camino, intenta silbar y no puede.

MIGUEL ÁNGEL. ¿Qué te pasa, hombre?

DON NUEZ. Que quiezo zirbá un tanguiyó... y no me zale...

SERENO. *Volviendo a cantar un poco más lejos, antes de que Miguel Ángel y don Nuez desaparezcan por la derecha del foro.* ¡Aaaaave María Purísima!... ¡Las onse han dado... y serenol

Miguel Ángel y don Nuez se asustan nuevamente.

Sale Cotufa por la izquierda, en acecho de ellos. Cuando los ve desaparecer llama con una seña a Esteban.

ESTEBAN. ¿Se fueron ya?

COTUFA. Ayí van los dos, que no pegan un ojo en toa la noche.

ESTEBAN. ¡Pero mía que te gustan estas tramoyas!

COTUFA. ¡Más que er comél! ¿A ti no te hasen gracia? Y ya verás la que le preparo a don Nuez pa cuando se vayan ustedes.

ESTEBAN. Pos anda ahora pa dentro, que Coraliyo se quedó riéndose imaginando lo que tramaría.

COTUFA. ¡Y que no conviene que nos vean vivos a los dos!

ESTEBAN. *Llegando con Cotufa a la casa y llamando.* Corá... Corá...

Abrese la puerta.

COTUFA. Entra, que viene gente.

Los dos se meten en la casa.

Por la izquierda sale doña Juana la Loca. Llega frente al retablo, se santigua y principia a rezar.

SERENO. *Mucho más lejos que antes.* ¡Aaaaave

María Purísima!... ¡Las onse han dado... y serenol

Por el foro baja Miguel Ángel con su cenita envuelta en un papel. Abre con llave la puerta de su casa, y antes de entrar se detiene a hablar con la vieja.

MIGUEL ÁNGEL. ¡Doña Juana!

DOÑA JUANA. ¡Señó Miguel Ángel!

MIGUEL ÁNGEL. *Con misterio.* Me alegro de encontrarla a usted. Déjese usted esta noche de pedí por el arma de su marío, y váyase a su casa.

DOÑA JUANA. Pues ¿qué susede?

MIGUEL ÁNGEL. Que pué que tengamos jaleo. A estas horas deben de habé matao ahí detrás...

DOÑA JUANA. ¿A quién?

MIGUEL ÁNGEL. A Cótufa, er de la Reina Mora.

DOÑA JUANA. ¡En el nombre del Padre! ¡Pobresito mío!

MIGUEL ÁNGEL. A casa, a casa... Yo no quieo líos con la Justisia. Güenas noches. *Éntrase en la suya.*

DOÑA JUANA. Quede usted con Dios, señó Miguel Ánge. *Volviendo ante el retablo.* ¡Ay, válgame el Patriarca San José!... Voy a resarle un Padrenuestro.

Óyese a poco maullar a un gato como si lo hubieran pisado, a tiempo que don Nuez sale desparvorado por el foro.

DON NUEZ. ¡Chavó, qué zusto me ha dao un gatol... *Viendo a doña Juana.* ¿Quién anda ahí?

DOÑA JUANA. ¿Quién es?

DON NUEZ. ¡Pos zi es la viejal Zeñora, recójase usté ya, que es tarde.

DOÑA JUANA. Hijo mío, estaba resando por un difunto.

DON NUEZ. Zí; por zu espozó.

DOÑA JUANA. No; por Cotufa.

DON NUEZ. *Aterrado.* ¿Por Cotufa?

DOÑA JUANA. Sí, hijo mío, sí. Lo han matao ahí detrás de la esquina.

DON NUEZ. ¿Que lo han matao?

DOÑA JUANA. Yo me voy a casa a ensenderle una vela... ¡Jesús, Jesús, Jesús!... *Vase por la izquierda.*

DON NUEZ. *Temblando como la hoja en el árbol.* ¡Chavó... no zemos naidel... Parece que tiran a dá, don Nuez... ¡Probeciyo Cotufal... Y me dejó un encargo que lo vi a traspazá... Carma... carma... Don Nuez... no te atorruyes... *Se apaga la lamparilla del retablo.* Hombre, ¡qué gracial... También le podían echá más aceite a eze farolito... ¡Probeciyo Cotufal... ¡No ze me cae de la imaginación!... Pero, güeno... a buscá a los músicos, que la noche no está pa zerenatas... Zólo que antes te tienes que carmá un poquiyo, no te vean arterao y te tomen por er mataó... Zoziégate, don Nuez... Encájate una mijiya las farciones.

Procurando serenarse está, cuando Cotufa sale de casa de Coral y al reconocerlo se acerca a él y le echa un brazo por encima. La impresión que recibe es superior a una descarga eléctrica.

COTUFA. Hola, amigo.

DON NUEZ. ¡Eeeeeeehl...

COTUFA. ¿Qué es eso? ¿Nos hemos asustao?

DON NUEZ. ¡Eeeeeeehl... ¡eeeeeehl...

COTUFA. ¿Es que viene algún coche?

DON NUEZ. Pe... pero diga usted: ¿er muerto ha zío el otro?

COTUFA. No, señó, que no ha habío ningún muerto. Digo, como no se muera usted der mieo que tiene.

DON NUEZ. No... no es mieo... es zorpreza. ¿Qué es lo que ha pazao, entonces?

COTUFA. Lo de siempre, en cuanto dan con uno que se juega er peyejo: se achicó mi hombre. Corriendo debe de está toavía. Ése ya no es estorbo. No güerve a aportá por er barrio: seguro.

DON NUEZ. ¡Gracias a Dios que me dan esta noche una güena noticial Pero, diga usted: ¿cómo estaba dentro e la caza?

COTUFA. Porque es primo de eya. Es un patoso que se ha empeñado en que la muchacha lo ha de queré. Y eya no lo traga ni con asúca.

DON NUEZ. ¡Caray, qué me alegrol

COTUFA. A mí no hasía más que desirme que se lo espantara, por favó.

DON NUEZ. ¡Caray, qué me alegro! ¿De manera que según eso la caye es nuestra?

COTUFA. De ventana a ventana. Ayí manda usted y aquí yo.

DON NUEZ. Y los dos juntos en to er barrio. Choca ahí. ¿Vamos a tutearnos?

COTUFA. Ya está. Óyeme una cosa.

DON NUEZ. ¿Qué coza?

COTUFA. Que no vas malamente con Coraliyo: lo he podío yo entrevé.

DON NUEZ. ¿Zí, verdá? ¿Le gusto? ¡Pos no va a zé palol!

COTUFA. ¿Cómo?

DON NUEZ. Con lápi, en la paré e mi arcoba. Y vamos a vé: ¿te paece a ti que es güena ocasión esta noche pa vení yo con ezos amigos a cantarle cuatro finuras?

COTUFA. ¿Qué mejó noche que ésta, después de to lo que ha ocurrió? Sobre que mañana pué está yoviendo.

DON NUEZ. No me digas más: por eyos voy! ¿Tú no me haz oído a mí cantá?

COTUFA. Nunca.

DON NUEZ. ¡Pos me vas a comprá una jaula. ¿Te esperas aquí?

COTUFA. Pelando la pava con Mercedes. Yo no pierdo un minuto.

DON NUEZ. Hombre, zí. Te arvierto que es castiza. En cuanto ze le esvanezca mi imagen, te quedrá, te quedrá.

COTUFA. Veremos.

DON NUEZ. Er tiempo ha e decirlo. Güervo en zeguía. *Vase por la izquierda.*

COTUFA. Hasta ahora.—¡Qué tío más grasio-sol ¡Hay pa ponerle un marco y corgarlo en la sala!

Se acerca a la ventana de Mercedes y toca las palmas. A vé si sale la paloma. Cotufiya, mucha labia... y te yevas este tesoro. Te ha empesao a queré por er gusto de desbancá a la otra; hase farta que te siga queriendo por tuno, cuando sepa que no desbanca a nadie.

Toca las palmas otra vez y sale Mercedes a la reja, con mantón.

MERCEDES. ¿Tiene usté mucha prisa?

COTUFA. Por verla a usté, ¿quién no la tiene, reina?

MERCEDES. La reina no soy yo: es la otra.

COTUFA. Aquí ya no hay más reina que usté.

MERCEDES. Vamos poquito a poco... ¿Ha reñío usté con esa mujé pa siempre?

COTUFA. Vamos a hablá en plata: ni he reñío ni reñiré en la vía, que es lo más güeno.

MERCEDES. ¿Ay, sí? Entonses ¿con qué cara viene usté a mi reja?

COTUFA. Con ésta, porque no tengo otra. Palabra de honó. Miste, Mersedes: yo no he sío, ni

soy, ni seré amante de Corá, por mar nombre la Reina Mora.

MERCEDES. ¿Qué está usted disiendo?

COTUFA. El amante de eya, er novio, si le paresce a usted mejó, estaba preso y ha cumplió: y ahora mismo le está disiendo a la oreja to lo que la quiere.

MERCEDES. Entonses, ¿qué es usted de la Reina Mora?

COTUFA. Agárrese usted bien a los yerros, pa no caerse.

MERCEDES. Ya está. ¿Qué es usted?

COTUFA. Hermano.

MERCEDES. ¿Hermano? ¡Ande usted y que lo sursan!

COTUFA. Hermano, hermano. Hijos los dos, aunque parezca mentira, de la misma madre y der mismo padre. ¡Ganas de fastidiarlo a uno!

MERCEDES. Y ¿a cuá sale usted de eyos, con esa cara tan barata?

COTUFA. A ninguno, porque los dos eran mu guapos.

MERCEDES. ¿Dió usted er sarto atrás?

COTUFA. No, señora; di er sarto a un lao, y salí a un tío carná, que se ganaba la vía de clo-roformo: lo enseñaban pa quitá er sentío.

MERCEDES. *Riéndose.* Es usted un tipo e gracia, hombre

COTUFA. ¿Tengo gracia pa usted?

MERCEDES. Arguna.

COTUFA. Y ¿en qué he de conoserlo yo?

MERCEDES. En una seña que le vi a hasé a usted con el ojo izquierdo.

COTUFA. ¿Querrá desí que usted me quiere?

MERCEDES. ¡Pobresito de usted, si no sabe entenderlal

COTUFA. ¡Bendita sea esa boca y ese salerol
¡Me gusta usted más que un merenguel

MERCEDES. Baje usted la voz...

COTUFA. ¡Déjeme usted que chiye, criatural
¡Pos si na más de vislumbra que usted me hase
caso me ha entrao una cosa por to er cuerpol...
Enseñándole una muñeca. Miste.

MERCEDES. ¿Qué?

COTUFA. Er veyo de punta. *Mercedes suelta una carcajada.* ¡Y que no sabe usted reírse, corasón! ¡Me suena su risa como si me echaran pesetas por dentrol ¡Ay, qué suerte la mía! ¡Ya no envidio a nadie! ¡Ni a aqueyos dos que salen ahorat *Señalando a Coral y a Esteban que, efectivamente, salen de su casa.* ¡Ehl ¡Pareja felí! *Llamándolos.* ¡Vení pa acá, que aquí hay otra pareja que no se cambia por ustedes!

Música en la orquesta.

ESTEBAN. *Acercándose con Coral a la ventana de Mercedes.* No seas escandaloso en tu vía, Antóniyo.

CORAL. Güenas noches.

MERCEDES. Güenas noches.

COTUFA. Aquí tiene usted a la Reina Mora.

MERCEDES. Mucho gusto de conoserla.

CORAL. Ni reina, ni mora, ni na de esas leyendas que han fraguao. Reino na más que en er corasón de este hombre, y con eso me basta.

ESTEBAN. Y a mí.

CORAL. Si me ocurté a los ojos de to er mundo, fué porque los suyos no podían verme, ni los míos verlo siempre a mi lao. Con é me conde-né, con é estuve presa... y con é me veo libre ahora.

MERCEDES. Siga usté con é toa la vía, que eso es cariño.

CORAL. Pos si le gusta a usté la muestra, cómprese usté un vestío, que a tiempo está.

COTUFA. *A Mercedes.* Ya lo oyes. ¡Como ves, los hermanitos no perdemos er tiempo!

MERCEDES. ¡Tú lo pués desí con más rasón que nadie, granujal

COTUFA. ¡Ole!

ESTEBAN. Vaya, a esta pareja hay que dejarla.

MERCEDES. Y a ustedes también.

COTUFA. ¿Vais pa casa e tu padre?

ESTEBAN. Ayá me la yevo. Se acabó la Reina Mora en er barrio.

CORAL. Mañana, más embustes, más misterios toavía... Que si me ven... que si no me ven... que si me yevaron las brujas... Pero cuando a usté le pregunten si sabe argo de mi persona, pué usté

contestá: la Reina Mora está en su reino... No ha sío más que una seviyana que ha sabío queré a un hombre.

MERCEDES. Pos a quererse tocan.

CORAL. Pos por mí, que repiquen.

ESTEBAN. Salú.

COTUFA. Salú.

Coral y Esteban, arrullándose, se encaminan muy despacio por el pasadizo adelante, y así se alejan por el foro. Mercedes y Cotufa se arrullan en la reja para no ser menos.

ESTEBAN. Por aquí.

CORAL. Por donde tú quieras voy yo. Ahora sí que estás preso.

ESTEBAN. Más que nunca. Paese que soñamos, Coraliyo.

CORAL. Verdá que sí.

MERCEDES. ¿Me querrás siempre como ahora?

COTUFA. Permita Dios que si te miento me güerva más feo de lo que soy.

MERCEDES. Mía qué copla se me viene ar sentío:

Por capricho me quisiste
y yo por capricho a ti:
¡bendiga Dios los caprichos
que nos juntaron aquí!

COTUFA. ¡Olel

Sale don Nuez por la izquierda, envuelto a lo estudiante en su capa, y con una guitarra en la mano. Lo siguen cuatro amigos tan feos como él y de la misma guisa, uno detrás de otro.

DON NUEZ. *Al pasar ante la reja de Mercedes. ¡Que aproveche, amigo! Llegando a la de Coral. Aquí es, zeñores. Jacé cerco. Y ya zabéis quién va a escucharnos; conqua afilá laz uñas. Apoya un pie en el poyete que está bajo la reja, y toca con todos.*

COTUFA. *Bajo a Mercedes, riendose. ¡Qué bien va a queá er trovadól*

MERCEDES. *A Cotufa, lo mismo. Le va a costá mudarse der barrio.*

DON NUEZ. *Cantando desentonadamente, de pura emoción.*

Mora de la morería,
zi me yegas a queré,
me compro un jaique moruno
y una espidarga después.

Cayarze. *Callan todos. Silencio absoluto. Pega la oreja a la ventana y se alborozá. ¡Bendita zeá la mare que la pariól*

UNO. *¿Qué es eso?*

DON NUEZ. *¡Na más zino que me ha dicho: «¡ole, ole!»*

COTUFA. *A Mercedes. ¡La cotorra!*

Sueltan los dos la risa y tienen para un rato.

DON NUEZ. *Loco de satisfacción. ¡Rierze, rier-*

ze! *A los suyos.* ¡Aquí vamos a está tocando y cantando jasta que zarga er zól! ¡A una! *Rompen todos a tocar otra vez, y él vuelve a cantar con mayor desentono todavía, mientras cae el telón:*

Azómate a tus cristales,
zurtana der mundo entero,
que quiero vé cómo juyen
laz estreyitas der cielo.

FIN DEL SAINETE

Madrid, setiembre, 1903.



Z A R A G A T A S

SAINETE EN DOS CUADROS

Estrenado en el TEATRO DE LARA el 31 de diciembre
de 1903.

A LOS ARTISTAS DEL
TEATRO DE LARA,
*quienes con el talento y la gracia en
ellos proverbiales, han enaltecido una
vez más el buen nombre de aquel
teatro y han contribuido brillante-
mente al feliz éxito de este sainete.*

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA TRAPITOS.....	CLOTILDE DOMUS.
SEÑÁ CASILDA.....	BALBINA VALVERDE.
SARA LA ANDALUZA.	MATILDE RODRÍGUEZ.
JEROMA.....	LEOCADIA ALBA.
CONSUELO.....	MATILDE RODRÍGUEZ MENÉNDEZ.
ESTRELLA.....	LUISA BELTRÁN.
CHINITA.....	CONCHITA RUIZ.
MELÉNDEZ.....	JOSÉ RUBIO.
CONTRERAS.....	JOSÉ SANTIAGO.
SEÑOR LIBORIO....	RICARDO SIMÓ-RASO.
EL JUEZ.....	JOSÉ CALLE.
PIZARRO, guardia....	PEDRO SEPÚLVEDA.
IBÁÑEZ, ídem.....	JOAQUÍN PACHECO.
EPIFANIO.....	PEDRO ZORRILLA.
EL MORENO.....	JOSÉ SANTIAGO.
UN ALGUACIL.....	FRANCISCO BARRAYCOA.
AFRODISIO.....	JOSÉ CALVO.
EL FISCAL.....	LUIS CANTALAPIEDRA.
EL SECRETARIO....	HUMBERTO MANI.
ACUÑA, guardia.....	JOSÉ SEGURA.
GASCÓN, ídem.....	ANICETO ALEMÁN.
UN ESCRIBIENTE....	MANUEL GALLAR.

Vecinos, curiosos y chiquillos.

Z A R A G A T A S

CUADRO PRIMERO

Calle en un barrio viejo de Madrid. Es de noche y en el mes de junio. Un farol encendido hacia la derecha del actor.

Ibáñez y Pizarro, vestidos con traje de rayadillo, aparecen a la izquierda del actor, de pie, tambaleándose de sueño. Ibáñez es sordo cuando sopla viento del sur; Pizarro es muy bruto, sopla el viento que sopla. Tiene un bigote descomunal.

Al levantarse el telón oyense voces de altercado hacia la izquierda, en donde se supone que hay una taberna poco pacífica.

PIZARRO. *Gritándole a Ibáñez, después de dos miradas de disgusto hacia la taberna.* ¿Oyes, tú?... Me parece a mí que... ¿Qué te parece a ti de la tabernita?... ¿A que tenemos zaragata esta noche?... ¿No te enteras?

IBÁÑEZ. ¿Eh?

PIZARRO. *Gritándole al oído.* ¿No oyes, en la taberna?... ¡Estás como un cacharrol

IBÁÑEZ. En cuanto sopla el sur... ¡Miá que es fenómeno!

Callan y casi duermen. Por un milagro de equilibrio se tienen de pie.

Chinita pregona dentro primero, y luego sale por la izquierda, con una mano de ejemplares del «Heraldo».

CHINITA. ¡Heraldoooo!... ¡Heraldoooo! Gritándole a Ibáñez en el mismo cido. ¡Heraldoooo!

Pizarro, contrariado, se estremece. Ibáñez, como si no fuera con él. Chinita da media vuelta y canturreando coplas populares se pone a doblar las hojas en el suelo, a la luz del farol. Es un golfillo desarrapado.

PIZARRO. Verás tú éste... *Se despereza con toda libertad, lo mismo que si no estuviera en la calle. Parece que acabo de dormir la siesta... Al compañero, a gritos, como de costumbre. ¡Túl! ¡Voy a ver si me da la Remedios un vaso de agua! ¡Vienes?*

IBÁÑEZ. ¡Eh?

PIZARRO. *Expresándole por señas que va a beber. ¡Que voy a...!*

IBÁÑEZ. Ya estoy, hombre, ya estoy...

PIZARRO. *Yendose por la derecha, despacio. ¡Esta noche no oye tres en un burro!*

Chinita, apenas se ve solo con Ibáñez, y ya con los periódicos bajo el brazo, se acerca a él y le da un cigarrillo, que el guardia acepta.

CHINITA. ¿Quié usted que fumemos?

IBÁÑEZ. *Sin enterarse, pero cogiendo el cigarri-*

llo. ¿No será de puntas?... *Chinita niega con la mano.* Entonces, gracias.

CHINITA. *En su voz natural, y acompañando sus palabras de la acción de beber.* ¿A qué ha ido ese ladrón? ¿A tomar una copa de gorra?

IBÁÑEZ. *Con aplomo.* Sí.

CHINITA. *Haciendo alemán de encenderse una cerilla en el muslo.* ¿Tié usted vergüenza?

IBÁÑEZ. *Palpándose.* No; no me queda ninguna.

CHINITA. *En eso estaba yo.* Saca una caja de fósforos y encienden ambos los pitillos.

IBÁÑEZ. Gracias, Chinita. ¿Éste es de a real? *Chinita asiente con la cabeza.* ¿Dónde has escarbao? *Chinita silba.*

CHINITA. *Haciendo que saca el reloj.* Oye, ¿cuántas veces te la ha dao tu señora?

Sale por la derecha Pizarro y se detiene oyendo a Chinita, que está de espaldas.

IBÁÑEZ. ¿Qué?

CHINITA. *Repitiendo la acción.* ¿Que cuántas veces te la ha pegao tu mujer?

IBÁÑEZ. *Viendo la hora en su reloj y contestándole tranquilamente.* Nueve y media.

CHINITA. ¿Nueve y media, eh? *Riendose.* ¡Rediez! ¿En qué consistirá la media?

PIZARRO. *Pegándole un puntapie.* ¡En esto, granujal!

CHINITA. ¡Ay!

PIZARRO. Te voy a escarmentar, Chinita... Me

estás buscando y vas a encontrarme. *Al compañero, chillándole mucho.* ¿Tú sabes lo que te ha preguntao?

IBÁÑEZ. Sí, hombre, sí; y le he dicho que nueve y media.

PIZARRO. *Reflexivo.* La verdaz es que si no fuera por el traje que llevo... debía de reírme. *Empujando al otro hacia la izquierda.* ¡Echa pa alante, hombre, echa pa alantel

CHINITA. *Pregonando a la derecha, hacia dentro.* ¡Heraldoool

PIZARRO. *A Chinita.* ¡Y tú ándate con ojo; miá que el día menos pensao te decapito! *Se va detrás de Ibáñez a darle una vuelta a la manzana.*

CHINITA. ¡Jesús, qué miedo! ¿Sabe usté que voy a soñar esta noche con la Campana e Huesca?

Óyese a la Trapitos hablar dentro, hacia la derecha.

TRAPITOS. ¡Vamos, hombre! ¿Quié usté tocarse las orejas? ¡A ver si lo señalol

CHINITA. ¿Es la Trapitos?

Sale, como Chinita, con unos cuantos periódicos bajo el brazo. Es una golfilla pinturerita y cuidadosa, en lo que cabe, dada su miseria natural.

TRAPITOS. Hola, tú.

CHINITA. ¿Qué es eso, chica?

TRAPITOS. Que va una a tener que salir a la calle como las joyerías: con enrejao en el escaparate.

CHINITA. ¿Te ha tocao alguno?

TRAPITOS. Melecio, el del quiosco, que tié unas manos que paecen palomas mensajeras... Ya, ya saben dónde van.

CHINITA. ¡A ése le masco yo la nuez! como dicen los chulos.

TRAPITOS. ¡Menos!

CHINITA. *En ademán de ir a mascársela.*
¿Menos?

TRAPITOS. Quieto aquí; no te tires, quepués caer de boca y lastimarte.

CHINITA. ¿Vienes contenta?

TRAPITOS. ¡Tú verás! ¡Llevo un día con más suerte que la lista grande!

CHINITA. ¿Has vendió muchas hojas?

TRAPITOS. Eso no; toavía no me he estrenao.

CHINITA. Pos júntate conmigo, chica.

Se sientan en el suelo, despreciando completamente la venta de periódicos.

TRAPITOS. ¿Ves tú? Si tiés que convencerte: el papel no da pa comer. Pon que cuando hay crimen vendas cuarenta hojas. ¿Y qué? Una miseria. Se te ocurre una noche tomar una zarza, y no lapués tomar.

CHINITA. Yo, como to lo que gano me lo gasto en ropa...

TRAPITOS. ¡Adiós, figurín! ¡Y se te ven las carnes debajo'el pantalón!

CHINITA. ¡Chica, tú no sabes; si esto es la mar de inglés!

TRAPITOS. Pos no me caso contigo mientras no tengas ropa blanca.

CHINITA. Sigues inorando, Trapitos; la que se esige es ropa negra. Y hoy, ¿no me trais tabaco?

TRAPITOS. Creía que no ibas a acordarte.

CHINITA. No, ¡pa qué! A cualquier hora hago yo la digestión sin un puro.

TRAPITOS. Pos, señor, que te veo en *La Peña*.

CHINITA. Bueno, ¿qué me trais?

TRAPITOS. Entérate bien. *Mostrándole un cigarro puro de ínfima clase, de esos que parece que tienen viruelas.* Míá qué majo. Te fumas na más que hasta aquí; hasta este lunar rubio. Y lo otro pa tu padre; que luego dice que no nos acordamos de él.

CHINITA. ¡Vamos, calla! ¿De manera que con las anginias que padece mi padre le voy yo a dar pa que se empeore? Tú me has tomao por otro, chica.

TRAPITOS. Pero ¡qué golfo te ha hecho Dios! ¿Vas a fumarlo ahora?

CHINITA. ¡Preguntas unas cosas, Trapitos!... Fumármelo ahora es como tirarlo a la calle. Me

lo guardo pa la primera probalidá de digestión.

TRAPITOS. ¿Y tú, no me traís na?

CHINITA. ¿Yo? Lo de toas las noches. Tómallo.
En ademán de darle un beso.

TRAPITOS. *Rechazándolo y poniéndose luego en pie.* ¡Vamos, quitá! Tiés que hacer méritos primero. Pa mí que ayunas hoy.

CHINITA. *Levantándose también.* ¡Rediez! ¡qué orgullo!

TRAPITOS. Como que voy pa arriba. Y si tú no te aplicas, te dejo.

CHINITA. ¡Dejaban!

TRAPITOS. Verás qué día de suerte, Chinita: que con tanto hablar no te lo he contaó. *Enseñándole dos pesetas.* Mira: pa que te embobes.

CHINITA. Eso ¿qué es?

TRAPITOS. Propinas de la lotería. Y en una media llevo un duro.

CHINITA. ¡A verlo!

TRAPITOS. ¡Como no compres rayos XI...

CHINITA. ¿Quién te lo ha dao?

TRAPITOS. Un señorito que va al Retiro toas las tardes, montaó a caballo, con bolines y un diente de oro, y que está prendao de una señora pintá de rubio que yo sé que es casá.

CHINITA. Bueno, ¿y qué?

TRAPITOS. Pos que yo me planto a la entrá de los coches pa *flar* el de ella; y llega después el señorito y le hago señas de to lo que hay. ¿Tú estás? Que la señora va sola en su coche: me

pongo en jarras; que la señora va con el marido: me cruzo e brazos.

CHINITA. ¡Andál Y ¿qué ha pasao esta tarde?

TRAPITOS. Ahí tiés: lo inesperao: que ni iba sola ni con el marido, sino con otro caballero nuevo pa mí.

CHINITA. Y tú ¿qué hiciste al verlo?

TRAPITOS. Al verlo, na; pero al llegar el otro... ¡pos me puse las manos en la cabezal Y miá si lo cogió, que sin concencia de lo que hacía, me tiró un duro, y escapó a correr a galope pa la Castellana; de una forma, chico, que empezó a relinchar el caballo del Espartero. No te digo más.

CHINITA. Es mucho Madriz éste. Aquí hay líos hasta en los solares. ¡Y qué me alegro de que me lo hayas contaol

TRAPITOS. ¿Por qué? ¡l'a que te convide?

CHINITA. ¡Elel

TRAPITOS. ¿Te agradan los pasteles de crema?

CHINITA. De casa e Llardy, sí.

TRAPITOS. Pos anda, ven pa acá, que ahí más abajo los remedan. *Lo coge del brazo.*

CHINITA. ¡Cuidao si eres amable! Tenemos que casarnos pronto, tú: yo así no vivo mucho tiempo.

TRAPITOS. Y tú ¿con qué cuentas pa la casa?

CHINITA. Contigo; y ya tengo lo principal.

TRAPITOS. Si digo pa ponerla.

CHINITA. Pa ponerla la pones tú, que de lo demás yo me encargo.

TRAPITOS. Pero ¡qué chulo eres y qué sinvergüenza! Ni sé cómo te quiero, Chinita.

CHINITA. ¿No, verdá?... ¡Pos por eso mismol

TRAPITOS. No te arrimes así, que van a cogernos los guardias...

Se van por la derecha, muy juntitos y amartelados.

Meléndez, que viene en dirección contraria, se cruza con ellos y se indigna. El tal Meléndez es un cacharrero que tiene la desgracia inmensa de ser tuerto y cojo, a pesar de lo cual todo lo ve y no se está quieto un momento.

MELÉNDEZ. ¡Estas ecenas!... ¡estas ecenas no se ven en ningún país europizaol... Corriendo hacia la izquierda, poseído de extraño vértigo. ¡Guardias! ¡Guardias! Volviendo la cara hacia la derecha. ¡Digol! ¡Le paece a usté qué beso se han dao los niños? ¡Guardias!

Salen Pizarro e Ibáñez por la izquierda.

PIZARRO. ¿Qué ocurre?

MELÉNDEZ. ¿Quié usté decirme si está aquello ni medio bien? ¡Eso no pasa en ningún país europizaol

PIZARRO. ¡Mecachis en los golfos! *Al compañero, siempre en voz muy alta.* ¿Tú no ves?

MELÉNDEZ. ¡Un escándalo! Que los irracionales no respeten la vía pública, porque no razoci-

nian, anda con Dios; pero que dos personas se besen... y en un Madriz... ¡Vamos, hombre; si le digo a usted que España empieza en los Pirineos!

PIZARRO. *Gritándole por equivocación a Meléndez.* ¡Tíe usted razón!

MELÉNDEZ. Y a mí ¿por qué me grita usted?

PIZARRO. La costumbre de hablar con el compañero, que es un poco tardo. Usted desimule. Y ya se me ha acabao el aguante con esa pareja... y esta noche las pagan juntas.

MELÉNDEZ. *Animado por la sed de justicia.* ¡Sí, hombre, sí! ¡A la Delega, primero, y después al Juzgao, por atos inmorales en la vía pública!

PIZARRO. *Volviendo a gritarle.* ¡Pero que ni más ni menos! *A Ibáñez.* ¡Anda, tú; andal!

IBÁÑEZ. *Yéndose por la derecha tras Pizarro.* No nos dejan ni reposar una cerveza tranquilos.

MELÉNDEZ. ¡No faltaba más, hombre! ¡Paece que estamos en Costatinopla! *Se va gozoso y satisfecho en pos de los guardias.*

Llegan por la derecha Señá Casilda y Consuelo, de mantón. Son dos hermanas de diferente edad y presencia. Señá Casilda es fea de nacimiento.

CONSUELO. Aquélla, aquélla es la taberna.

SEÑÁ CASILDA. ¡Qué ajeno estará él de que le voy a aguar el vino esta noche! ¿Le parece que entremos o que los esperemos en la esquina?

CONSUELO. ¡Entra ya y arráncale el moño a esa tía lagartal

SEÑA CASILDA. ¿El moño na más? ¡El moño es pocol! ¿No ves tú que es postizo? Pero de vacío no me vengo: descuida. ¡Lo que es de mí no se bur-la ninguna feal

CONSUELO. ¡También los hombres! ¿Por dónde le habrá entrao a Epifanio?

SEÑA CASILDA. Calla, mujer; a ése sí que no lo perdono. Pero lo dejo pa en llegando a casa. ¡El tío pendón!... ¿Qué más quiere de mí, que me estoy mirando en sus ojos a toas horas y adivinándole los caprichos como en la luna e miel? ¿Qué más quiere, si to se me figura poco pa dár-selo; si no tiene un antojo que no logre? Que cuchillos pa el pantalón de pana: cuchillos pa el pantalón de pana; que jamón rancio pa el puchero: jamón pa el puchero; que reló de arena pa los huevos pasaos por agua: reló de arena. Y así en to, y así desde que nos casemos... pa que luego me dé este pago.

CONSUELO. ¿Vas a llorar ahora?

SEÑA CASILDA. No pueo remediarlo: se me va el pensamiento a las cosas dulces del matrimonio... y el alma se me anega, hermana.

CONSUELO. Eres tonta, mujer. Casá podía estar yo y encontrar a mi marido con otra; que lo menos que hacía era arrancarle la piel y ponerla a los pies de mi cama con dos perritos en las puntas.

SEÑA CASILDA. Mira, me has dao una idea.

CONSUELO. ¡Pues anda ya pa dentrol

SEÑA CASILDA. Ven tú conmigo pa los quites.

CONSUELO. ¡Y poquito que me gusta a mí tomar la justicia por mi manol

SEÑA CASILDA. ¡Va a ver esa tía perra quién es señá Casilda la *Magnolial*

Se marchan por la izquierda.

Vuelve por la derecha Melendez, recreándose en su obra.

MELÉNDEZ. Servidos van... Lo menos que les salen son unos días de arresto y el pago del juicio. ¡Sí, hombre, sí! A ver si aprenden, que están naciendo todavía. Hay que europizarse.

Se encamina hacia la izquierda y se detiene a hablar con Afrodisio, que sale y se topa con él. Este Afrodisio es un jorobado que vende decimos de la lotería. Viste de americana y gorra.

AFRODISIO. ¡Adiós, tül

MELÉNDEZ. ¡Hola, jorobetal

AFRODISIO. ¿Qué es de tu vida?

MELÉNDEZ. Lo de siempre: de *romaneo*. Ahora acabo de denunciar a dos golfillos que estaban abusando de las tinieblas.

AFRODISIO. ¡Rediez, cómo anda el tiempo!

MELÉNDEZ. ¿Por qué lo dices?

AFRODISIO. Porque este anocheció, en un

aguaducho de la Plazuela, ha habido también ecenas lamentables.

MELÉNDEZ. ¿Pa la moral?

AFRODISIO. Pa la moral y pa un ojo de Sara la Andaluza, que se lo ha puesto así el Moreno.

MELÉNDEZ. ¡Anda con Dios! ¡Si estaba yo presentel

AFRODISIO. Pos no te vide. Estos calores vuelven la sangre.

MELÉNDEZ. Y que no hay cultura, ni decencia, ni vivimos en Europa: convéncete. Adiós, Afrodisio.

AFRODISIO. Adiós, Atenedoro. *Aquel se va por la izquierda y este por la derecha, pregonando sus decimos con una voz que parece prestada.* ¡El catorce mil... setecientos diez y sietel... ¡De dó duros!...

MELÉNDEZ. *Dando media vuelta al oírlo y vendose despues.* ¡Buena inmoralidaz está la loteríal Ésta y la húngara.

Poco despues de irse Melendez se supone que en la taberna se ha armado la gorda. Oyense ruidos confusos de botellas y vasos rotos, chillidos de mujeres, voces de hombres, bofetadas, palos, etc., etc. Un zipizape en toda regla.

De derecha a izquierda pasan corriendo Pizarro e Ibáñez, seguidos de un par de curiosos.

PIZARRO. ¡Nos ha tocao una noche buena antes de Pascual!

IBÁÑEZ. ¡Maldita sea la...!

El zipizape sube de punto al llegar los Guardias, y así se mantiene unos instantes. Luego, sin dejar los gritos ni las protestas, van pasando de izquierda a derecha, más o menos lisiados, Jeroma y Señá Casilda, Consuelo y Epifanio, los dos Guardias y algunos vecinos, curiosos y chiquillos.

JEROMA. *Sujeta por Ibáñez, desgredñada y rota, y con la nariz ensangrentada, increpando furiosamente a la señá Casilda, que viene detrás.* ¡Ya nos veremos las caras usted y yo solas, so tía cobar-del ¡so tía mansal ¡so tía feal!

IBÁÑEZ. ¡Menos hablar y más andar!

SEÑÁ CASILDA. *Sujeta por Pizarro, con una trenza de la otra en la mano, y también descompuesta.* ¡A la cárcel va usted a ir, por indecente, por ladrona, por malal ¡A la cárcell!

PIZARRO. ¡A la Delegación ahora! ¡Y a ver si callamos!

EPIFANIO. *Disputando con Consuelo, que lo sostiene, borracho, y con el hongo hecho trizas.* ¡Tú tiés la culpa! ¡tú solital! ¡tú, porque la calientas la cabezal! ¡tú tiés la culpa!

CONSUELO. ¡La tienes tú, que eres un mal hombre! ¡Anda pa alante, golfo! ¡Si fueras mi marido te ataba con una cadena como a un perro... y pa na del mundo te soltaba! ¡Anda pa alantel...

Hablan y chillan todos a un tiempo, mientras cruzan rápidamente la escena. Los vecinos, curiosos y chiquillos que los siguen, no dejan tampoco de alborotar con discusiones y silbidos. Cae el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO



CUADRO SEGUNDO

Sala de juicios en un Juzgado de Madrid. Al foro, la puerta de entrada. A la izquierda del actor, un balcón. A la derecha, de frente a él, una plataforma donde está la mesa del tribunal. Ante ella, una barra de hierro sostenida por dos columnillas, que sirve para separarla del público. Sobre la mesa, tinteros, plumas, libros diversos y papeles de oficio. Tras ella, tres sillones y un dosel de terciopelo rojo nada flamante, en cuyo centro aparece colgado un retrato del rey en cromolitografía.

Es por la mañana y en el mes de junio.

El Juez, el Fiscal y el Secretario aparecen sentados en sus respectivos sillones. El Juez en el de en medio y el Fiscal a su derecha. El Alguacil está de pie junto a la puerta del foro, de frente al público, con varios pliegos escritos en la mano. Gascón y Acuña, los guardias, también de frente al público, al otro lado de la puerta. Sara la Andaluza y el Moreno a la izquierda, de frente al tribunal.

Sara es una aguadora guapa y compuesta. Va de mantón de espuma negro, segura de que sólo con su presencia tuerce la vara de la Justicia. El

Moreno es un maletilla de infima clase y de mala catadura. Ella lleva un ojo sembrado de cardenales y él, la cara llena de arañazos.

JUEZ. *A Acuña.* ¿De manera que usted no vió nada?

ACUÑA. No, señor Juez; a mí me rifirió un cochero del punto que está allí a orilla, que aquí el joven y aquí la joven se habían agarrao como gatos... *Sara y el Moreno manifiestan indignación y miran al guardia con odio.* Pero yo nada presencié, porque dió *el casual* de que llegué un poco tarde. Es cuanto puedo manifestar a usía.

Viene el Escribiente con varios pliegos para que el Juez los firme. Éste lo hace maquinalmente, sin interrumpir el juicio. Cuando termina, el Escribiente se marcha llevándoselos.

JUEZ. *A Gascón.* ¿Y usted?

GASCÓN. Pues... mismamente... vamos... lo que ha dicho mi compañero: que un cochero del punto que está allí a orilla nos rifirió que aquí el joven y aquí la joven se habían agarrao como gatos... *Nueva mirada de los dos.* Pero yo tampoco lo presencié, porque dió también *el casual* de que llegué tarde.

JUEZ. *A Sara.* Usted, señora: adelántese un poco. *Sara obedece y se coloca ante la barra. Lo mismo hacen en lo sucesivo todos los personajes que prestan declaración.* ¿Qué pasó? *De cuando en cuando, en éste y en los otros juicios, cambia impresiones con el Fiscal.*

SARA. *Con voz un tanto lacrimosa y entrecortada por la emoción que el acto le produce.* Señor Jué... ha de saber usía que aunque una viste de pañolón y de percá... una es desente... y una nunca se ha visto en un Juzgao...

JUEZ. No se apure usted ni se corte, señora. Cuente sin miedo la verdad.

SARA. No... si no me corto... sino que la impresión... Aunque pobre... una tiene costumbre de tratá con personas desentes... Y ahí está don Pedro Luna er diputado, que lo pué desí... Si ahora se ve una en un puesto de agua... ha sío por su mala cabeza... Y ahí está don José Corrales er consejá, que me sacó de pila en Seviya.

JUEZ. Bien, bien; eso no nos importa. Al caso.

SARA. Pos verá usted, señor Jué: con permiso de usía, empiezo por desirle a usted que no es verdá na de lo que le han manifestao a usía. La declarasión de los dos guindiyas es farsa.

JUEZ. Señora, trate usted con respeto a los agentes de la autoridad.

SARA. En mi tierra les disen guindiyas.

JUEZ. Pues aquí son guardias. Adelante.

SARA. A mí se me ha puesto una cosa, y cuando a mí se me pone una cosa me sargo con eya — y ahí está mi madre que por yevarme la contraria me ve como me ve —; a mí se me ha puesto que to este lío me lo ha buscao Isabé *la de los Relojos*, que quiso que yo la tomara de en-

cargada de mi aguaducho, y yo no la tomé porque es mu chulona y toas las noches íbamos a tené ayí ar *Mediasuela*, y ya sabe usía cómo las gasta er *Mediasuela*, y yo soy mu desente, y no me da la gana de aguantá siertas cosas, y ahí está don Manuel Martínez...

JUEZ. Che, che, che... Ni yo sé cómo las gasta el *Mediasuela*, ni aquí vienen a cuento sus muchas relaciones de usted. De manera que abrevie la declaración.

SARA. Usía me dispense. Ha de sabé usté, señó Jué, que este joven es amigo mío.

JUEZ. ¿Amigo *íntimo*?

SARA. Según el arcanse que usía le dé a la palabra.

JUEZ. Todo el que tiene.

SARA. Pos sí: es amigo íntimo. Y susedió que la otra tarde lo convidé a sidra *achampanada*, que le gusta con delirio al hombre, cosa que no es ningún pecao; y ar tiempo de descorchá la boteya Estreya mi criada, se conose que por la fuersa de los gases, sartó er tapón, me dió en un ojo y me lo puso de la forma que usté lo ve; que parese er cónclave.

FISCAL. ¿De manera que esos cardenales los causó el taponazo?

SARA. Cabalito.

JUEZ. ¡Pues se puede tirar la puerta de Alcalá con la sidra de usted!

Se rien todos con cierto disimulo, menos el Al-

guacil, el cual, despues de soltar una carcajada escandalosa, se tapa la cara con los pliegos que tiene en la mano y continúa riendose.

SARA. Todo mi género es de primera, señó Jué. Si usía gusta de ir a probarlo, tome usted una tarjeta...

JUEZ. No, no, no, no... Muchas gracias. *Al Moreno.* A ver, usted. ¿Qué pasó? Retírese un poco, señora.

MORENO. *Adelantándose y poniendose las manos en las caderas en cuanto empieza a hablar.* Pos pasó, señó Jué...

JUEZ. Baje usted las manos, que no va usted a retratarse.

Nuevas risas del Alguacil, a quien caen muy en gracia los chistes del Juez.

MORENO. Dispense usted.

SARA. Usía, hombre.

MORENO. Dispense usía. Pos pasó, señó Jué, lo que ha contaó aquí... *Vuelve naturalmente a ponerse en jarras.* Sartó er tapón de la boteya...

JUEZ. Abajo las manos, he dicho.

MORENO. ¡Ay! es verdá. Usía disimule.

SARA. Va a sé ménesté que lo atemos.

JUEZ. Usted se calla ahora. *Al Moreno.* ¿Conque el tapón, eh?...

MORENO. Sí, señó.

JUEZ. Y los arañazos que tiene usted en la cara ¿son de los alambres o de la fuerza de la sidra?

MORENO. No, señó; me los he hecho afeitándome, señó Jué.

JUEZ. ¡Qué barbaridad! ¡Por lo visto se afeita usted arrimando la cara a un ventilador!

SARA. ¡Ay, qué gorpel

El Alguacil está a punto de morir de risa. Se le escapa un gallo y el Moreno vuelve la cara.

FISCAL. Debe usted cambiar de sistema. Retírese.

JUEZ. ¿Hay testigos para este juicio?

ALGUACIL. Sí, señor; hay dos.

JUEZ. Que entre uno.

ALGUACIL. *Desde la puerta.* ¡Usted, señoral Pase.

Sale Estrella, la criada de Sara. Tiene la voz muy ronca.

ESTRELLA. Güenos días.

JUEZ. Póngase aquí delante. ¿Cómo se llama usted?

ESTRELLA. Estreya Molina; servidora.

JUEZ. ¿Qué es usted?

ESTRELLA. *Señalando a Sara.* Criada de aquí.

JUEZ. ¿Jura usted decir la verdad?

ESTRELLA. Yo no miento nunca.

FISCAL. Mal anda esa garganta. ¿Es del aguar-diente?

ESTRELLA. ¡Ojalál Es de nasimiento.

JUEZ. ¿Qué pasó en el aguaducho la otra tarde?

ESTRELLA. Pos verá vuesensia: me mandó la

señora descorchá una boteya de sidra... y a la cuenta er tapón traía mucho ímpetu...

JUEZ. Y le dió en el ojo; ya estamos. Y en vista de ello el señor fué a afeitarse a una carpintería. Puede usted retirarse. El otro testigo.

Estrella se coloca al lado de Sara y del Moreno.

ALGUACIL. *Como antes.* ¡A ver! ¡El otro testigo! Pase usted.

Sale Meléndez en actitud hostil.

MELÉNDEZ. Buenos días.

SARA. *Bajo a los suyos.* Este tío tuerto se podía habé quedao en su casa.

JUEZ. Buenos días. ¿Cómo se llama usted?

MELÉNDEZ. Atenedoro Meléndez.

JUEZ. ¿Qué es usted?

MELÉNDEZ. Cacharrero. Proveedor de la real casa.

FISCAL. Sí, hombre; si ha estado antes en otro juicio.

MELÉNDEZ. Servidor.

JUEZ. ¿Jura usted decir la verdad?

MELÉNDEZ. Lo juro ante Dios y por la Constitución vigente.

JUEZ. Me parece muy bien. ¿Qué vió usted en el puesto?

MELÉNDEZ. ¡Poca cosa! En el momento de pasar yo, que por *un casual* pasaba por allí, el señor, verdaderamente ocecao, le metía un puño por semejante sitio a la señora.

SARA. ¡Eso no es verdál

JUEZ. Señora, calle usted.

MELÉNDEZ. La señora, en justa defensa, pa no ser menos que él, fué y se afiló las uñas en la cara del ciudadano repetidas veces. Y a to esto, venga uno y otro soltar palabras que no están en el diccionario. Un espectáculo, señor Juez, pa pensar que paece mentira que seamos los decendientes del Ciz. Es la pura.

SARA. Pero ¿to eso lo habrá usté visto en un sinematógrafo?

MELÉNDEZ. ¡En su puesto de ustezl

SARA. ¿Con qué ojos?

MELÉNDEZ. ¡Con éstos! *Rectificanao*. ¡Con éstel

JUEZ. ¡A callarl ¿Estaban embriagados?

MELÉNDEZ. No, señor; pero puedo asegurar a usía que el individuo no es manco bebiendo, y que la señora tampoco lo escupe.

JUEZ. Está bien. Retírese.

Melendez se va junto a los otros.

FISCAL. *Leyendo la sentencia muy de prisa y borrosamente, de modo que lo que se oye con claridad no es más que la multa que impone.* «El Fiscal considera que Sara Gutiérrez y Antonio López han incurrido en la falta comprendida en el artículo número 604 del Código penal, y solicita que se le impongan veinticinco pesetas de multa a cada uno y el pago de las costas por mitad.»

Los interesados se quedan fríos.

JUEZ. Pueden ustedes retirarse.

SARA. Señor Jué, yo le juro a usía...

JUEZ. No jure usted, señora. Y más cuidado con la sidra otra vez.

Van desfilando uno por uno y echándole al tuer-to su correspondiente maldición.

ESTRELLA. ¡Veintisinco pesetas por barbal... ¡Pos hay que vendé el aguaduchol! ¡Mardito sea su parel)

MORENO. (Si como es un hombre fuera un toro, se había caído.)

SARA. *Encarándosele.* ¡Permita Dios que se vea usté junto a un miyón... por el ojo tuertol

MELÉNDEZ. ¡A mí con ésas!... *Volviendo atrás mientras se van los Guardias con los otros.* Si yo le contara a usía, señor Juez...

JUEZ. No, no me cuente usted nada.

MELÉNDEZ. Perdone usía. *Vase.*

JUEZ. ¡Es delicioso este cacharrerol

FISCAL. Raro es el día que no se presenta de testigo.

SECRETARIO. Le tiene, le tiene afición a la cosa.

JUEZ. Y la maldición de la aguadora me ha hecho mucha gracia.

FISCAL. Como que es saladísima esa mujer. Yo la conozco mucho. Es la que estuvo dos o tres años con aquel perdis de Barrera.

JUEZ. ¿Quedan muchos juicios?

SECRETARIO. Dos nada más.

JUEZ. Pues a ellos, que estoy deseando irme. ¡Vaya un día! Y de pago no hay más que tres o cuatro.

SECRETARIO. Y gracias.

FISCAL. A la aguadora hay que rebajarle la multa, ¿eh?

JUEZ. *Al Alguacil.* Anda; llama a otro.

ALGUACIL. *Desde la puerta, gritando.* ¡Dos mil setecientos cuarenta y cinco!... ¡Tres mil novecientos dos!

Salen Ibáñez y Pizarro poniendose los guantes. Detrás vienen la Trapitos y Chinita, cohibida ella y resuelto y arrogante el. Los Guardias saludan respetuosamente. Se colocan lo mismo que los anteriores.

SECRETARIO. *Leyendo muy aprisa en un pliego, como quien cumple un requisito que considera inútil.* «A las veintidós y cuarto del diez y siete del actual, los guardias números dos mil setecientos cuarenta y cinco y tres mil novecientos dos presentan en esta Delegación a los que dicen llamarse Carmen Zaragoza y Antonio Ramírez, conocidos entre los de su oficio por *La Trapitos* y *Chinita*, y detenidos por cometer actos inmorales en la vía pública. Lo que pongo en conocimiento, etc.»

JUEZ. *A Pizarro.* Vamos a ver: ¿qué pasó?

CHINITA. Pos pasó...

JUEZ. ¡Chssss!

CHINITA. ¡Es que pa sentenciar hay que oír a las dos partes!

JUEZ. ¿Qué es eso? ¡A ver si callas, o escapas mal! *Al Guardia.* ¿Qué pasó?

PIZARRO. *Gritando mucho.* Ha de saber usía, señor Juez, que es un escándalo...

JUEZ. No grite usted de esa manera.

PIZARRO. La costumbre de hablar con éste. Usía desimule. Es un escándalo lo que ocurre con esta *golferancia*. Si uno fuera a llevarlos a la Delegación siempre que dan motivos, estaría en el trayezto a todas horas.

JUEZ. Pues ¿qué hacen?

PIZARRO. *Volviendo a los gritos, sin sentir.* ¡Que se burlan de la autoridad!

JUEZ. ¡Chssss!

PIZARRO. Usía desimule. La otra noche, el tal arrapiezo, porque lo arrojé de un portal donde estaba dormido, principió a pitorrearse de mí... con perdón de usía...

CHINITA. Yo no le dije a usté más sino que me prestara el bigote pa echar la cabeza.

El tribunal disimula la risa que le causa lo que Chinita dice. El Alguacil da rienda suelta a su hilaridad.

PIZARRO. ¿Ve usía? Pos la mosquita muerta no para de sacarnos coplas ofensivas, llamándole a éste tío melón, y a mí tío feo.

JUEZ. Y cuando ustedes los cogieron, ¿qué hacían?

PIZARRO. *Comenzando a chillidos y corrigiéndose inmediatamente.* ¡Hablando en plata, señor Juez!... Hablando en plata, señor Juez, se estaban dando besos en la calle a toa satisfacción.

CHINITA. ¡Como que somos hermanos!

FISCAL. ¡Hombre! ¡Dos hermanos con distinto apellido!

CHINITA. ¡Tomal! ¡Eso no es culpa nuestra!

JUEZ. *A Ibáñez.* Usted.

PIZARRO. *Dándole con el codo.* Tú.

IBÁÑEZ. Pos... lo que ha manifestado el compañero.

JUEZ. Está bien. Adelántate, niña. *Ella obedece temblorosa.* Si confiesas la verdad, puedes escapar con pellejo; si no la confiesas, allá veremos lo que te sucede. ¿Qué pasó?

TRAPITOS. *Conmovida y lloriqueando.* Pos pasó... señor Juez... pasó... pasó que...

CHINITA. ¡No llores! ¡Los golfos no lloran!

JUEZ. A ver si callas, o vas a la cárcel tú solo. *A la Trapitos.* Sigue.

TRAPITOS. Ha de saber usted... usía... vucencia... porque yo voy a decirle la verdá... que Chinita y yo no somos hermanos... *Chinita golpea el suelo con un pie.* ¡No, no somos hermanos!... Somos novios... pa lo que su ecelencia guste mandar...

CHINITA. ¡Pos me has dejao al descubierto!

JUEZ. ¡Chsssl

TRAPITOS. Y la noche que nos cogieron los guindas...

JUEZ. Los guardias.

TRAPITOS. Nosotros les llamamos guindas.

JUEZ. Pues se llaman guardias.

TRAPITOS. Bueno, pos la noche que nos pillaron juntos... como somos novios con buen fin... y éste no se propasa, porque es mu caballero... lo que hubo fué que me estaba diciendo un secreto pa el día e mañana...

PIZARRO. ¿Por la boca, eh? ¿Tú oyes los secretos por la boca?

TRAPITOS. ¡Su compañero de usté no los oye por ningún laol *La inmovilidad de Ibáñez demuestra que tiene razón*. Y tocante a que yo le haya cantao coplas al señor, llamándole tío feo... no me recuerdo bien... pero me paece a mí que en último caso tampoco se trata de la Maja e Goya.

El Alguacil suelta la carcajada.

JUEZ. ¿Qué es eso? ¡Pues, hombre, me gusta!

El Alguacil se pone serio de repente.

TRAPITOS. Esa es la verdá, señor Juez... Yo, aunque golfa, soy mu decentita... y mantengo a mi madre... y a mi padre... y casi al padre de éste... y a éste... *Volviendo a los pucheros*. Y to podrán decir de la Trapitos menos que ha manchao el nombre que lleva.

CHINITA. ¡Y dale con el llanto!

TRAPITOS. ¡Si se me sale sin querer!

CHINITA. ¡Pos no me agradal

TRAPITOS. ¡Pos pídele relaciones a Isabel la Católica, que es de bronce!

JUEZ. *Dejando de hablarle al Fiscal, con quien cambiaba impresiones en son de broma.* Pero ¿qué os habéis figurado? Orden, orden. Apártate, niña. *A Chinita.* Dí tú lo que pasó.

CHINITA. *Muy resuelto.* Yo, señor Juez, declaro lo mismo que aquí mi prometida; sólo que agrego que así que nos echaron mano los guardias los convidé a una copa de aguardiente y ellos acetaron.

PIZARRO. ¡No es verdaz!

CHINITA. Sí es verdá, y de eso es la mancha que lleva usted ahí.

PIZARRO. *Mirándose a la izquierda del pecho involuntariamente.* ¿En dónde?

CHINITA. Al otro lao. *Pizarro se vuelve a mirar.* ¿Ve usía, señor Juez? Cuando mira es por algo. *Se retira junto a la Trapitos.*

PIZARRO. Señor Juez...

JUEZ. No me diga usted nada, hombre. *Al Alguacil, que se va en seguida y vuelve a poco.* Si hay testigos para este juicio, que se marchen.

FISCAL. Bien está con la parejita. ¿Qué se os ocurriría a vosotros si ahora os impusiera a cada uno veinticinco pesetas de multa?

TRAPITOS. A mí, dejar a éste en prenda.

CHINITA. Y a mí, que fueran a casa a embargar.

FISCAL. Bueno, pues por esta vez me contento con la reprensión; pero si volvéis por aquí, sobre la multa tendréis cárcel para unos días.

JUEZ. Ya lo habéis oído. Id con Dios.

CHINITA. Muchas gracias, señor Juez.

TRAPITOS. Muchísimas gracias.

CHINITA. *Encaminándose con la Trapitos hacia la puerta.* ¡Se chincharon los guindas y el tuerto de la pata fólcal

TRAPITOS. *Volviéndose y señalando al Fiscal.* ¡Bendita sea la madre que parió al señorito esel

JUEZ. *Tocando la campanilla.* Fuera, fuera.

CHINITA. *Antes de irse, a la Trapitos.* Verás ahora tú. *Se adelanta al tribunal con un puro que saca del bolsillo.* Señor Juez, fúmesese usté este puro a la salud de mi futura esposa.

JUEZ. ¡Vamos, vete yal

CHINITA. Que no es soborno, señor Juez, que es un osequio.

TRAPITOS. Pero ¿quién eres tú pa alternar con estos señores?

JUEZ. *Volviendo a tocar la campanilla.* ¡Fueral ¡fueral

CHINITA. Mujer, si es voluntá...

TRAPITOS. ¡Pero no seas torpe: eso se da por debajo e la mesal... *Se van los dos.*

El tribunal suelta la risa. Los Guardias los siguen y se detienen en la puerta. El Alguacil se acerca a la mesa riendose.

JUEZ. Hombre, Juanito; reprímete un poco

otra vez... ¡Sueltas el trapo a cada momento!

ALGUACIL. *Rientose.* ¡Si es que me hizo la gracia de Dios que la chica le llamara al guardia Maja de Goya; porque como da en el guardia más feo del distrito!... *El Juez le hace señas, y el vuelve la cara y se le corta la respiración al ver a Pizarro, que espera con el otro.*

PIZARRO. Hombre, pos usté tampoco tié na de particular...

ALGUACIL. ¡Ah! pero... ¿les queda a ustedes algún juicio más!...

PIZARRO. *Amostazado.* ¡Sí, señor! ¡Miá el saltamontes estel...)

JUEZ. Pónganse donde estaban, y llama tú a la gente que sea.

Los Guardias ocupan el mismo sitio que en el juicio anterior.

ALGUACIL. *Desde la puerta.* Pueden pasar ustedes.

Salen Señá Casilda, Consuelo, Feroma y Epifanio, y se ponen en fila de frente al tribunal. Epifanio trae un bastón que parece una pierna.

JUEZ. *Al Alguacil.* El garrote.

ALGUACIL. ¡Ah! *Lo toma de manos de Epifanio y lo coloca en el rincón de la izquierda.* El garrote.

EPIFANIO. ¡Una fustal

ALGUACIL. (¡Pesa más que yo!)

SECRETARIO. *Leyendo como antes.* «A las veintidós y media del diez y siete del actual, los guardias números dos mil setecientos cuarenta y cinco y tres mil novecientos dos presentan en esta Delegación a los que dicen llamarse Jeroma Balaguer, Casilda Romero y Epifanio de Gaula, detenidos por haber promovido un fuerte escándalo, etc., etc. Lo que pongo en conocimiento, etcétera.»

EPIFANIO. ¿Quié usted leerlo otra vez, que no me he enterao?

SECRETARIO. Ni hace falta. Es el parte de la Delegación.

JUEZ. Sobra una de ustedes.

CONSUELO. *Adelantándose.* Yo, señor Juez.

JUEZ. ¿Viene usted de testigo?

CONSUELO. No, señor Juez. Sino que soy hermana de esta señora, y quisiera presenciar el juicio. Porque ha de saber el señor Juez que padece de ataques piléticos, y aunque no le dan más que en viendo que ella vea accidentada a otra persona, por un si es caso.

JUEZ. Perfectamente. Puede usted quedarse; pero póngase más atrás. *A los Guardias.* ¿Qué pasó?

IBAÑEZ. *Creyendo que ya ha declarado el otro.* Pos lo que ha manifestado el compañero.

JUEZ. ¡Hombre, si el compañero no ha dicho nada todavíal

El Alguacil suelta el trapo sin poder contenerse.

PIZARRO. *A gritos.* En cuanto sopla viento sur es un poco tardo, señor Juez.

JUEZ. Sí; pero yo no lo soy.

PIZARRO. Usía desimule. Lo que pasó no lo vimos nosotros. Lleguemos a la taberna cuando había concluído la *coalición*.

JUEZ. Está bien. *A la señá Casilda.* Vamos a ver, señora. ¿Qué pasó?

SEÑÁ CASILDA. *Santiguándose primero.* Pasó... *Rompe a llorar con amargura.*

EPIFANIO. ¡Eal! ¡Se dirritió la mantequilla!

JUEZ. Usted se calla hasta que yo le pregunte. Tranquilícese usted, señora, y hable sin cuidado.

SEÑÁ CASILDA. *Entre sollozos.* Sabrá usía... señor Juez... que yo... por mi desgracia... soy la esposa de este pendón de viejo...

EPIFANIO. Se prohíbe insultar.

JUEZ. No se prohíbe. Siga usted.

SEÑÁ CASILDA. ¿Insultando?

JUEZ. Contando lo ocurrido.

Epifanio mira su garrote y se escupe en la diestra con las de Caín.

SEÑÁ CASILDA. Pos decía, señor Juez, que este estafermo tuvo relaciones, antes de casarse conmigo, que va pa dos años, con aquí esta careta. *Señala a Jeroma.*

EPIFANIO. No fué más que *flir*.

JUEZ. ¡Que se calle usted, hombre!

SEÑÁ CASILDA. Y ahora resulta que con el ve-

nir de los nardos... parece ser que ha floreció la pasión, y la otra noche me dieron el soplo y fuí a la taberna donde estaban, y cuando los vi juntos bebiendo limón helao por la misma pajita, me fuí pa ellos y me cegué... *Rompiendo a llorar de nuevo, enternecida.* ¡Porque yo, señor Juez, soy una buena esposa!... ¡y si no soy una buena madre, bastante que lo siento!

JUEZ. ¿No tiene usted hijos?

SEÑA CASILDA. Hasta ahora, no, señor. Pero este agosto me pienso de ir a los baños de mar, a ver si me valen.

JUEZ. Bueno. Retírese. *Señá Casilda se santigua otra vez y se va a la fila. A la otra.* Usted, señora. ¿Qué pasó?

JEROMA. Pos pasó, señor Juez, que estaba yo preparándole la cena a mi señor padre, lo cual que no tenía ajos y salí por ellos a la esquina. Pero como nadie me corría y llevaba sez, hice estación en la taberna, pa refrescar. Me senté en un rincón, porque no me gusta de esibirme, cuando llegó el señor, que es amigo antiguo... y a la cuenta me vió el hombre según estaba sola... y sin que yo lo reparara se me acercó por detrás y me hizo en la oreja: «Tarará, tarará.» Una guasita.

EPIFANIO. Que se pué dar inclusive hasta en la aristocracia.

JUEZ. ¡A ver si calla usted!

JEROMA. Principiemos a hablar, me convidó a

limón helao, lo cual que aceté, porque creo que eso no hace daño a nadie... y estando en ello, la señora. Una furia no es na pa como iba. A éste le llamó toas las veces que quiso...—no pueo decirle a usía lo que le llamó—; éste, naturalmente, la contestó que a él...—no pueo decirle a usía lo que la contestó—; y a mí, señor Juez, me mandó a un sitio... que debe de estar muy concurrido... pero que yo tampoco le pueo decir a usía. Total: que nos agarremos del moño, y pata.

Llega el Escribiente con una carta rosada, que le entrega al Juez. Mientras este la abre y la lee todo nervioso y regocijado, el Fiscal atiende al juicio. Después, el Juez, con sus continuas consultas al reloj, manifiesta de manera evidente que le urge acabar y marcharse.

FISCAL. ¿Las dos se agarraron ustedes al mismo tiempo?

JEROMA. Las dos.

FISCAL. Puede usted retirarse. *A Epifanio.* Usted ¿qué tiene que decir?

EPIFANIO. *Aludiendo a Jeroma.* Que estoy con aquí: que paece talmente que la señora es un cilindro mío.

SEÑA CASILDA. ¡Como que vienen ya de acuerdo, señor Juez!

JEROMA. ¡Hija, no pase usted cuidao, que no se queda usted sin esposol

JUEZ. ¡Silencio!

EPIFANIO. Lo que yo siento es que no llegarán a tiempo de verlo to los *chineles*.

JUEZ. ¿Cómo los *chineles*?

EPIFANIO. En Valladolid, que es mi patria, a los guindas les dicen *chineles*.

JUEZ. ¡Pues aquí son guardias!

EPIFANIO. No he querido faltar a la señora pareja.

JUEZ. Retírese. *Bajo al Fiscal, mostrándole lleno de gozo la carta rosaula. Mira.*

FISCAL. ¿Es de ésa?

JUEZ. Sí. Me está esperando abajo en un coche.

FISCAL. Enhorabuena, chico.

JUEZ. Vamos a darle a esto un volapié. *Al Alguacil.* A ver, un testigo. Prontito, ¿eh? que tengo prisa.

ALGUACIL. *Llamando.* Pase usted.

Pasa el señor Liborio, que viene de tiros largos, vamos al decir, reposado y sereno, dispuesto a que se haga justicia. Lo más a propósito para el Juez, que está deseando irse. Trae un bastón de naipes.

LIBORIO. Buenos días.

ALGUACIL. *Lo mismo que a Epifanio.* El bastón.

LIBORIO. Cuidao, que es de cartas, y se araña na más de mirarlo.

JUEZ. ¿Cómo se llama usted?

LIBORIO. Liborio del Campo y Sánchez.

JUEZ. ¿Qué es usted?

LIBORIO. Republicano.

JUEZ. ¡Profesión, hombre!

LIBORIO. *Después de vacilar. Esporman.*

JUEZ. ¿Qué quiere decir eso?

LIBORIO. Que vivo de mis rentas, ¿sabe usía? Porque yo, aunque tuve en tiempos almacén de curtidos...

JUEZ. No nos interesa. ¿Jura usted decir la verdad?

LIBORIO. Lo juro *in excelsis Deo*.

FISCAL. Muy bien.

JUEZ. ¿Qué pasó?

LIBORIO. Pos pasó... *Deteniendose, para declarar ordenadamente.* Bueno, vamos por partes. Prólogo.

JUEZ. No, no, déjese usted de prólogos. ¿Qué pasó?

LIBORIO. Es que tengo que advertirle a usía, señor Juez, que yo no presencié el espectáculo de la taberna.

JUEZ. ¡Ah! ¿no?

LIBORIO. No, señor. Pero vengo a algo de más entidad, como es, si usía me lo permite, el defender a la señora Casilda, esposa legítima del señor Epifanio, y el declarar que el señor Epifanio y la señora Jeroma sostienen relaciones ilegales.

EPIFANIO. ¡Le advierto al señor Juez que el señor Liborio me tiene hinchal

SEÑA CASILDA. ¡No es cierto, señor Juez!

JUEZ. Usted se calla.

JEROMA. ¡Diga usía que sí le tiene hincha, desde una cuestión por dos gallos ingleses!

EPIFANIO. ¡Ele! ¡Porque yo le maté una jaca!

LIBORIO. ¡Embusterol

JUEZ. *Tocando la campanilla furioso.* ¡Orden! *Al señor Liborio.* Siga usted, y procure ser menos difuso; que tengo que marcharme.

LIBORIO. Es temperamento, señor Juez. Permítame usía un poco de historia. A principios de este verano, el señor fué y se compró un jipi...

JUEZ. ¡Me importa un rábano todo esol

LIBORIO. Está la anécdota ligada al asunto, señor Juez. Se compró un jipi desproporcionado, y yo que lo vi, y que soy un hombre de ciertas caídas y que se trai lo suyo, fuí y le dije: «Gachó, te has comprao un jipi que vaya usté con Dios; se te ponen mesas debajo, y se puén servir gaseosas.» Un equívoco.

JUEZ. ¡Qué pesadez! ¡Eso no viene a nada!

LIBORIO. Sí, señor. Y usía me perdone. Viene a fundamentar lo de la hincha, que como puede ver usía es *viceversa*.

JUEZ. Perfectamente. Quedamos enterados. Retírese usted.

LIBORIO. Advierto a usía que aún no he salido del prólogo.

JUEZ. De todas maneras: nos basta.

LIBORIO. A la disposición de usía. *Se aparta hacia atrás.*

JUEZ. Otro testigo a escape.

ALGUACIL. *Llamando.* Pase usted.

Sale Contreras, viejecillo inquieto y tembloroso, sordo como un melón y de voz chillona. Se dirige como disparado hacia la otra gente.

JUEZ. *Al verlo.* Acérquese.

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

JUEZ. ¡Que se acerquel

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

El Alguacil lo lleva ante la barra.

JUEZ. ¿Cómo se llama usted?

CONTRERAS. ¿Eh?

JUEZ. Que ¿cómo se llama usted? ¿Es usted sordo?

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

ALGUACIL. Lo mismo que una tapia.

CONTRERAS. *Encarándose de pronto con Ibáñez, creyendo que le habla, y llevándose la mano a la oreja.* ¿Eh?

IBÁÑEZ. *Encarándose con el en la misma forma.* ¿Eh?

CONTRERAS. ¿Eh?

IBÁÑEZ. ¿Eh?

JUEZ. *Al Alguacil.* Hazle tú las preguntas al oído.

ALGUACIL. *Chillándole.* ¿Cómo se llama usted?

CONTRERAS. Aniceto Contreras.

JUEZ. Profesión.

ALGUACIL. ¿Qué es usted?

CONTRERAS. Taquígrafo. *El tribunal suelta la carcajada.* ¡Profesor de taquigrafía; sí, señor!

ALGUACIL. ¿Jura usted decir la verdad?

CONTRERAS. ¡A ver!

ALGUACIL. ¿Qué pasó?

CONTRERAS. ¿En dónde?

ALGUACIL. ¡En la taberna!

CONTRERAS. ¿En qué taberna?

FISCAL. ¡Estamos aviados!

ALGUACIL. ¿Qué es lo que vió usted de la cuestión?

CONTRERAS. Nada: no vi nada. Yo llegué cuando se había caído el albañil.

JUEZ. Pero ¿qué dice este hombre? ¿Para qué juicio se le ha citado?

ALGUACIL. ¿Para qué juicio se le ha citado?

CONTRERAS. Para uno de ayer; pero no he podido venir hasta hoy.

FISCAL. ¡Acabáramos! ¡Que se vaya, hombre!

ALGUACIL. ¡Vaya usted con Dios!

CONTRERAS. ¿Es que me han condenado? *Todos le hacen que no con la mano y con la cabeza, deseando que se largue.* ¡Señor Juez, justicia para este pobre viejo!

ALGUACIL. ¡Si no lo han condenado a usted!

CONTRERAS. ¿Vuelvo mañana?

Las mismas señas acompañadas de voces.

JUEZ. ¡No!

FISCAL. ¡No!

SECRETARIO. ¡No!

CONTRERAS. Ea, pues... buenos días... *Va a meterse por el balcón.*

ALGUACIL. *Deteniendolo.* ¿Adónde va usted?
¡Ese es el balcón!

CONTRERAS. ¿Eh? ¿eh?

ALGUACIL. ¡Que ese es el balcón! ¡Que aquí
está la puertal

CONTRERAS. ¡Ah! ¡ah!... ¡Buenos días! *Vase.*

FISCAL. ¡Valiente taquígrafo!

EPIFANIO. ¡De esa manera anda el Congreso!

JUEZ. ¿Hay más testigos?

ALGUACIL. Uno queda.

JUEZ. ¡Pues que entre ya, y acabaremos de
una vez!

ALGUACIL. *Llamando.* Pase.

Se presenta otra vez Meléndez.

MELÉNDEZ. Servidor.

FISCAL. ¡Ah! Éste es de confianza.

JUEZ. ¿Usted vió el escándalo de la taberna?

MELÉNDEZ. Sí, señor.

JUEZ. ¿Cómo fué?

MELÉNDEZ. Indizno de un país europizao.

JUEZ. Ni una palabra más.

FISCAL. *Leyendo, como siempre.* «El Fiscal considera que Jeroma Balaguer, Casilda Romero y Epifanio de Gaula han incurrido en la falta comprendida en el artículo 598, número tercero, del Código penal, y solicita que se le impongan veinticinco pesetas de multa a cada uno, reprensión y el pago de costas.»

EPIFANIO. ¿Quié usté hacer el favor de repetir, que no lo he cogío?

FISCAL. Ahora se lo dirán ahí fuera.

JEROMA. *Dando repentinamente un grito y cayendo desplomada sobre Epifanio.* ¡Ah! Pataleta en regla.

JUEZ. ¡Adiós mi dinerol

FISCAL. ¡Era lo único que nos faltaba!

SEÑA CASILDA. *Principiando a hacer visajes nerviosos.* ¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

Confusión. Unos acuden a sujetar a Jeroma y otros van de aquí para allá sin saber que hacerse. El Juez se dispone a abandonar el campo.

EPIFANIO. ¡Jeromal ¡mujer!

LIBORIO. ¡Un vaso de agua!

ALGUACIL. *Desde la puerta.* ¡A ver! ¡Un vaso de agua!

PIZARRO. Iré yo por ella.

CONSUELO. Vámonos, Casilda; no la mires.

SEÑA CASILDA. *Incesantemente y sin poder apartar la vista de Jeroma.* ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡ay!...

MELÉNDEZ. Esto no sucede en ninguna parte...

CONSUELO. Vámonos, antes que te dé...

SEÑA CASILDA. *Lanzando otro grito y cayendo sobre el Alguacil.* ¡Ah! Su hermana la sujeta.

FISCAL. ¡Atíza!

EPIFANIO. ¡La otra!

JUEZ. ¡Hasta mañana! *Vase, pasando por entre los dos grupos formados.*

LIBORIO. Pero, hombre, ¿han ido por el agua a Netuno?

JEROMA. *A Epifanio.* ¿Le ha dao ya el ataque?

EPIFANIO. Sí.

JEROMA. ¿Qué te dije? *A los demás.* Vaya, buenos días. ¡Que se alivie esa flor de estufal *Se va riendose.*

LIBORIO. ¿Le parece a usté? ¡Ha fingió el ataque pa que le dé a esta otra!

CONSUELO. ¡La tia indecentel... Hermana, hermana...

LIBORIO. Señá Casilda...

EPIFANIO. ¡Y yo rifaol

PIZARRO. ¡Aquí está el agual

MELÉNDEZ. ¡Esto no pasa más que en una nación decadentel *Al público, mientras dura la algarabía:*

Y aquí terminan los juicios,
y aquí termina el sainete:
si te agrada o no te agrada
dínoslo correztamente.

FIN DEL SAINETE

Madrid, setiembre, 1903.

EL MAL DE AMORES

SAINETE

CON MÚSICA DEL MAESTRO JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 28 de enero
de 1905.



A LOS ARTISTAS DEL
TEATRO DE APOLO,
*que con tanto interes, acierto y cariño
han representado este sainete, y que han
pasado con nosotros, en el breve termino
de veinticuatro horas, y como por arte
de magia, del disgusto de un fracaso
completo a la alegría de un exito verda-
deramente satisfactorio.*

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CAROLA.....	JOAQUINA DEL PINO.
MARIQUILLA.....	LOLA MEMBRIVES.
LA AMAPOLA.....	JULITA MESA.
RAFAEL.....	JUAN REFORZO.
DON LOPE.....	EMILIO CARRERAS.
EL SEÑOR CRISTÓBAL....	JOSÉ MESEJO.
ANTOÑILLO.....	ANSELMO FERNÁNDEZ.
DON RAMÓN.....	VICENTE CARRIÓN.
FELIPE.....	LUIS MANZANO.
UN CAMPESINO.....	VICTORIANO PICÓ.
OTRO.....	JOSÉ VALVERDE.
UN GUARDIA CIVIL.....	MANUEL SÁNCHEZ.
OTRO.....	GONZALO MÁIQUEZ.
EL MAYORAL.....	ANTONIO P. SORIANO.
UN SOLDADO.....	MIGUEL M. ÁLVAREZ.
UN ESTUDIANTE.....	MANUEL RODRÍGUEZ.
UN PASAJERO.....	} MELCHOR RAMIRO.
UN FRAILE.....	
UN CHIQUILLO.....	ANTOÑITA ESPINOSA.
ROVIRA.....	ANDRÉS RUESGA.

EL MAL DE AMORES

Interior del ventorrillo del señor Cristóbal en campo andaluz. Al foro, en el centro, la puerta de entrada, y a la izquierda, una ventana sin reja. A la derecha del actor, una puerta que conduce a los aposentos del ventorrillo. A la izquierda, otra más pequeña que da al corral. Ante la ventana del foro y paralelo a la pared de la izquierda, un mostradorcillo hecho de tablas viejas y desiguales. Hacia la derecha, una mesa pobre. Dos o tres sillas bastas. En el rincón de la izquierda, varias tablas a modo de anaqueles, y sobre ellas y sobre el mostrador, jarros de vino, botellas, vasos, copas, un barrilillo, un par de embudos, etc., etc. Apoyados en la pared en el mismo rincón, varios instrumentos de labranza. En el de la derecha, una tinaja, un cantarillo y una escoba. Colgado cerca del techo, en la pared del foro, un cuadro de batalla pequeñito, sin marco, que representa un suceso trágico acaecido en el ventorrillo. Sobre la puerta y la ventana, un letrero manuscrito que dice: «Oí no se fía aquí mañana sí.» En el exterior del ventorrillo, un emparrado que le presta sombra. Por la ventana penetra una rama de la parra, que adorna la pared. Las paredes, blancas, con zócalo azul. Suelo de ladrillos. Por la puerta y por la ventana se ve la campiña llena de sol.

Mariquilla, de pie, sobre un cajón pequeño, lava ropa menuda en un lebrillo que ha puesto adrede

encima de la mesa. Es hija del señor Cristóbal. Viste ropilla pobre de colores muy vivos. En los ojos se le puede encender un cigarro.

MARIQUILLA. *Cantando.*

Mi novio dice dice
que va a Zeviya,
y yo le digo digo:
quiero unas ligas.
Porque mi novio
otra coza no tiene,
pero es rumbozo.

Llegan dos Campesinos, que van de paso. Uno de ellos trae al hombro una azada.

CAMPESINO 1.º A la paz e Dios.

MARIQUILLA. Güenos días.

CAMPESINO 2.º Güenos días.

CAMPESINO 1.º ¿Quié usté darnos un vazito e vino, precioza?

MARIQUILLA. Zí, zeñó. *Secándose las manos en el delantal, va al mostrador y de un jarro llena dos vasos. Vaya.*

CAMPESINO 1.º *Bebiendo.* Jasta verte, Cristo mío.

CAMPESINO 2.º *Despues de beber.* Está fresco.

CAMPESINO 1.º *Pagando.* Tome usté.

CAMPESINO 2.º Diga usté, niña: ¿vamos bien po aquí pa Arenales?

MARIQUILLA. Zí, zeñó.

CAMPESINO 1.º Y ¿nos quea mucho camino que andá?

MARIQUILLA. Yendo apriza, azí como dos leguas. Yendo espacito, cerca e tres.

CAMPESINO 2.º Muchas gracias.

MARIQUILLA. Con Dios.

CAMPESINO 1.º Que haiga zalú, morena.

Se van hacia la izquierda los dos.

El señor Cristóbal sale en mangas de camisa, por la puerta de la derecha, desperezándose. Mariquilla sigue su faena.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Quién era, tú?

MARIQUILLA. Gente der campo.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Han bebío?

MARIQUILLA. Zí. *El señor Cristóbal se pone a hacer un cigarrillo con todo lujo de detalles. Pausa. Mariquilla torna a cantar.*

Porque mi novio
otra coza no tiene,
pero es rumbozo.

SEÑOR CRISTÓBAL. Tarda la diligencia.

MARIQUILLA. Zí que tarda. ¿Le habrá zucedío alguna coza?

SEÑOR CRISTÓBAL. Pué que se le haiga salío una ruea.

MARIQUILLA. La de ayé.

SEÑOR CRISTÓBAL. O la de antes de ayé.

MARIQUILLA. Antes de ayé lo que ze le zalió fué la lanza.

SEÑOR CRISTÓBAL. Eso fué tras de antié.

MARIQUILLA. No, padre; tras de antié ze le cayó la portezuela. *Cantando de nuevo.*

Ven esta noche,
que mi madre ze duerme
dando las doce.

Aparece don Lope en la puerta del ventorrillo. Viene de la derecha, y viste de cazador, con todos los arreos propios del noble ejercicio. Es un señor chapado a la antigua, que está en su octubre, si no en su noviembre, y se figura que esta en su abril. Lleva bigote lastimosamente pintado y con las guías punzantes como leznas. El poco cabello que le queda se lo peina con raya hasta el cogote.

DON LOPE. Salud a la buena gente.

SEÑOR CRISTÓBAL. Felises, cabayero.

MARIQUILLA. Güenos días. *Fijándose en don Lope.* (¡Jozúl)

DON LOPE. Dígame, amigo: la diligencia de Alcazarejo, ¿ha pasado ya?

SEÑOR CRISTÓBAL. No, señó: aguardándola estamos.

DON LOPE. Pues, con permiso, voy a aguardarla yo también. *Deja en un rincón todos sus arreos.*

MARIQUILLA. ¿Estorbo aquí?

DON LOPE. *Galante.* ¿Usted estorbar? Ni ahí, ni en sitio alguno en que yo me halle.

MARIQUILLA. ¡Ay, er viejol!

SEÑOR CRISTÓBAL. Y ¿qué va usté a tomá?

DON LOPE. ¿Es obligatorio tomar algo?

SEÑOR CRISTÓBAL. Obligativo, no; pero es lo desente.

DON LOPE. *Enojado.* ¡De ningún ventero admite lecciones don Lope de Zúñigal Tráigame un vaso de buen vino. *Se sienta.*

SEÑOR CRISTÓBAL. Sí, señó. *Va por él y se lo sirve a don Lope.*

Éste, mientras tanto, contempla con curiosidad a la muchacha.

DON LOPE. (Es de un parecido que me hiela la sangre. Los ojos, la boca... Igual, igual.) *Al señor Cristóbal, después de beber.* Gracias, ventero.

SEÑOR CRISTÓBAL. Pa servirle, señó.

DON LOPE. ¿Es usted el amo del ventorrillo?

SEÑOR CRISTÓBAL. Pa servirle.

DON LOPE. Y esta clavellina colorada ¿es hija de usted?

SEÑOR CRISTÓBAL. Sí, señó.

MARIQUILLA. Pa zervirle. *Coge tres o cuatro prendas lavadas y se va cantando por la puerta del corralillo como para tenderlas al sol.*

Ven esta noche,
que mi madre ze duerme
dando las doce.

DON LOPE. (El aire... el andar... Todo, todo.)

Se levanta y se acerca a hablar con el ventero, que está tras el mostradorcillo. Linda es la moza.

SEÑOR CRISTÓBAL. Se la pué mirá sin perdé er tiempo. Tiene a quien salí.

DON LOPE. ¿A su madre?

SEÑOR CRISTÓBAL. A su madre sale en la cara y en er cuerpo. En las pestañas sale a mí.

DON LOPE. ¿Y amores, tiene?

SEÑOR CRISTÓBAL. Usté carcule... Con diesi-siete años, comiendo de los diesiocho... Ahí anda tonteando con un cabreriyo der cortijo vesino...

DON LOPE. ¡Buena suerte la del cabrerillo! ¡Tirano amor! Lo mismo enreda en el campo que en la ciudad. *Contoneándose.* Yo sé un poco de eso.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Ah, sí?

DON LOPE. Usted, al verme con estos arreos, creerá que voy o vengo de caza.

SEÑOR CRISTÓBAL. Claro.

DON LOPE. Pues no hay tal.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Va usté a retratarse?

DON LOPE. Siempre que sea en unos ojos, no diré que no.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Hola?

DON LOPE. Sí. La caza es el pretexto, ¿sabe usted? Justamente vengo de pasar unos días en el *Caserío de las Palmas*; a un cuarto de legua de aquí.

SEÑOR CRISTÓBAL. A la vera der molino, ¿no?

DON LOPE. A la vera del molino: cabal.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Conose usté a la molinera?

DON LOPE. ¡Me la sé de memorial

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Vaya una mujé guapal

DON LOPE. De lo más hermoso de estos lugares, cuando no de toda la Andalucía.

SEÑOR CRISTÓBAL. Y ¡miste que se conserva fresca después de habé tenío siete chiquiyos!

DON LOPE. Ahora ha vuelto a casarse.

SEÑOR CRISTÓBAL. Sí; pero los chavales son tos siete der primer marío.

DON LOPE. *Sonriendo maliciosamente.* Seis nada más.

SEÑOR CRISTÓBAL. No, señó; tos siete. Si no hay más que verlos: son iguales ar padre.

DON LOPE. Seis nada más. Uno de ellos... no se le parece.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Ah, vamos, vamos!...

Se ríen los dos.

DON LOPE. ¿Ha comprendido usted?

SEÑOR CRISTÓBAL. Sí, señó. ¿Quié usté otro vaso e vino?

DON LOPE. ¡Vengal! ¡Qué diantrel

Sale Mariquilla y vuelve a su faena. El ventero sirve a don Lope nuevamente.

MARIQUILLA. Padre, ¿ha oído usté?

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué, hija?

MARIQUILLA. Me ha querío parecé que zuenan ya los cascabeles de la diligencia.

SEÑOR CRISTÓBAL. Yo no he sentío na. *Asómase a la puerta del ventorrillo y desaparece mirando hacia la izquierda.*

DON LOPE. *Viéndose solo con la muchacha. (Que me place. No perdamos momento.) Acercándose misteriosamente a ella.* Niña.

MARIQUILLA. Zeñó.

DON LOPE. ¿Usted tiene idea de haber visto mi cara en alguna parte?

MARIQUILLA. Zí, zeñó.

DON LOPE. *Con vivo interés.* ¿Dónde?

MARIQUILLA. En un cuadro que hay en la iglesia der pueblo y que figura er Purgatorio. Una de laz ánimas ez igualita a usté.

DON LOPE. *Mosqueado.* No es ocasión de bur-las, doncella. Contésteme con seriedad. Su madre de usted ¿estuvo alguna vez en Calasparra?

MARIQUILLA. Y ¿qué ez ezo?

DON LOPE. Un pueblo de Murcia.

MARIQUILLA. No, zeñó. Mi madre no ze movió nunca del Arahá.

DON LOPE. ¡Ahl bueno, bueno. Gracias, joven. (Respiro. La puedo cortejar impunemente. No es hija mía.)

SEÑOR CRISTÓBAL. *Volviendo a salir por la puerta del foro.* Se te figuró a ti que sonaba; porque er coche no viene.

DON LOPE. Huélgome de ello, amigo. La espera me está siendo muy agradable.

SEÑOR CRISTÓBAL. Sin embargo, ya no pué

tardá. Güeno será que quites eso de en medio, Mariquilla. Por si yega gente.

MARIQUILLA. Zí, padre; ahora mismo. *Coge el lebrillo y la ropa y se va por la puerta del corral.*

DON LOPE. *Curioseando por el ventorrillo.* «Hoy no se fía aquí, *manana sí.*» ¡Ja, jal Hombre, ¿y ese cuadro? ¿Qué representa?

SEÑOR CRISTÓBAL. Ese cuadro tiene su por qué. Retrata una ersena que pasó en este mismo sitio en que estamos. Yo la vide; y a un pintó que cayó por ahí serca, y que hasía retratos a dos cuartos, le mandé que me la pintara. Ese de la faca es er *Tuerto e Molares*, que malhirió a *Seis Deos*, que es aqué, porque no le quiso dá parte en un negocio. *Acción de robar.*

DON LOPE. No está mal, no está mal... Algo exageradillo el chorro de sangre.

SEÑOR CRISTÓBAL. Señó ¡si es la faja, que era colorál

DON LOPE. ¡Ah, vamos!

Vuelve Mariquilla.

SEÑOR CRISTÓBAL. En este ventorriyo han sa-lío a relusí muchas navajas de muchos guapos.

DON LOPE. Y ¿es cierto que le llaman *Ventorrillo del Pozo*, porque hay aquí uno cuya agua cura el mal de amores?

MARIQUILLA. Zí, zeñó. En er mismo corraliyo nuestro.

DON LOPE. ¡Ja, jal Y ¿cómo obra el agua ese milagro?

MARIQUILLA. De toas maneras; zegún la claze e má. Er que quiere orvíó, bebe orvíó; er que quiere costancia, bebe costancia; er que pena por celos, bebe zeguriá... ¿No zabe usté la historia der pozo?

DON LOPE. No la sé.

MARIQUILLA. Pos dicen que a una princeza mu bonita que había en estos contornos, dicen que ze le fué el amante a la guerra; y dicen que eya, que no podía viví zin é, dicen que venía toas las noches a yorá en este pozo, que estaba zeco; y dicen que de tanto como yoró, dicen que er pozo tuvo agua; y dicen que una noche pazó un ermitaño mu viejo, y dicen que le dijo azí: «Ya has yorao bastante, princeza: to er que beba el agua de este pozo, formá con lágrimas de mujé, ze curará der mar de amores. Vete a tu palacio, que ayí en tu cámara te espera tranquilo tu galán.» Y dicen que desapareció sin que eya lo viera, y dicen que to pazó como lo dijo. Ezo dicen.

DON LOPE. ¡Bahl Consejas populares. El mal de amores, niña, si no se cura con amor, no se cura. Se lo dice a usted quien lo sabe. Pero, a pasar de ello, ¿quiere usted guiarme a ese pozo?

SEÑOR CRISTÓBAL. Ahí en er corraliyo está: no tiene pérdida.

DON LOPE. *Asomándose a la puerta.* ¿Es aquél?

MARIQUILLA. Aquer mismito.

DON LOPE. La superstición es contagiosa.

Voy a meditar, mirándome en el agua, y quién sabe si a tomar un sorbo de ella. *Mariquilla suelta la risa al verlo ir. Don Lope se vuelve.* ¿De qué se ríe la mocita?

SEÑOR CRISTÓBAL. De mí, que le hago mucha gracia.

DON LOPE. Ya. *Vase al corralillo.*

Hija y padre rompen luego a reír.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Tú has visto qué tipo?

MARIQUILLA. ¿Ze ha fijao usté cómo ze peina por detrás? Parece la espina de un lenguao.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Y se saca la raya desde la rabaíyal

Llegan por la puerta del foro la Amapola y dos Guardias civiles. La Amapola es una gitanilla de pocos años a quien traen los Guardias maniatada.

Música

GUARDIA 1.º *A la Amapola.* Ponte ahí a ese lao.

SEÑOR CRISTÓBAL. Hola, güena gente.

GUARDIA 2.º Dios guarde a usté, señó Cristóba.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué ha hecho esa palomíya?

GUARDIA 1.º Herí malamente a su novio.

SEÑOR CRISTÓBAL. Temprano empiesa. Tomá un vaso e vino.

GUARDIA 1.º Se estima; que ya prinsipia er só a templarse.

El señor Cristóbal escancia y los Guardias beben.

GUARDIA 2.º *A la Amapola. ¿Quiés agua?*

AMAPOLA. No.

GUARDIA 2.º Tú te lo pierdes.

Mariquilla contempla llena de curiosidad e interés a la Amapola, que a su vez la mira con recelo y vergüenza.

SEÑOR CRISTÓBAL. *Entregándoles a los Guardias un papel doblado. Esto dejó er cabo ayer noche.*

GUARDIA 1.º No será ningún biyete e Banco. *Mientras lee. ¿No lo dije? Güeno está, hombre, güeno está. ¿Se ve desde aquí er Serriyo e las Liebres?*

SEÑOR CRISTÓBAL. Desde aquí se ve. Vení conmigo. *Vase hacia la derecha con los Guardias civiles.*

AMAPOLA. *Apenas se queda sola con Mariquilla. Cantando.*

Dame un buche d'agua:

vengo abrazaíta,

y de las manos de ezos maloz hombres

yo no la quería.

MARIQUILLA. *Cogiendo el cantarillo que hay junto a la tinaja.*

Tómala der pozo

que cura los males de amó,

y pué que te alivie

las penitas de tu corazón.

Dándole de beber.

Bebe, bebe,
que está en er cantariyo
como la nieve.

AMAPOLA.

La Virgen te lo pague,
niña precioza,
que tienes una cara
como una roza.

MARIQUILLA.

Dime: ¿qué es lo que haz hecho?
¿Por qué te yevan,
tan chiquita en er mundo,
zolita y preza?

AMAPOLA.

Preza y zolita
ze ve por zu mar zino
la gitanita.

Migueliyo er de la *Fara*,
gitanito como yo,
prendaíto de mi cara
de amores me requirió.

Yo escuché zus palabritas,
durcezas como mié,
y como eran durcezas,
lo que quizo le entregué.

Er tiempo pazó:
Migueliyo con Pastora
la *Cachifa*, me engañó.
Lo zupe y cegué:
a Estebita mi hermaniyo
la faquita le quité.
De noche zalí:
caminito de la caza
de Pastora lo cogí.
Me acerqué,
lo paré,
le escupí,
lo inzurté,
lo jerí...
¡ze me fué!
¡Mal haya mi zino arrastrao,
que no lo maté!

MARIQUILLA.

¡Pobrecita la gitanita,
enfermita der mar de amores:
bebe tú del agua fresquita,
melecina de ezos dolores!

Dándole de beber como antes.

Bebe, bebe,
que está en er cantariyo
como la nieve.

*Vuelven los Guardias civiles con el señor Cris-
tóbal.*

GUARDIA 1.º *A la Amapola. Vámonos.*

GUARDIA 2.º Salú y muchas gracias.

GUARDIA 1.º Con Dios, niña.

MARIQUILLA. Con Dios. Y no tratá malamente a eza pobre.

AMAPOLA. La Virgen te bendiga, hermoza. Cuidaíto a quién miras con ezoz ojos. *Vase por la puerta del foro hacia la izquierda delante de los Guardias.*

Mariquilla se asoma a verlos ir.

SEÑOR CRISTÓBAL. Que haiga salú.

AMAPOLA. *Cantando dentro.*

¡Dios te pague el agua fresquita,
melecina de mis dolores!...

MARIQUILLA.

¡Pobrecita la gitanita,
enfermita der mar de amores!

Cesa la música.

Principia a sonar hacia la izquierda el cascabeleo de la diligencia que se acerca al ventorro, y que se supone que luego para junto a el.

MARIQUILLA. Tanta gente mala como habrá zuerta por er mundo, y miste a quién van a echarle mano... Zi hubiea justicia...

SEÑOR CRISTÓBAL. Caya.

MARIQUILLA. Qué.

SEÑOR CRISTÓBAL. Ahora sí que suena la diligencia.

MARIQUILLA. Es verdá.

SEÑOR CRISTÓBAL. Avísale a don Lapi.

MARIQUILLA. *Desde la puerta del corral, gritando.* ¡Don Lapi! ¡Don Lapi!

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Muchachal

DON LOPE. *Saliendo.* Don Lope; me llamo don Lope. ¿Ocurre algo?

SEÑOR CRISTÓBAL. Que er coche ya está ahí.

DON LOPE. ¡Válgame Dios, y cuán pronto pasa la dichal *Mariquilla se va a la puerta.* ¿Qué le debo, ventero?

SEÑOR CRISTÓBAL. Lo que sea voluntá.

DON LOPE. *Pagándole liberalmente.* Tome usted.

SEÑOR CRISTÓBAL. Se estima, señorito.

La diligencia para. Don Lope recoge sus chirim-bolos y se dispone para marchar, todo ello muy reposadamente. El señor Cristóbal sirve a los que llegan.

MARIQUILLA. No viene cuazi nadie. Como los que vengán no hayan comío mojama, poca bebía vamos a vendé.

Viene el Mayoral muy aprisa.

MAYORAL. Dame un vaso de agua pa una monja.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Eso es to lo que se te ofrese?

MAYORAL. A la güerta será argo más.

SEÑOR CRISTÓBAL. Pero yendo tan de vasío, ¿cómo habéis tardao tanto tiempo?

MAYORAL. Porque se nos cayó er pescante.
Vase con el agua.

Salen a la vez un Estudiante y un Soldado.

SOLDADO. A vé un vaso e vino.

ESTUDIANTE. A mí una copita de anís.

SOLDADO. Pero ¿ha reparao usté, paisano, qué rear mosa yevo a la vera mía?

ESTUDIANTE. ¿Que si he reparao? Si no le quito ojo. ¿Y en la ventera, se ha fijao usté?

SOLDADO. También pué salí en las cajas e mistos.

MARIQUILLA. ¡Ay, zeñó; vaya una mujé guapa que ze baja der coche!

SOLDADO. *Asomándose a la ventana.* ¿Viene pa acá? ¡Paisano, pa acá vienel!

MARIQUILLA. Azómeze usté, padre: miste qué encanto.

SEÑOR CRISTÓBAL. Lo que es mesté que haga gasto por siete feas.

DON LOPE. *Ya dispuesto a partir.* Salud... y hasta que el azar vuelva a traerme por el *Ventorrillo del Pozo*.

SEÑOR CRISTÓBAL. Vaya usté con Dios.

Don Lope va a marcharse a tiempo que llega Carola. Sorprendido por su hermosura se detiene y la deja pasar, quitándose el sombrero. Carola viste traje claro de percal y mantón negro de crespón.

Todos la contemplan con admiración e interés, singularmente Mariquilla.

CAROLA. *Desde la puerta.* Güenos días.

MARIQUILLA. Güenos días.

CAROLA. ¿Es éste er *Ventorriyo'er Poso*?

SEÑOR CRISTÓBAL. Éste es.

CAROLA. *Despues de mirar a todos lados como buscando a alguien.* Con permiso. *Entra en el ventorrillo y se sienta junto a la mesa, pensativa y triste. Pausa.*

DON LOPE. (¡En mi vida he visto más acabada belleza de mujer!) *Adelántase hacia la derecha y desde allí la mira intencionadamente largo rato, como quien echa la semilla de una nueva aventura amorosa.*

SOLDADO. *Hablando de Carola con el Estudiante.* Eya se subió entre Pajarete y Los Molinos, toa temblando, blanca como er papé. Luego—usté la ha visto—no ha parao de suspirá ni de yevarse er pañuelo a los ojos.

ESTUDIANTE. Algo daría yo por sé el que tiene la culpa de to eso.

Llega un Pasajero con unas alforjillas al hombro.

PASAJERO. Salú, Cristóba.

SEÑOR CRISTÓBAL. Hola, Juan.

PASAJERO. Dame media caña.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Vas pa er pueblo?

PASAJERO. Pa ayá voy.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Cómo está tu gente?

PASAJERO. Tan güena.

DON LOPE. (Aunque su traza es popular, bajo ese mantón adivino a la gran señora. Aventura tenemos.)

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Y la perra, parió por fin?

PASAJERO. Eso iba a desirte. Parió.

SEÑOR CRISTÓBAL. Pos un cachorriyo es pa mí.

PASAJERO. Descuida: en eso estoy.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Cuántos ha tenío?

PASAJERO. Siete.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Siete?

PASAJERO. Sí.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Cómo son?

PASAJERO. Como er padre. Igualitos ar padre tos siete.

DON LOPE. *Rondando a Carola hállase a tiempo de oír esta frase cerca del Pasajero y toma el rábano por las hojas.* Seis nada más.

PASAJERO. ¡Tos siete, señó! ¿Usté los ha visto?

DON LOPE. Seis nada más.

PASAJERO. ¡Me deja usté parao!

DON LOPE. ¿Tendré que decir que uno es mío?...

PASAJERO. ¿Eh?

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Pero, señó, si estamos hablando de una perra de aquí mi compadre!

Sueltan la risa todos, a excepción de Carola, que permanece quieta y abstraída.

DON LOPE. *Amoscadísimo.* ¡No es tan donoso el chiste que merezca esas carcajadas! *Llevándo-*

se al señor Cristóbal aparte. Oiga usted, ventero. Cuanto gasto hiciere aquella mujer, de mi bolsillo corre.

SEÑOR CRISTÓBAL. Está bien. Mariquiya.

MARIQUILLA. Padre.

SEÑOR CRISTÓBAL. Pregúntale a esa señora si va a tomá argo.

MARIQUILLA. *A Carola.* Usté ¿va a tomá argo?

CAROLA. Ahora, no.

MARIQUILLA. *Al señor Cristóbal.* Dice que ahora, no.

SEÑOR CRISTÓBAL. *A don Lope.* Dise que ahora, no.

DON LOPE. Dice que ahora, no. (Entendido.) *Da un paseo por delante de ella, mirándola con descaro galante.*

Vuelve a salir el Mayoral muy aprisa y le devuelve al señor Cristóbal el vaso que antes se llevó, con una moneda dentro.

MAYORAL. Ahí tienes. *Crujiendo el látigo.* ¡Ea, vámonos; que es tardel *Se marcha el.*

Sucesivamente se marchan también el Pasajero, el Estudiante y el Soldado, que habrán pagado ya.

PASAJERO. Adiós, Cristóba.

SEÑOR CRISTÓBAL. Adios, Juan.

PASAJERO. Adiós, Mariquiya.

MARIQUILLA. Vaya usté con Dios. Y memorias a Roza.

ESTUDIANTE. *Pasando al irse por junto a Carola.* Si mi catedrático tuviera la cara de usté...

entonses sí que sentiría yo las calabasas que me ha dao.

DON LOPE. *Picado.* ¡Bah! ¡Tosco ingenio el del estudiantel

SOLDADO. *Lo mismo.* ¿Me vende usté un retrato suyo pa un escapulario, por si voy a la guerra?

DON LOPE. ¡Bah! ¡Piropo de cuartell

SOLDADO. *Volviéndose.* ¿Cómo ha dicho usté, amigo?

DON LOPE. ¡Piropo de cuartell

SOLDADO. ¿Sí, verdá? Pos el úrtimo mono der cuarté se da en las botas mejó betún que usté en er bigote.

Risas generales.

DON LOPE. *Queriendo comérselo.* ¿Qué?

SEÑOR CRISTÓBAL. *Mediando.* Na. Quietos: carma. No comprometerme. Usté, militá: ya se está largando.

SOLDADO. ¡Pos hombre! ¡pos estaría graciosol...

SEÑOR CRISTÓBAL. Usté, señó: repare que son cosas de gente joven...

DON LOPE. Por los buenos oficios de usted llega a su pueblo con cabeza.

MAYORAL. *Gritando dentro.* ¡Que me voy!

MARIQUILLA. *A Carola.* Zeñora, ¿está usté oyendo? Er coche ze va.

CAROLA. Güeno; que se vaya.

MARIQUILLA. Pero usté...

CAROLA. Yo me queo.

Sorprende en el Ventero y en su hija; jactancia en don Lope. Pausa.

MARIQUILLA. Miste que esto es un descampao.

CAROLA. Ya, ya lo sé. No importa.

Se miran padre e hija, sin comprender. Carola da un suspiro y se enjuga los ojos.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Y usted también se quea, don Lope?

DON LOPE. Don Lope.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Usted también se quea?

DON LOPE. ¡Claro, hombre, claro!

SEÑOR CRISTÓBAL. *Bajo, aparte.* Pero, escuche usted: ¿hay ya inteligencia?...

DON LOPE. *Lo mismo.* ¡La habrá! Esto.... ya está en casa.

SEÑOR CRISTÓBAL. *A Mariquilla.* Me da er corasón que vamos a tené un güen día. Dile ar mayorá que arree cuando quiera.

MARIQUILLA. *Yéndose por la puerta del foro, hacia la izquierda.* ¡Pacol! ¡Pacol! ¡No aguarde usted más!

Vuelve a oírse el cascabeleo de la diligencia, que arranca y se aleja. Con el sonido de los casca- beles mezclase el de una copla que va cantando el Mayoral. Don Lope, solemnemente, hace señas al señor Cristóbal para que se retire. Éste se va por la puerta del corralillo.

Don Lope suelta de nuevo todos sus chirimbolos, y se dirige a Carola sombrero en mano, no sin tropezar de pura emoción.

DON LOPE. Señora. *Carola está como una estatua y sigue lo mismo.* Señora. *Silencio.* Aunque la embellece a usted la tristeza, yo me holgara de ver su sonrisa. ¿Eh? *Carola continúa inmóvil.* ¿No quiere usted alzar hasta mí sus ojos celestiales? ¿Eh? ¿Le molesta a usted el humo? No estoy fumando, pero, en fin, para no fumar. ¿Cómo? ¿Mereceré a lo menos saber sus cuitas? ¿La persigue algún malhechor? ¿algún amante despechado? Si es así, aquí estoy yo para defenderla. Antes que enamorado, soy caballero. ¿Eh? *Pausa.* ¿Eh? (La he conocido perfectamente: es de las que no contestan. *Aventura tenemos.*) *Apártase de Carola y llama al señor Cristóbal por señas también.*

Éste sale en seguida.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué hay?

DON LOPE. Hay lo suficiente. Sírname usted un bocadillo allá fuera; en aquella mesa que está cabe los álamos. Cualquier cosa; un huevo frito con jamón... Cualquier cosa. *Misteriosamente, y refiriéndose a Carola.* Quiero que me eche de menos.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Ah!

DON LOPE. *Vase hacia el foro sin dejar de mirarla, y en la misma puerta lanza un suspiro.* ¡Ayl... *Carola, maquinalmente, vuelve el rostro, y al ver a don Lope hace un gesto de desagrado, que*

él interpreta favorablemente. Esto... ya está en casa. Alejase por el campo hacia la derecha.

Vuelve Mariquilla.

MARIQUILLA. ¿Ande va don Lapi tan zoplao?

SEÑOR CRISTÓBAL. Déjalo que vaya ande quiera. Cáyate tú.

CAROLA. *Levantándose inquieta.* Diga usté, ventero; y usté, joven: ¿ha venío arguién preguntando por mí?

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Por usté?

CAROLA. Güeno; por una mujé como yo.

SEÑOR CRISTÓBAL. No; nadie ha venío. ¿Verdá, tú?

MARIQUILLA. Nadie.

CAROLA. (¡Se me hasen siglos los momentos! ¿Por qué no yega ya? ¿Por qué no yega? ¡No hago más que pensá locuras!...)

El señor Cristóbal y Mariquilla se interrogan con los ojos. Él hace señas a su hija de que se calle y se aparte de Carola, y se va por la puerta de la derecha mirando a esta última.

Mariquilla se pone a hacer algo tras el mostrador. Antoñillo canta dentro, lejos, y va acercándose. Mariquilla le responde. Carola vuelve a su abstracción.

Música

ANTOÑILLO. A la zombra de mi amó...

MARIQUILLA. *Con júbilo infantil.* ¡Mi noviol

ANTOÑILLO. A la zombra de mi amó...

MARIQUILLA. Toavía no le contesto: a la tercera.

ANTOÑILLO. A la zombra de mi amó...

MARIQUILLA. Es como viví me agrada...

ANTOÑILLO. Por ezo busco zu zombra...

MARIQUILLA. Hasta en la noche cerrada...

LOS DOS. ¡A la zombra de mi amól...

Con la última nota, aparece Antoñillo tras la ventana, y ambos se contemplan sonriéndose. Viene de sombrero ancho, chaqueta al hombro, faja y zahones, todo ello muy traído y llevado. Al hombro, una porra de su estatura. Algunas esquirlas del ganado que conduce se oyen hacia la izquierda.

MARIQUILLA. *A modo de saludo.* Antoñiyo...

ANTOÑILLO. *Lo mismo.* Mariquiya...

MARIQUILLA. ¿Vas a darle de bebé ar ganao?

ANTOÑILLO. Vi a darle de bebé ar ganao.

MARIQUILLA. Ea, pos adiós.

ANTOÑILLO. Ea, pos adiós.

MARIQUILLA. Azí que yegue tu hermaniyo, ¿vendrás?

ANTOÑILLO. Vendré, azí que yegue mi hermaniyo. *Retírase gritándole al ganado.* ¡jiiiiiiral... ¡jiiiiiiral...

CAROLA. *Desahogando sus sentimientos.*

¡Que venga ya,
que sin tenerlo a mi vera
no pueo ni respirál

¡Que venga ya,
que mi cariño lo espera
y es mu penoso esperál

Maripositas del aire,
floresiyas de los campos,
si lo veis por er camino
desirle que avive er paso;
que lo quiero,
que lo aguardo,
que castigue
su cabayo...

que sin verlo me parese que es mentira
que he de verlo aquí a mi lao.

MARIQUILLA.

Er mar de amores
la tiene azí:
me da tristeza
de zu zentí.

CAROLA.

¡Que venga ya,
que er corasón no sosiega
hasta sentirlo yegál

MARIQUILLA.

¡Que venga ya,
que zu penita me yega
y voy a echarme a yorá!

Óyense de nuevo las esquilillas del ganado que conduce Antoñillo, el cual a poco se asoma a la ventana otra vez.

MARIQUILLA. Ya güerve Antoñiyo... *Al verlo.*
Antoñiyo...

ANTOÑILLO. Mariquiya...

MARIQUILLA. ¿Ha bebío ya er ganao?

ANTOÑILLO. Ya ha bebío er ganao.

MARIQUILLA. Ea, pos adiós.

ANTOÑILLO. Ea, pos adiós.

MARIQUILLA. Azí que yegue tu hermaniyo,
¿vendrás?

ANTOÑILLO. Vendré, azí que yegue mi hermaniyo. *Retírase como antes, gritándole al ganado tambien.* ¡Jiiiiirra!... ¡jiiiiirra!...

MARIQUILLA. Ahora yo, ahora yo... *Canta.*

Del arroyo en er cristá...

Otra vez.

Del arroyo en er cristá...

Ahora.

Del arroyo en er cristá...

ANTOÑILLO. *Mientras se aleja.*

Ayí ze mira mi amante...

MARIQUILLA. Yo voy a pedirle ar viento...

ANTOÑILLO. Que nunca borre zu imagen...

LOS DOS. ¡Del arroyo en er cristál...

Cesa la música.

Sale por la derecha el señor Cristóbal. En la mano trae un cubierto pobre y un panecillo. Al brazo, un mantelillo viejo.

SEÑOR CRISTÓBAL. No hay que darle güertas: se cambia de genio con los años.

MARIQUILLA. ¿Por qué lo dice usted, padre?

SEÑOR CRISTÓBAL. Porque a tu edá, eso que hases tú con Antoñiyo lo hasía conmigo una chicanera, y nos reíamos los dos como criaturas; y ahora, ¡me dan unas ganas de cogé una vara y liarme a palos contigo y con tu noviol

MARIQUILLA. Padre, to lo malo que hagamos zea ezo.

SEÑOR CRISTÓBAL. Es que si hisieras otra cosa, entonses sí que cogía la vara. *Va a irse por el foro, y se detiene en la puerta mirando hacia la izquierda.*

MARIQUILLA. ¡Ja, ja, ja!

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Camará, qué prisa traen aquéyos!

MARIQUILLA. ¿Quiénes?

SEÑOR CRISTÓBAL. Dos hombres que vienen a cabayo a campo traviesa.

CAROLA. *Levantándose alarmada.* ¿Dos hombres?

MARIQUILLA. *Mirando por la ventana. Z*

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Místelos!

CAROLA. *Asomándose también a la ventana cautelosamente y llena de temor.* ¡Jesús!

MARIQUILLA. ¿Qué?

CAROLA. ¡Ay, Virgen mía!

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué sucede?

CAROLA. Ventero; niña: por lo que más quieran ustedes en el mundo, esconderme en alguna parte. Esos hombres vienen por mí; me persiguen.

MARIQUILLA. ¿La perziguen?

CAROLA. Desirles que no saben de mi persona; que no he pasado en la diligencia; que no me han visto.

MARIQUILLA. Pero ¿no estaba usted esperando...?

CAROLA. ¡A esos, no! ¡Pronto! ¡Por Dios, pronto!

SEÑOR CRISTÓBAL. No se apure usted. Métase usted ahí, y esté usted tranquila. *Señala a la puerta de la derecha.*

CAROLA. ¿Aquí, verdá?

SEÑOR CRISTÓBAL. Ahí, ahí.

CAROLA. *Yéndose.* ¡Dios se lo pague!

SEÑOR CRISTÓBAL. *A su hija.* Y tú y yo, a hasé como que hacemos algo.

Deja sobre el mostrador lo que llevaba para don Lope y se pone a echar vino de unos jarros en otros. Mariquilla barre, atisbando mientras por la puerta.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Vienen?

MARIQUILLA. Zí.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Son dos?

MARIQUILLA. Dos.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué hasen

MARIQUILLA. Bajarze de los cabayos y atarlos.
Ya yegan. *Cantando.*

Barre, chiquiya,
que barriendo te veo
las pantorriyas...

Aparecen por la puerta del foro don Ramón y Felipe, tío y sobrino, labradores. Hablan con turbación y ansiedad.

DON RAMÓN. Buenos días.

FELIPE. Buenas tardes.

SEÑOR CRISTÓBAL. Felises.

DON RAMÓN. Oiga usté, amigo: la diligencia de Arcasarejo...

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué?

FELIPE. La diligencia de Arcasarejo...

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué?

DON RAMÓN. ¿Ha pasao ya?

FELIPE. ¿Ha pasao ya?

MARIQUILLA. ¡Digol

DON RAMÓN. ¿Ha pasao ya?

MARIQUILLA. Hará media hora.

DON RAMÓN. ¿Hará media hora?

FELIPE. ¿Hará media hora?

DON RAMÓN. Pos vámonos.

FELIPE. Vámonos.

DON RAMÓN. Espera. ¿Han visto ustedes si iba una mujé...?

FELIPE. Es verdá. ¿Iba una mujé...?

DON RAMÓN. Morena, guapa...

FELIPE. Ojos grandes...

DON RAMÓN. Buen cuerpo...

FELIPE. De mantón...

DON RAMÓN. Un luná...

SEÑOR CRISTÓBAL. Yo no he reparao. Er coche yevaba hoy poca gente. ¿Tú has visto argo, hija?

MARIQUILLA. Yo, no. Yo no me azomé...

DON RAMÓN. Pos vámonos.

FELIPE. Vámonos.

MARIQUILLA. No he visto más que ar mayorá, que entró por agua pa una monja.

DON RAMÓN. ¿Pa una monja?

FELIPE. ¿Pa una monja?

MARIQUILLA. Pa una monja, zí.

FELIPE. ¿Se habrá disfrasao?

DON RAMÓN. ¿Qué hasemos?

FELIPE. ¿Qué hasemos? ¿Seguí?

DON RAMÓN. Seguí.

FELIPE. Seguí.

DON RAMÓN. Vámonos.

FELIPE. Vámonos.

DON RAMÓN. Sí, porque...

FELIPE. Sí, porque...

DON RAMÓN. Vámonos.

FELIPE. Vámonos.

Se van de estampía.

SEÑOR CRISTÓBAL. *Asomándose a la ventana.*

¡Vayan ustés con Dios!... ¡Y no hay de qué darlas!

MARIQUILLA. Padre, ¿qué zará esto?

SEÑOR CRISTÓBAL. Pa nosotros, na malo. Déjate tú queré.

MARIQUILLA. ¿La yamo ya?

SEÑOR CRISTÓBAL. Yámala.

MARIQUILLA. *Desde la puerta de la derecha.* Zeñora, zarga usté; que ya van *pitando*.

Carola obedece.

CAROLA. ¡Ay, Jesús, qué susto he tenío!

SEÑOR CRISTÓBAL. Se ha queao usté como la paré.

MARIQUILLA. Y está usté helaíta. Y titiritando.

CAROLA. Deme usté una poca de agua.

SEÑOR CRISTÓBAL. Ahora mismo.

MARIQUILLA. Deje usté, padre: le daré yo de ésta, que cura er mar de amores.

SEÑOR CRISTÓBAL. Pero, hija, ¿tú qué sabes por lo que esta señora sufre?

CAROLA. No viene malamente, no.

Mariquilla llena un vaso del cantarillo y se lo ofrece a Carola, que bebe.

SEÑOR CRISTÓBAL. Eso es aparte. Yo lo desía porque mi niña quíe que to er mundo beba el agua. Antié se empeñó en que la tomara un canónigo.

MARIQUILLA. ¿Ze le ofrece a usté alguna coza más?

CAROLA. Muchas gracias.

SEÑOR CRISTÓBAL. Usté pía por su boca. Una mujé con esos ojos, manda en mi ventorriyo.

MARIQUILLA. Una mujé con eza pena, manda en mi perzona.

CAROLA *Conmovida*. Gracias; muchas gracias. *Se sienta*.

SEÑOR CRISTÓBAL. *A su hija*. Estate aquí ar cuidao, pero no la importunes. Yo vi a yevarle de comé a don Lapi. *Coge lo que dejó sobre el mostrador y se va por la puerta del foro*.

Pausa.

MARIQUILLA. (Me da lástima verla tan cayá... Y luego, ¡tengo yo unas ganas de enterarme de lo que le zucedel...)

CAROLA. *Suspirando*. ¡Ay!...

MARIQUILLA. *Acercándosele*. Ezahogue usté zu pecho tribulao. Yore usté, zeñora; que ezo alivia.

CAROLA. Ganas no me fartan.

MARIQUILLA. Pos yore usté. En la cara ze le ve que pena mucho.

CAROLA. Peno.

MARIQUILLA. ¿De mar de amores?

CAROLA. Sí.

MARIQUILLA. ¿Desdenes?

CAROLA. No.

MARIQUILLA. ¿Celos?

CAROLA. Tampoco.

MARIQUILLA. ¿Auzencia?

CAROLA. Ahora, sí: ausensia. Aquí estoy esperando a quien bien me quiere.

MARIQUILLA. ¡Ahl...

Vuelve el señor Cristóbal y se va por la puerta de la derecha.

SEÑOR CRISTÓBAL. Pa comé se quita los dientes. Yo no he visto una cosa más asurda. ¡Si fuea ar revés!...

MARIQUILLA. ¿Conque esperando a quien bien la quiere?... Y ¿vendrá?

CAROLA. Vendrá. Pero ya debía está aquí. No sosiego hasta verlo. *Se levanta y se asoma a la puerta.*

MARIQUILLA. ¿Usté es de por aquí alreó?

CAROLA. De un pueblo de aquí serca soy.

MARIQUILLA. Y zu novio ¿es der mismo pueblo?

CAROLA. No. *Pausa.* Yo vivía en mi casa tranquila con mi gente: mi padre, mi madre y tres hermanas. Pa viví no nos fataba; pero na más. De mo que fortuna no tengo. Y, sin embargo, a mí me pretendían tos los hombres, porque disen que no soy fea. Uno de eyos, ese que ha es-tao aquí a buscarme, sobrino der que venía con é, se prendó de mí; de tar manera, que aunque es adinerao, no pensó más que en casarse con-migo, sin que se le importara na de mi pobresa. Su

familia no púo quitárselo der pensamiento, y consintió; la mía, como somos pobres, me yenó la cabeza de reflersiones y de consejos... «Que si te quiere mucho, que si es mu rico, que si es un santo, que si te hará felí...» Tanto dieron, que lo armití por novio.

MARIQUILLA. ¡Zí, verdá?

CAROLA. Pero sin gustarme, sin alegría, sin quererlo de amó...

MARIQUILLA. ¡Zin quererlo de amól

Torna a salir el señor Cristóbal por la puerta de la derecha y a irse por la del foro. Lleva un plato para don Lope y coge un jarrillo de vino.

SEÑOR CRISTÓBAL. Lo que es este jamón, como no se ponga siquiea un cormiyo, no lo parte. ¡Que no se haga ilusiones!

MARIQUILLA. *A Carola, cuando se va su padre.* Ziga usted con zu historia.

CAROLA. Figúrese usted. A los seis meses de noviajo, cuando ya quería é arreglá los papeles pa que nos casáramos, cayó en er pueblo de temporá el otro: er que me tiene aquí. Le gusté y me gustó. Nos quisimos... como yo no había sabío queré ar primero. Y entonces vino er no comé, y er no dormí, y er soñá despierta... y er no podé pensá más que en su persona. Sin haberlo conosío, quisá me hubiera yegao a casá con el otro, porque a eso me empujaban; después de conoserlo, era imposible. O suya, o de ninguno. Ocurtándonos de la gente, a espaldas

de tos los de mi casa, prinsipiamos a pensá locuras pa sacá adelante nuestro cariño; y ar cabo de darle muchas güertas, no vimos más salía sino que yo me escapara en la diligensia que pasa por mi pueblo al amanesé, y que ér viniera desde er suyo a buscarme aquí. Y aquí estoy aguardándolo.

MARIQUILLA. Y ¿qué hace ya eze hombre que no viene?

CAROLA. No sé, no sé... Verdaderamente no sé...

Aparece el señor Cristóbal nuevamente.

SEÑOR CRISTÓBAL. Ahora me píce paliyos. ¡Los querrá pa er sielo e la bocal *A Mariquilla*. Me voy adentro a rematá mi jaula. Avísame si hay noveá. *Se va por la puerta de la derecha.*

MARIQUILLA. ¿Le habrá pazao argo en er camino?

CAROLA. Ese es mi temó; pero no quiero ni pensarlo.

MARIQUILLA. Zu pueblo ¿está mu lejos de aquí?

CAROLA. A cuatro leguas. Nos hemos dao sita en este sitio porque está entre los dos.

MARIQUILLA. Aguarde usted un poco.

CAROLA. ¿Qué pasa?

MARIQUILLA. Que han yamao a la puerta der corraliyo. ¡Pué que zeal

CAROLA. ¡Abra usted corriendol

MARIQUILLA. Zí; pero quéeze usted aquí, por zi acazo no...

CAROLA. Güeno; aquí estoy.

MARIQUILLA. ¡Ay, zeñól! lo que a mí me gusta meterme en loz amores! *Vase corriendo por la puerta del corralillo.*

Carola quedase observando curiosa y recatadamente. Pausa.

CAROLA. *Con desencanto.* ¡No es él... ¡Dios mío, no sé qué pensál... Vi a gorverme loca... ¿Me habrá engañao? No; eso sí que no... Me quiere mucho. Viene, aunque sea arrastrando.

Asoma Rafael oportunamente en la puerta del ventorrillo.

RAFAEL. ¡Verdá que sí!

CAROLA. *Corriendo a su encuentro.* ¡Rafaél!

Rafael viste de guayabera, pantalón de montar y sombrero ancho. Trae espuelas. En la mano lleva una varita.

Música

RAFAEL. Aquí me tienes, Carola;
aquí me tienes, morena;
si penabas de está sola,
abre la jaula a tu pena.

Déjala dí,
que es la pena un pajarito
quejumbroso y tristesito,
que no quiero yo pa ti.

CAROLA. No sabes la angustia mía
sola en este descampao,
pero es mayó mi alegría
ar mirarte ya a mi lao.

Yo junto a ti,
soy la reina de un castiyo
chiquetiyo,
que en el aire de un suspiro levantaste tú pa mí.

RAFAEL. Tú junto a mí
eres reina de un castiyo
chiquetiyo,
que en el aire de un suspiro hise, niña, yo pa ti.

CAROLA. Suspiros de tu arma...

RAFAEL. Suspiros de tu pecho...

CAROLA. Besitos que se quejan y que salen
en busca de otros besos.

RAFAEL. En el aire de un suspiro
le hise er nío a mi morena,
y no hay viento huracanao
capaz de tirarlo a tierra.

CAROLA. Los simientos der cariño
le pusimos a la pá:
por eso mientras queramos
no lo tira un vendavá.

Los dos. Una nochesita clara
nuestro cariño nació,
y disiéndonos amores
nos dió en la carita er só.

RAFAEL. ¡Bien haya la noche aqueyal

CAROLA. ¡Bien haya la luna clara!

RAFAEL. ¡Bien haya mi güena estreyal

Los dos. ¡Yo junto a ti,
no le temo en esta vía,
prenda mía,

ni a la muerte, que no es muerte, sino vía, estan-
[do así!

Se abrazan.

RAFAEL. ¡Morenal

CAROLA. ¡Morenol

RAFAEL. ¿Me quieres?

CAROLA. ¡Te quiero!

Cesa la música.

CAROLA. ¡Ay, Rafaél! ¡Mentira me parese que
estás conmigol

RAFAEL. ¡Si me paese a mí que lo estoy! ¡Si
esto es un sueño! ¿Me esperas hase mucho?

CAROLA. Hase un güen rato ya. Lo que yo he
pasao hasta verte entrá, no es pa dicho. Pero
cuéntame tú...

RAFAEL. ¿Que te cuente? Verás. Lo primero es
que estoy aquí porque en er sielo hay un santi-
rulito que me apadrina. ¡Josús! Se pué escribí un

pliego de estampas con las cosas que me han pasado. Y tú lo menos figurándote que yo te engañaba. ¡Que yo te engañaba! ¡Mía que engañarte yo! ¡Andando he venido!

CAROLA. ¿Andando?

RAFAEL. ¿Te explicas tú de otra manera que te haya hecho esperar? ¡Benditos sean tus ojos, y tu cara, y tu cuerpo, y tu ánge, y tu...! *A Mariquilla, que vuelve a tiempo por la puerta del corralillo.* Niña, deme usted un vaso e vino, que me ahogo.

MARIQUILLA. ¿Digo, eh? Estaba aquí ya, y yo mientras me he yegao corriendo hasta las chumberas pa vé zi venía. *A Carola.* Ya zabe usted que tiene usted un novio mu zimpático.

CAROLA. ¿Verdá que lo es?

RAFAEL. Gracias, pimpoyo. Yo no había quería desí que es usted mu presiosa, porque está ésta delante. Pero, güeno, sarta a la vista. *A Carola.* No te enfades tú.

CAROLA. No me enfao. Anda, cuéntame, cuéntame...

RAFAEL. *Tomando el vaso que le sirve Mariquilla.* Déjame que beba.

CAROLA. Te arvierto que aquí peligramos.

RAFAEL. ¿Quién lo ha dicho?

CAROLA. Yo. Ha venido a buscarme mi novio.

RAFAEL. ¡Me alegrol

CAROLA. No, no te alegres. Venía con su tío; se fueron a arcansá la diligencia; y como la ar-

cansen, le dirá er mayorá que yo me he queao en este ventorro, y güerven y nos cogen.

Mariquilla, desãe la ventana, hace señas a Antoñillo para que se acerque.

RAFAEL. Se me importa un parmito to eso; pero, en fin, pa que tú no te asustes, lo vamos a arreglá de una manera. Niña, ¿usté tiene novio?

CAROLA. ¿Qué piensas hasé?

RAFAEL. Tú cáyate. ¿Usté tiene novio?

MARIQUILLA. Zí, zeñó. Místelo. *Señalando a Antoñillo, que llega por el foro.*

RAFAEL. ¡Compadre, qué casualiál Güena persona. También nos sirve. Ven acá. *Antoñillo huye recelosamente.* Ven acá, hombre, que no me como a nadie.

MARIQUILLA. *Viendo reacio a Antoñillo.* Acércate, Antoñiyo.

RAFAEL. Vamos a vé: ¿qué eres tú capaz de hasé por tu niña?

ANTOÑILLO. ¡Ay, qué gracial

RAFAEL. Contesta.

ANTOÑILLO. ¡Ay, qué gracial ¡To lo que eya me mandel

MARIQUILLA. En ezo no miente. Le pío ahora mismo que vaya ar cortijo, ze meta en er pajá, y con una pajita ze esté dando en un ojo hasta que ze le ponga azí de hinchao, y lo hace.

ANTOÑILLO. ¡Y lo hagol *Toma. 'o el camino.* ¿Quié usté verlo?

RAFAEL. No es menesté tanto. Pero voy a pe-

dirles a ustés un favó por lo bien que se quieren.

MARIQUILLA. Diga usté.

ANTOÑILLO. Mande usté.

RAFAEL. Usté, niña, se va a poné a mirá la gente que viene por er lao de la carretera; y tú, muchacho, por aquí por er caminiyo. ¡Un perro que asome las orejas, ya están ustés aquí a avismarmel

MARIQUILLA. Zí, zeñó.

ANTOÑILLO. Zí, zeñó.

MARIQUILLA. No paze usté cuidao.

CAROLA. Dios se lo pagará.

RAFAEL. Y yo, primero.

MARIQUILLA. Anda, Antoñiyo.

ANTOÑILLO. Amos.

MARIQUILLA. *Ya en la puerta del foro.* Como no estés listo, verás.

ANTOÑILLO. ¡Zí; que tú eres más lista que yo! ¡Acuérdate de ayél...

MARIQUILLA. ¡Pos acuérdate tú de antes de ayél...

Se van riendose, ella hacia la derecha y el hacia la izquierda.

RAFAEL. ¡Vaya una parejal Y por lo visto, tos los días tienen que acordarse de argo.—Güeno, pos verás...

CAROLA. Sí; dime.

Se sientan.

RAFAEL. Sargo de mi casa en er *Mulato*, comiéndome er mundo, y no hago más que verme

en la caye, ¡pun! un tuerto. ¡Mía qué prinsipiol! Había pa gorverse a casa y no salí en tres meses. Pero como me estabas tú esperando... Yego por fin a la carretera, ya con la pírdora en er cuerpo de que argo malo iba a ocurrirme, y ar crusá er Puentesíyo, no sé lo que le pasa ar pobre *Mulato*—pué que viera argún cabayo tuerto también—que empiesa a pegá botes y a sortá relinchos, no obedese a na, se espanta como yo no lo he visto nunca, da un resbalón y los dos venimos a tierra.

CAROLA. ¡Ay, várgame Dios! ¿Te hisiste daño?

RAFAEL. No. Un poquiyo desoyao er braso. Na. Er *Mulato*, sí. Lo levanto, lo acarísio, y veo que está herío en una pata. Imposible seguí con é. Y a to esto, en medio'er campo y aguardándome tú.

CAROLA. Y ¿qué hisiste?

RAFAEL. Por las riendas y pasito a paso me lo yevé a un caserío que había serca. Me ofresieron un burro pa seguí; pero había que vé er burro. ¡Pa quitarle las moscas hasían farta dos o tres días! ¡Un cataclismo! Totá: que agarro un papé, le pongo dos letras a mi primiyo Curro pidiéndole una bestia, y con un sagaliyo que me dijeron que era de confiansa se las mando ar pueblo, y yo tomo er camino pa acá to lo más aprisa posible pa que tú no te impasientaras mucho. Y aquí nos tenemos que está hasta que mande la bestia mi primiyo. Y na más. Y eso es to. Tú ¿qué dises?

CAROLA. ¡Ay, Virgen del Amparo! ¡qué desgrasial

Llega Mariquilla presurosa.

MARIQUILLA. ¡Zeñó!

RAFAEL. *Levantándose.* ¿Qué?

CAROLA. *Lo mismo.* ¿Qué pasa?

RAFAEL. ¿Viene alguna persona?

MARIQUILLA. No, zeñó: viene un fraile.

CAROLA. ¿Un fraile?

RAFAEL. Ese pué estorbarnos.

CAROLA. Sobre to, si es de mi pueblo y me conose.

RAFAEL. Aunque no sea de tu pueblo. Un fraile siempre es un estorbo. Aquí no entra.

MARIQUILLA. Y ¿qué vamos a hacé?

CAROLA. ¿Qué vamos a hasé?

MARIQUILLA. ¡Ya está ahí!

RAFAEL. ¡Gorverse de espaldas!

CAROLA. ¿Cómo?

RAFAEL. ¡De espaldas a la puerta las dos! *Obedecen ellas, y el se coloca entre ambas, de espaldas a la puerta tambien. Suelta el sombrero y empieza a gritar muy enfadado, como si fuese el dueño del ventorrillo. A las primeras palabras se presenta el Fraile por el foro, y en la misma puerta se detiene oyendo a Rafael. Inútil es advertir que es un fraile gordo.* ¡Estamos aviaos, hombre, estamos aviaos! ¿Es desí, que aquí no hay cabeza pa na? ¿que lo mismo da gastá er dinero que no gastarlo? ¡Dos mujeres como dos castiyos ar cui-

dao der mardesío ventorro, y si ahora mismo yega un pasajero, no hay ni un cacho e pan, ni una hilacha e carne, ni una miaja e queso, ni una lata e sardinas, ni siquiera un plato de asitunas aliñás!... ¡Miste qué bonitol... Y en cambio, diez pasos más arriba, en la venta e Periquiyo Terrones, hay un queso e cabra que da gusto, hay jamón serrano, hay embuchao de Estremaura, hay güena leche, hay güevos frescos, matan un poyo en cuanto se píe... ¡Vamos, hombre! *El Fraile no oye más. Da media vuelta, y se marcha relamiéndose hacia la izquierda.* ¡Le entran a uno ganas de empesá a fartarle ar respeto a tos los santos del armanaque! *Vuelve la cara, y al ver que el Fraile ha desaparecido, rompe a reír. Las otras pronto lo secundan.* ¡No dije yo que ése no entraba?

CAROLA. Se fué.

MARIQUILLA. Ze fué.

RAFAEL. ¡Claro que se fué!

MARIQUILLA. Ezo ha estao mu gracioso. Ze fué en cuanto escuchó lo de los zantos.

RAFAEL. ¡Cal Se fué antes.

CAROLA. Pero ¡qué cosas se te ocurren! Y te-diendo esa gracia, ¿no te vi yo a querér?

RAFAEL. ¡Bendita sea tu bocal! ¡Si esto no es na, lusero! ¡Quisiera yo que pasase aquí ahora mismo una cosa mu grande, pà que vieras a quién tienes ar laol! ¡Quisiera yo que se juntara er sielo con la tierral! ¡Quisiera yo...!

Viene Antoñillo, atolondrado y jadeante.

MARIQUILLA. ¡Antoñiyol!

RAFAEL. ¿Qué ocurre?

ANTOÑILLO. ¡Doz hombres que vienen pa acá a to galopel!

CAROLA. ¿Lo ves? ¡Ya están ahí! ¡Eyes son!

MARIQUILLA. ¿Los de antes?

RAFAEL. ¡Güeno, pos que vengan! ¡Si no se avienen a razones, le abro un agujero a ca uno!

CAROLA. ¡No, por Dios; eso no, Rafaél! ¡Eso es lo que no quiero! ¡Discurre argol!

RAFAEL. ¿Que discurra argo? *Señalando a la puerta de la derecha.* Métete ahí.

CAROLA. ¿Pa qué? ¿Tú no ves que entrarán a registrá er ventorro?

RAFAEL. Yo sé lo que me digo. Métete ahí.

CAROLA. ¡No te comprometas!

RAFAEL. Métete ahí y no sargas hasta que te avise.

CAROLA. *Obedeciéndolo.* ¡Jesús, Jesús, Jesús!

RAFAEL. Escúchenme ustedes.

MARIQUILLA. *Con emoción e interés grandes.* ¿Qué?

ANTOÑILLO. *Lo mismo.* ¿Qué?

RAFAEL. No hay que perdé minuto. Yo me voy a tirá en er suelo, como si me hubieran dao una puñalá en la barriga. *Mariquilla y Antoñillo se estremecen.* Ustés no tienen que hasé más que yorá mucho, y chiyá mucho, y desí que se ha perdío er ventorro, y que va huyendo er mataó,

y que va a vení la Justisia, y que pobresito de mí... ¿Estamos?

MARIQUILLA. Zí, zeñó.

ANTOÑILLO. Zí, zeñó.

RAFAEL. Y cuando esos hombres pregunten, contestá sólo que me han matao de un navajaso. ¿Estamos?

MARIQUILLA. Zí.

ANTOÑILLO. Zí.

RAFAEL. ¡Pos a eyo! *Ante la sorpresa y el azoramiento de Mariquilla y de su novio, tumba dos o tres sillas a puntapiés, rompe un par de cacharros y echa su faca abierta en el suelo.*

ANTOÑILLO. Pero ¿qué hace usté?

MARIQUILLA. ¿Qué hace usté?

RAFAEL. ¡Hija mía, una puñalá no se da resando er rosario!

ANTOÑILLO. ¡Que yegan! ¡que yegan!

RAFAEL. ¡Pos a eyo! ¡A yorá y a chiyál *Se tiende prontamente en el suelo ante la puerta de la derecha y se tapa la cara, en actitud de malherido. Mariquilla, más lista que Antoñillo, representa a la perfección su papel; Antoñillo, al pronto, sólo acierta a reír con algo de susto; pero al ver llegar a don Ramón y a Felipe aturrullados y descompuestos, se asusta de verdad y empieza a soltar ayes lastimeros, siendo, más que actor, espectador de aquella farsa.*

MARIQUILLA. ¡Ay, várgame Dios, qué desgracia más grandel ¡Ay, pobrecito, un hombre tan

cabá y tan güeno! ¡Ay, que ésta es la perdición de este ventorriyol! ¡Ay, Virgen mía de mi arma, no quieo penzá que venga la Justicial! ¡Ay, que vamos a dí tos a la cárcel! ¡que no zotros zomos inocentes! ¡que no tenemos la curpa de na! ¡Ay, vaya por Dios, vaya por Dios, vaya por Dios!...

Don Ramón y Felipe, que asoman por la puerta del foro en seguida, se desconciertan, aún más de lo que vienen, ante las voces de Mariquilla y los ayes del otro, e interrogan a ambos al mismo tiempo que ella dice lo anterior.

DON RAMÓN. Oigan ustedes.

FELIPE. Oiga usté, niña.

DON RAMÓN. Oiga usté, amigo.

FELIPE. Pero ¿qué pasa aquí?

DON RAMÓN. ¿Qué pasa?

FELIPE. ¿Cómo?

DON RAMÓN. ¿Cómo?

FELIPE. ¿Cómo?

DON RAMÓN. ¿Qué quién desí esos gritos?

FELIPE. ¿Qué quié desí ese yanto?

MARIQUILLA. *Terminada la algarabía de las voces de todos a la vez.* ¡Ay, Virgen mía de los Dolores, ven en nuestro auxilio!

DON RAMÓN. Pero ¿se pué sabé por fin qué ji-nojo susede?

MARIQUILLA. ¿Le paece a usté poco, zeñó? ¡Que han matao a eze pobrecito de una puñalá!

DON RAMÓN. *Dando un respingo.* ¿Que han matao a ese hombre?

FELIPE. *Lo mismo.* ¿Está muerto ese hombre?

ANTOÑILLO. ¡Muerto está como antes de nací!

MARIQUILLA. ¡A la horca vamos a dí tos los prezentes!

DON RAMÓN. ¡Corcho!

FELIPE. ¿Qué hasemos?

DON RAMÓN. ¿Qué hasemos?

FELIPE. ¿Quién se mete en este berenjená?

DON RAMÓN. ¡Buena locural!

FELIPE. Vámonos.

DON RAMÓN. Vámonos.

Don Lope, que momentos antes ha aparecido por la puerta del foro y ha creído hacerse cargo de la situación, mete mano a su escopeta, y cerrándoles el paso les grita a los que pretenden huír:

DON LOPE. ¡Alto! ¡De aquí no sale nadie hasta que se esclarezca la verdad!

DON RAMÓN. ¿Cómo?

FELIPE. ¿Qué?

DON LOPE. ¡De aquí no sale nadie!

DON RAMÓN. Pero, oiga usted, cabayero...

FELIPE. Pero, oiga usted...

MARIQUILLA. ¡Zi no han zío estos zeñores!

DON RAMÓN. ¡Si nosotros no hemos hecho más que yegá!

DON LOPE. ¡Pues por algo quieren huír! ¡No sale nadie, digo!

FELIPE. ¿Que no?

DON RAMÓN. ¿Que no?

Cada uno coge a don Lope por un brazo y lo

quitan violentamente de la puerta, escapando en seguida. Mariquilla y Antoñillo sostienen a don Lope, que intenta correr tras ellos.

DON LOPE. ¡Ah, miserables! ¡ah, villanos! ¡No se me escapan!

MARIQUILLA. Pero entérese usted, don Lapi...

ANTOÑILLO. Oiga usted, zeñó...

DON LOPE. ¡Suéltlenme ustedes!

MARIQUILLA. ¡Escúchenoz usted primero!

DON LOPE. ¡No tengo nada que escuchar! ¡Aquí hay un cadáver y dos criminales que huyen! ¡Ustedes son sus encubridores! ¡A todos los denunciaré a la Justicia! ¡Conozco mi deber! *Acercándose a Rafael, decidido.* ¿Quién es el muerto?

RAFAEL. *Incorporándose. Servidó.*

DON LOPE. *Dando un salto que no es para descrito.* ¿Eh? *Mariquilla y Antoñillo sueltan la risa.* ¿Eh?

RAFAEL. *Levantándose.* ¿Está usted güeno, amigo?

DON LOPE. Pero ¿qué bellaquería es ésta?

RAFAEL. Ya se enterará usted. *A los muchachos.* Dame tú un abraso. Y tú otro. Lo han hecho ustés a la perfersión. Yo, muerto y to, estaba muerto e risa. *A don Lope.* Traiga usted la escopeta.

DON LOPE. ¿Qué?

RAFAEL. Usted verá. *Sale a la puerta y suelta un tiro hacia la izquierda.*

MARIQUILLA. ¡Ay!

ANTOÑILLO. ¡Jozúl

DON LOPE. ¿Qué hace ese insensato?

MARIQUILLA. ¿Pa qué ha pegao usté er tiro?

RAFAEL. ¡Pa aumentarles er mieo! ¡Ya no paran hasta su casal ¡Vaya una mañanita que han pasaol

DON LOPE. ¿Luego todo ha sido una chanzoneta?

RAFAEL. ¡Ni más ni menos!

ANTOÑILLO. Zi yo ze lo iba a explicá... *Pónese a hablar aparte con Mariquilla.*

RAFAEL. Hágase usté cargo: ahí dentro hay escondía una mujé presiosa.

DON LOPE. Preciosa.

RAFAEL. ¿La conose usté?

DON LOPE. Un poco. ¿Y usted?

RAFAEL. ¡Yo, no: yo no la he visto nuncal Y ¿de cuándo y de qué se conosen ustedes, amigo?

DON LOPE. De... de... Vamos, de... *En voz baja, recatándose de Mariquilla.* Tenemos un hijo.

RAFAEL. *Cogiéndolo por las solapas y sacudiéndolo jovialmente.* ¡Caramba, hombre, caramba!

DON LOPE. ¡Menos zamarrear!

RAFAEL. ¿Conque un hijo, eh? Pero ¿cómo no me habrá dicho na mi novia?

DON LOPE. *Viendo el nublado encima.* ¿Quién es su novia?

RAFAEL. Esa; esa mujé tan bonita que está ahí dentro.

DON LOPE. ¿Eh?

RAFAEL. ¡Y no le rompo a usted las narises, porque bastante tiene usted con tener ochenta y cinco años! *Éntrase por la puerta de la derecha, riendo.* ¡Carola!

DON LOPE. Pues, señor, *coléme*. No será castellano, pero *coléme*. *Tratando de disimular.* Amohinóse el mancebo. Ha debido comprender que era una burla.

Llega un Chiquillo por la puerta del foro.

CHIQUELLO. Güenos días.

MARIQUILLA. Güenos días.

CHIQUELLO. ¿Es éste er *Ventorriyo'er Poso*?

MARIQUILLA. Éste es.

DON LOPE. *Descubriendo súbitamente en el recinto llegado un rasgo fisonómico que lo hace temblar, y observándolo detenidamente.* (¡Oiga!)

MARIQUILLA. ¿Qué quies tú?

CHIQUELLO. Yo vengo buscando a don Rafaé.

MARIQUILLA. ¿A don Rafaé?

CHIQUELLO. Sí. De parte e su primo.

MARIQUILLA. Aguárdate; que ze lo ví a decí.

CHIQUELLO. Dígle usted que le traigo la jaca.

MARIQUILLA. Güeno. *Vase por la puerta de la derecha.*

DON LOPE. *Deteniendo al Chiquillo.* Nene.

CHIQUELLO. ¿Es a mí?

DON LOPE. A ti. Acércate.

CHIQUILLO. ¿Qué quíe usted?

DON LOPE. ¿Tú recuerdas haberme visto en tu vida?

CHIQUILLO. No lo permita Dios.

DON LOPE. ¡Calla! Y ¿tú sabes si tu madre estuvo alguna vez en Jabalquinto?

CHIQUILLO. No, señó. ¿Y la de usted?

DON LOPE. Tampoco. *Dándole una peseta.* Toma y retírate.

CHIQUILLO. Muchas gracias.

DON LOPE. ¡Esta conciencia, que no puede dormirl...)

CHIQUILLO. (Yo no sé qué es más raro: si que me den a mí una peseta, o er tío que me ha dao la peseta.) Ahí fuera estoy ar cuidao e la jaca. *Se va por la puerta del foro.*

DON LOPE. ¿De la jaca, ha dicho? ¿De qué jaca?

ANTOÑILLO. Una que ha traío, zeguramente pa ezos novios.

DON LOPE. ¡Ah!... ¡Ya, vamos, yal

ANTOÑILLO. ¿Paece que ze ha queao usted frío?

DON LOPE. ¿Yo?... ¿Qué me importa a mí aquella mujer? Todo ello ha sido disimulo. *Bajando la voz.* La que a mí me interesa algo, y aun algos, es la hija del ventero. Me ha citado para esta noche.

ANTOÑILLO. *Enarbolando la porra.* ¡Mardita zea zu estampa de usted!

DON LOPE. ¿Otra?

ANTOÑILLO. ¡Va usted a vé, por hablá lo que es mentiral

DON LOPE. *Aprestándose a la defensa.* ¿Qué? *Sale a tiempo de separarlos el señor Cristóbal.*

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Antoñiyol! ¿Qué hases?

ANTOÑILLO. ¿Usté zabe lo que me ha dicho eze espantajo?

DON LOPE. *Colérico.* ¿Espantajo?

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Te haiga dicho lo que te haiga dicho, en mi ventorro no se trata así a la gentel! ¡Conque ya estás tomando la puertal!

ANTOÑILLO. *Afligido.* ¡Pero, zeñó Cristóba, zi me ha fartaol!

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Fuera, fuera de aquí! ¡Y se acabó er noviajo con mi hijal!

DON LOPE. *(Coleme.)*

ANTOÑILLO. ¡Pero, zeñó Cristóbal...

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Largo, te digol!

ANTOÑILLO. ¡Pero, zeñó Cristóbal... ¡Ziempre había yo e zalí trasquilao! *Yéndose por la puerta del foro hacia la izquierda, llorando.* ¡Zi usted zupiea lo que me ha dicho, tampoco le haría mucha gracial!

DON LOPE. El agravio que me ha inferido el mozo no merece tan duro castigo.

Por la misma puerta del foro llega Rovira, que es un viejo que no puede con los calzones, criado de don Lope. Habla entre gangoso y temblón.

DON LOPE. *Sorprendido al verlo.* ¡Roviral!

ROVIRA. *Descubriéndose.* Señorito.

DON LOPE. ¿Qué novedad es ésta? ¿Cómo tú por aquí de pronto?

ROVIRA. Porque ar pasá la diligensia de Arcasarejo por er pueblo, no sé qué *pajolero* ha dicho que usté se había queao en este ventorriyo con una mujé mu bonita...

DON LOPE. ¡Harto de ajos el charlatán! *Llevándose aparte a Rovira.* Y ¿se ha enterado mi señora?

ROVIRA. Naturalmente. Y hecha una furia, me mandó enganchá los seis potros ar cochesiyo y me dijo que me lo yevara a usté vivo o muerto. Mejó muerto que vivo.

DON LOPE. ¡Maldición! ¡Otra semana metido en la despensa!) Rovira, vamos. Recoge mis trebejos.

ROVIRA. *Obedeciéndolo.* Ayá voy, señorito. Pasiensia.

DON LOPE. *Pagándole al señor Cristóbal.* Ventero, tome.

SEÑOR CRISTÓBAL. Gracias.

DON LOPE. Y hasta que la fortuna guíe mis pasos nuevamente hacia el *Ventorrillo del Pozo*.

SEÑOR CRISTÓBAL. Pero, ¿qué? ¿Ocurre noveá?

DON LOPE. Lo de siempre.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Otra aventuriya?

DON LOPE. Sí, señor; otra. ¡Y ésta sí que está en casal Vamos, Rovira.

ROVIRA. Vamos.

SEÑOR CRISTÓBAL. Vayan ustés con Dios.

DON LOPE. *Marchándose con su criado.* ¡Amar-
ga ha sido para mí el agua que cura el mal de
amores!

*Salen Carola, Mariquilla y Rafael por la puer-
ta de la derecha.*

Música

RAFAEL. Conque, ventero, salú, y ya sabe usté
ande tiene un amigo.

SEÑOR CRISTÓBAL. Y usté ande deja otro.

RAFAEL. Dispense usté si en argo le he per-
judicao.

SEÑOR CRISTÓBAL. Señó ¡si me ha pagao usté
como si hubiea quemao la fincal

MARIQUILLA. ¡Y a mí me ha dao una pezeta,
padrel ¡Y otra pa Antoñiyol ¡Ya tenemos pa ca-
zarnos! *Márchase por la puerta del foro, hacia la
izquierda, llamando a Antoñillo alegremente.* ¡An-
toñiyol... ¡Antoñiyol...

CAROLA. Con Dios, ventero. Me voy más con-
tenta que entré. Nunca orviaré to lo que he pa-
sao en er *Ventorriyo der Poso.*

RAFAEL. Ea, pos a viví. A la jaca los dos y a
tirá por la carretera alante camino e mi pueblo;
que no vamos a refrená er galope hasta divisá er
campanario. En cuanto er sacristán nos vea,

prinsipia a repicá, porque yo se lo he dicho; y en cuanto yeguemos, cojo ar cura, que estará jugando a la brisca con er boticario, le doy dos copas y nos casa esta misma tarde. ¡Andando!

CAROLA. ¡Andando! ¡Qué güena ha sío pa mí el agua que cura er mar de amores!

RAFAEL. *Al tiempo de irse.* ¡Niño! ¡La jacal

SEÑOR CRISTÓBAL. *Despidiéndolos.* ¡Dí con Dios... y que Dios vaya con ustedes!

Mariquilla vuelve llorando.

SEÑOR CRISTÓBAL. ¿Qué es eso? Tú ¿qué tienes?

MARIQUILLA. ¿Qué quíe usté que tenga? ¡Que ha despedío usté a Antoñiyo por curpa e don Lapi!

SEÑOR CRISTÓBAL. ¡Ah, vamos!

MARIQUILLA. Ahí está: usté ze encoge de hombros... ¡Como no le duele!

ANTOÑILLO. *Cantando dentro, entre sollozos.*

A la... zombra... de mi amó...

MARIQUILLA. *Contestándole, tambien sollozando.*

Es como... viví... me agrada...

ANTOÑILLO.

Por ezo... busco... zu zombra...

MARIQUILLA.

Hasta... en la... noche... cerrada...

Los dos. *Llorando a lágrima viva.*

¡A la... zombra... de mi... amó!

SEÑOR CRISTÓBAL. Vamos, mujé, no quieo verte yorá en un día que he hecho un negocio reondo, como hoy. Dile a Antoñiyo que pué vení; que está perdonao.

MARIQUILLA. *Saltando de gozo.* ¿De veras, padre?

SEÑOR CRISTÓBAL. De veras.

MARIQUILLA. *Asomándose a la puerta y gritando.* ¡Antoñiyol... ¡Antoñiyol...

ANTOÑILLO. *Dentro, lejos.* ¿Quééééé?

MARIQUILLA. ¡Que pués vení yal! ¡Que padre te perdonal

ANTOÑILLO. ¡Ayá voy! *Va acercándose cantando a toda voz y con gran alegría.* Mariquilla le responde lo mismo desde la puerta.

¡Del arroyo en er cristál...

MARIQUILLA. Ayí ze mira mi amante...

ANTOÑILLO. Yo voy a pedirle ar viento...

MARIQUILLA. Que nunca borre zu imagen...

LOS DOS. ¡Del arroyo en er cristál...

En este momento llega Antoñillo a la puerta y se estrechan las manos.

ANTOÑILLO. ¡Mariquiyal...

MARIQUILLA. ¡Antoñiyol...

SEÑOR CRISTÓBAL. Antoñiyo, estás perdonao.

ANTOÑILLO. Muchas gracias, zeñó Cristóba.
¡Mariquiyal...

MARIQUILLA. ¡Antoñiyol...

Cogidos de la mano, mirándose y riéndose, llegan al primer termino, y dirigiéndose al público cantan:

Con el agua del amó...

ANTOÑILLO. Ze curan los corazones...

MARIQUILLA. Que ze venga ar ventorriyo...

ANTOÑILLO. Quien tuviere mar de amores...

Los dos. ¡Con el agua del amól...

FIN

Madrid, noviembre, 1904.

EL AMOR EN SOLFA

SEGUNDA PARTE DE «EL AMOR EN EL TEATRO»

CAPRICHIO LITERARIO EN CUATRO CUADROS
Y UN PRÓLOGO

CON MÚSICA DE RUPERTO CHAPÍ Y JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 8 de noviembre
de 1905.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PRÓLOGO

EL AUTOR..... JOSÉ MESEJO.

CUADRO PRIMERO

LA CAUTIVA..... JOAQUINA DEL PINO.

ALHAMAR..... JUAN REFORZO.

Esclavas.

CUADRO SEGUNDO

CARMEN..... ISABEL BRÚ.

LA SEÑORA ALFONSA.... PILAR VIDAL.

EL SEÑOR TELESFORO... EMILIO CARRERAS.

PACO..... JOSÉ SIRVENT.

INDALECIO..... JOSÉ RIQUELME.

EL SEÑOR ATILANO..... MIGUEL MIHURA.

Vecinos, vecinas y transeuntes.

CUADRO TERCERO

MAGDALENA..... JOAQUINA DEL PINO.

RICARDO..... MARÍA PALOU.

GASPAR..... JOSÉ MESEJO.

DON DIMAS..... LUIS MANZANO.

Marineros y mozas del pueblo.

CUADRO CUARTO

PONCIANITA..... ISABEL BRÚ.

BLASA..... ANTONIA ESPINOSA.

CASILDEO..... JOSÉ RIQUELME.

EL SEÑOR ROQUE..... VICENTE CARRIÓN.

MOZO 1.º..... ANTONIO P. SORIANO.

ÍDEM 2.º..... VICTORIANO PICÓ.

ÍDEM 3.º..... MANUEL RODRÍGUEZ.

ÍDEM 4.º..... JOSÉ VALVERDE.

Mozos y mozas del pueblo.

EL AMOR EN SOLFA

PRÓLOGO

EL AUTOR

Inmediatamente detrás del telón aparece la embocadura de un teatro, con lujosa cortina abierta por la mitad, que se pliega a los lados. En la parte superior hay un gran letrero que dice: «Teatro Lírico Nacional».

Sale por la derecha el Autor, sombrero en mano; se dirige al público, y todo lo mejor que puede le dice lo que sigue:

Público amigo y señor:
perdona mi atrevimiento
y oye, si quieres, atento
dos palabras de un autor.

Hace tres años o cuatro,
humilde te presenté
una obrilla que llamé
El amor en el teatro;

donde, con mano tan buena
que conseguí tu favor,
pinté cómo es el amor
a través de nuestra escena.

Mas conozco que hice mal
y que no anduve certero
al dejarme en el tintero
todo el «amor musical».

Enmendando, pues, mi error,
y con más o menos arte,
hice esta segunda parte
de las escenas de amor.

Y en ópera castellana
te ofrezco en primer lugar
los amores de Alhamar
y una Cautiva cristiana.

Dieran corazón y vida
ella por él y él por ella,
mas entre el moro y la bella
hay mucha sangre vertida.

Dejo en sus regios pensiles
al infeliz mahometano,
y te llevo de la mano
a un rincón de los Madriles,
en que verás que te doy
un cuadro de amor chulesco,
sentimental y grotesco,
según la usanza de hoy.

Después, tu recuerdo avivo
de la clásica zarzuela,

donde el amor se revela
siempre audaz y siempre altivo;
y con tan nobles anhelos
y tan sencilla ternura,
que hizo antaño la ventura
de nuestros padres y abuelos.

Finalmente, en pocos trazos,
y en un pueblo de Castilla,
bosquejo una zarzuelilla
de aventuras y estacazos.

Sin ninguna presunción,
y con el más sano intento,
los cuatro cuadros presento
a tu consideración.

Si consiguen agradarte,
habré mi gusto logrado;
si no... me iré resignado
con la música a otra parte.

Se retira por cualquier lado sin tropezar.

FIN DEL PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

ÓPERA.—AMOR IMPOSIBLE

El letrero de la embocadura se trueca, por arte de magia o de birlibirloque, por el del título de este cuadro. La misma variacion se verificará en los sucesivos. La escena es en Granada y en los jardines del palacio de Alhamar, príncipe moro. Es de noche y hay luna.

ESCLAVAS. *Cantando dentro.*

¡Ay de las pobres cautivas
del poderoso Alhamar!
¡Ay de las tristes que lloran
su perdida libertad!

Nuestras lágrimas ardientes
la luna sale a alumbrar,
y a la mañana, piadoso,
el sol las enjugará.

—

Distraed nuestra pena
cantando en la espesura, ruisseñores.
Llora, noche serena,
tus lágrimas de amor sobre las flores.

Que luego ese llanto
será con el sol
diadema en la rama,
corona en la flor.

—

Sale la Cautiva.

CAUTIVA.

El aire del palacio me ahoga y me envenena.
¡Piedad, Señor del cielo, tened de mí piedad!
Me afligen esos cantos; me agobia esta cadena;
la zambra me entristece; ¡yo quiero libertad!

ESCLAVAS. *Dentro.*

Vendrá la alegre aurora con sus risueñas galas;
esparcirán las flores su aroma en derredor;
los pájaros cantando desplegarán sus alas;
murmurarán las fuentes; palpitará el amor...

Sale Alhamar.

ALHAMAR.

Cautiva cristiana...

CAUTIVA.

Moro...

¿Otra vez al lado mío?
¿No ves que peno y que lloro
de mirarme presa aquí?

ALHAMAR.

¿Por qué, mi rico tesoro?
¿Por qué es para ti sombrío
este palacio de oro
que arde en fiestas para ti?

CAUTIVA.

Porque su aire me asesina,
porque su esplendor me mata,
porque es triste y mortecina
para mis ojos su luz...

ALHAMAR.

Oye, mi estrella argentina,
oye, mi paloma ingrata,
oye, mi flor granadina,
perla del suelo andaluz:

Cautivo estoy en ti, pues por ti vivo,
cautivo en tu hermosura soberana,
y en tus brazos quisiera estar cautivo;
¡ven a mis brazos tú, bella cristianal

Me seduce tu realeza,
me hechiza tu dignidad,
me arrastra tu gentileza,
me vence tu majestad.

CAUTIVA.

Yo muero por tu regia gallardía,
yo tiemblo ante tu voz sonora y fuerte,
yo en tus brazos de amor me abrasaría,
pero nunca ha de ser: ¡antes la muertel

Gala de los africanos,
entre tu amor y mi amor,
la sangre de mis hermanos
eleva ardiente vapor.

ALHAMAR.

Nazarena,
el amor hace luz la sombra oscura,
la nieve fuego y júbilo la pena.

CAUTIVA.

Príncipe de los príncipes,
todo lo puede amor,
menos lavar la sangre
que la maldad vertió.

Tu padre el rey tirano,
traicionero y feroz,
a muchos de los míos
brutal acuchilló.

Fuimos sus prisioneros
mis damas, mis amigos, mis hermanos,
y en tu bella Granada,
rendidos y entre burlas penetramos.

Como botín de guerra
te me ofrecieron, príncipe valiente;
me elegiste entre todas:
¿por qué primero no me diste muerte?

ALHAMAR.

Porque tus ojos, cristiana,
me encendieron en su luz;
porque tú eres la sultana
de todo el reino andaluz;

porque tú eres el tesoro
que soñé para mi bien;
porque en tus gracias el moro
vió el Edén.

Para ti mis palacios diamantinos,
que edificó el ensueño;
para ti mis poéticos vergeles,
en donde el ocio es dueño.
Sola tú reinarás en mi morada,
tú sola en mi albedrío:
tendrás joyas, y sedas, y perfumes;
¡tendrás el amor mío!

CAUTIVA.

Hijo del Profeta moro,
orgullo del pueblo infiel,
ese tu rico tesoro,
este tu bello vergel,
ese amor que en ti se aviva
al par que se aviva en mí,
no los quiere tu cautiva
para sí.

En tus jardines, donde el ocio es dueño,
sangre mancha las flores;
los pebeteros de tu regia alcoba
lanzan rojos vapores.
Nunca uniré tu vida con mi vida:
¡jamás he de ser tuya!
¡Ábreme ya las puertas de esta cárcel,
y déjame que huya!

ALHAMAR.

Huye, cristiana, huye,
y mátame al huír.
¡Jamás te hubiera visto!
¡Ya el sol no sale nunca para mí!
En cuanto brille el día
a tu castillo irás:
te llevarán, hermosa, mis gomeles...
¡Cautivo queda el príncipe Alhamar!

Aléjase la Cautiva.

¡Que no llegue el día!
¡Que no alumbre el sol!

CAUTIVA. *Dentro.*

¡Príncipe: te quiero!
¡Maldito mi amor!

ESCLAVAS. *Dentro.*

Vendrá la alegre aurora con sus risueñas galas;
esparcirán las flores su aroma en derredor;
los pájaros cantando desplegarán sus alas;
murmurarán las fuentes; palpitará el amor...

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

SAINETE LÍRICO. — AMOR CHULESCO

Calle en los barrios bajos de Madrid. A la derecha del actor, la casa del señor Telesforo. A la izquierda, de frente al público, la del señor Atilano. Es a la caída de la tarde, en el mes de julio.

El señor Telesforo está sentado a la puerta de su casa, en mangas de camisa. Se entretiene en jugar con un boliche.

SEÑOR TELESFORO. Con esto del descanso dominical hay día pa to lo que se quiera. Mi mujer se ríe; pero yo me distraigo más así que viendo entarugar las cayes.

Sale Paco, chulo «repudrió» por el querer.

PACO. Dios guarde a usted, señor Telesforo.

SEÑOR TELESFORO. No me hables ahora.

PACO. ¿Qué está usted haciendo?

SEÑOR TELESFORO. Caya, hombre, caya; que hablando se me va la vista.

PACO. ¿Cómo?

SEÑOR TELESFORO. ¡Rediez, qué pesao vienes! Dejando el juego. Y ¡vaya una cara pa ser domin-gol! ¿Te han leído alguna hoja de almanaque?

PACO. Me da usté envidia, hombre; me da usté envidia con ese genio tan festivo. ¿Ha salío la Carmen?

SEÑOR TELESFORO. ¡Acabáramos! Ya está aquí el de «Que nos entierren juntos.» Pero, ven acá, papel de luto: reflexiona. ¿No conoces que mientras tú te achicharras y te haces cisco por la Carmen, eya está en los toros muy vestía y muy puesta, y que quien la ha osequiao es el Indalecio?

PACO. ¡Maldita sea la fiesta nacional! Cáyesse usté, señor Telesforo, que me está usté cosiendo a puñalás el alma. Usté sabe lo que esa mujer ha sío pa mí, y yo pa eya. Desde así nos queremos; usté lo sabe. Eya iba por serrín pa el gato a la carpintería del señor Sinesio, donde yo estaba de aprendiz...

SEÑOR TELESFORO. Sí; si me lo cuentas tos los días. Pero ya te lo dije ayer: los pobres nos jorobamos siempre. La Carmen te quería—y pa mí que te sigue queriendo, esto es aparte—; pero al señor Atilano el papalista le gustan las gordas; se le ocurrió casarse con la señora Alfonsa, que es una especie de globo cautivo, y se casó; y la señora Alfonsa yevó su candidato pa la hijastra. Y como la Carmen y la Alfonsa y el Atilano creen que el Indalecio está podrío de dinero, ahí tienes explicao el negocio. Pero yo sé de lo que el Indalecio está podrío, y otras cuantas cosas que a su tiempo saldrán, y o poco

puedo, o la Carmen es tuya. Y no hablemos más, que ahí vienen los interesaos.

PACO. Es verdá; que aquí están mis verdugos.

Salen la señora Alfonsa y el señor Atilano, de tiros largos y en dirección a su casa. La señora Alfonsa abulta por cuatro.

SEÑOR TELESFORO. ¿De los toros, eh?

SEÑORA ALFONSA. Sí, señor, de los toros. Porque se puede.

SEÑOR ATILANO. De ver los toros en tres delanteritas de grada.

SEÑOR TELESFORO. ¿La señora en las tres?

SEÑORA ALFONSA. La señora en una, mi señor esposo en otra, y la Carmen en otra.

SEÑOR TELESFORO. Y ¿en dónde está la Carmen?

SEÑORA ALFONSA. Ahí se ha quedao hablando con una amiga. ¡Rediez lo que pregunta usted! *Éntrase en la casa. Su marido la sigue.*

SEÑOR TELESFORO. Vecino; vecino.

SEÑOR ATILANO. ¿Qué hay?

SEÑOR TELESFORO. ¿Se sabe dónde ha caído el *Alcotán*?

SEÑOR ATILANO. *Tragando saliva.* Por duodécima y última vez le tolero a usted una guasita sobre el volumen de mi señora esposa. *Vase tras ésta.*

SEÑOR TELESFORO. *Riéndose.* ¡Pobre señor Atilano! ¡Le ha tenío que cortar las patas a la cama porque la señora no se podía subir!

PACO. Pero ¿usté ha oído, señor Telesforo, usté ha oído?

SEÑOR TELESFORO. Voy por el pianito pa distraerte. *Éntrase en su casa.*

PACO. ¿Por qué me pasa a mí esto? ¿Por qué ha dejao de quererme esa mujer? Yo voy a hacer un disparate. ¡Dios míol ¡ayí vienel ¡Y ca vez más bonital

Sale Carmen en dirección a su casa. Paco la detiene.

Música

¿Dónde vas, paloma?
¿Dónde vas, morena?
¿Dónde vas, mi vida?
¿Dónde vas, mi reina?

CARMEN. Quítese de en medio,
yame usté a otra puerta,
que no es usté nadie
pa pedirme cuentas.

PACO. ¿Desde cuándo?

CARMEN. Desde siempre.

PACO. ¡Tié gracia!

CARMEN. Yo me alegro.

PACO. ¿Que te alegras?

CARMEN. ¡La mar!

PACO. Pos que coste que tendrás que sentirlo,
y que coste que me vas a escuchar.

CARMEN. Si has perdido la cabeza,
vete y mándala buscar,
y la caye deja franca y no estorbes,
pa que pase to el quiera pasar.

PACO. Si he perdido la cabeza,
tú has perdido la memoria.
¿No te acuerdas de quién soy?
¿No te acuerdas?

CARMEN. ¿Yo? ¡Ni jota!

PACO. Pronto has olvidao,
pícara mujer,
to lo que te quise,
to lo que juré,
to lo que gozabas
con este querer.

CARMEN. ¡Ay, Jesús, qué moscal
¡Ay, qué pesadez!
¡Ni yo sé na de eso
ni lo quieo saber!

PACO. Pos si no lo sabes,
yo te lo diré.

Apelando a su retórica chula.

Yo soy aquel chicuelo
que apenas levantaba
tres cuartas en el suelo,
con tu querer soñó:

yo soy aquel que un día
temblando te miraba,
y amor que en ti dormía
mirando despertó:

yo soy el que primero
te dijo: «¡Yo te quiero!»

Vida mía,
ya sabes quién soy yo.

CARMEN. La novia de aquel chico
que a ti te enloquecía,
ya hay más de un año y pico
que el moño se subió.

Y tanta niñería
y tanta bobería,
vida mía,
no las aguanto yo.

PACO. Ahora soy yo el que te dice
que te vayas y me dejes.

CARMEN. Ahora soy yo la que sigue
su camino como siempre.

PACO.

(¡Y lo malo es que no tengo yo coraje
pa partirle el corazón!)

CARMEN.

(¡Y lo malo es que le quiero, que le quiero,
que le quiero y se acabó!)

Cesa la música.

Éntrase él en casa del señor Telesforo, más «repudrio» que cuando salió, y ella en su casa, sofocadísima, no sin hacerse antes el clásico mohín de desprecio.

La señora Alfonsa y el señor Atilano salen a su puerta con sillas y se sientan.

SEÑORA ALFONSA. Y vé tú a comparar a un carpinterillo como ése, con un hombre tan bien plantao como el Indalecio, que además es de buena familia y tié posibles.

SEÑOR ATILANO. Pero ¿qué vas a contarme, mujer? La Carmen se casa con el Indalecio, y al que le pique que se rasque.

Sale en esto el señor Telesforo con un pianito de cristal de juguete, y se sienta también.

SEÑOR TELESFORO. Ese *pampli* yorando a moco y baba. Voy a tener que terciar en el asunto. *Empieza a tocar el pianito.*

SEÑORA ALFONSA. ¡Adiós! Se ha trasladao aquí la *Filarmónica*.

SEÑOR TELESFORO. *Tocando y cantando.*

Pompón usa la...

No.

Pompón usa la...

No.

Pompón usa la...

Na, que no pueo sacar el *Pompón*, vecina. Miste que es desgracia.

Sale Indalecio, chulo repugnante, de los de verruga y hongo café malo.

INDALECIO. *Saludando a sus futuros suegros.*
Pero que muy buenas.

SEÑOR ATILANO. Felices, Indalecio. Siéntese usted. *Le ofrece su silla.*

SEÑOR TELESFORO. (Ya está aquí Mejía. Yo busco camorra esta tarde.)

SEÑORA ALFONSA. *Llamando.* ¡Niña! ¡Sal, que tiés visita!

INDALECIO. Déjela usted estar; que la pre... la pri... la pricipitación—esta palabra se me ha atravesao—no la conviene a ninguna joven.

SEÑOR ATILANO. Y ¿a qué debemos la satisfacción de que usted haya venido a vernos a estas horas?

INDALECIO. Pues... véase la clase. Como en los toros no hemos podido hablar, por hayarse ustedes en el 9 y yo en el 1, se me ha ocurrido pasar por aquí, a ver si son gustosos de dar esta noche una vueltecita en la verbena con un servidor, lo cual que tengo apalabrado para la Carmen, por un si es caso, un soberbio mantón de la China.

El señor Telesforo toca oportunamente, a manera de comentario burlón, aquello de «La verbena de la Paloma» que se refiere a los famosos mantones. Los otros tres lo miran mosqueados.

SEÑOR TELESFORO. También es droga que no sé más que el principio de toas las piezas.

Sale Carmen. Trae también una silla y se sienta.

CARMEN. Hola, Indalecio.

INDALECIO. Venga con Dios la albahaca virgen o el 155 de las fototipias. Serie B.

SEÑOR TELESFORO. (A peseta la línea, ya le costaría un pico ese piropo.)

CARMEN. (¡En dónde estará Paco?) ¿Qué dice usted de particular?

INDALECIO. Me acababa de expresar en estos o parecidos términos: véase la clase. Como en los toros no hemos podido hablar, por hayarse ustedes en el 9 y yo en el 1...

SEÑOR TELESFORO. (¡Qué pesao es este tío!)

CARMEN. Ya, ya le vi a usted muy ancho, ayí a oriya del palco del rey...

INDALECIO. Fué casual. Cuidao. Ustedes conocen mis ideas: soy republicano por la *vía láctea*. Mi señor padre usaba en casa gorro frigio y mi señora madre también. *El señor Telesforo toca la Marsellesa. Las miradas se acentúan.* ¿Es chunga lo del pianito?

SEÑOR ATILANO. Parece que sí; pero no le haga usted caso.

INDALECIO. ¿No, verdá? Me cargan los jocosos más que las paradas del tranvía. Al tercer cilindro que desarroye, le ventilo la nuez.

SEÑORA ALFONSA. ¡Qué bien habla este hombre! ¡Da gusto oírle!

CARMEN. Siga usted con lo que iba contando.

INDALECIO. Véase la clase. Digo que soy republicano de los rojos desde que nací, lo cual que no está reñido con la cortesanía, que decimos. Es a saber: que aun siendo yo republicano, puedo ver los toros a oriya del palco del rey, y hasta saludar al joven monarca cuando se retire. *El señor Telesforo toca la Marcha Real. Indalecio salta. Carmen se ríe. ¡Vaya! Se pone de pie decidido a todo.*

SEÑORA ALFONSA. ¿Adónde va usted?

INDALECIO. Voy a celebrar una *interviú* pacífica con el ciudadano del pianito. *Se dirige con calma al señor Telesforo.*

SEÑORA ALFONSA. ¿Ves tú? Vamos a tener un disgusto.

CARMEN. No yegará la sangre al río, no.

SEÑOR ATILANO. Estoy con aquí.

INDALECIO. *Encarándose con el señor Telesforo.* Venerable anciano. *El señor Telesforo lo mira con sorna, tocando mientras el famoso «No me mates, no me mates», de «La canción de la Lola».* Indalecio sonríe con desdén y repite las mismas palabras. Venerable anciano.

SEÑOR TELESFORO. ¿Qué hay, poyito?

INDALECIO. ¿Se podría usted tocar las narices?

SEÑOR TELESFORO. Según con qué... Según con qué objeto.

INDALECIO. Con el objeto de que aprecie usted bien la diferencia de espesor que tienen ahora y van a tener de aquí a muy poco tiempo.

SEÑOR TELESFORO. *Levantándose.* Hombre, hablando de otra cosa: ¿me quiere usted prestar esa verruga pa pintarme el pecho de yodo, que hasta en verano padezco catarros?

Indalecio lo mira, escupe, da un paseo blandiendo el bastón y calmando con un ademán la emoción de los otros, y luego vuelve al señor Telesforo y sale por donde no lo espera nadie.

INDALECIO. Me alegro de que sea diario el *A B C*.

SEÑOR TELESFORO. ¿Pa suscribirse?

INDALECIO. No, señor: pa que mañana vea el barrio entero un fotograbao del juez de este distrito levantando un cadáver.

SEÑOR TELESFORO. ¿Me va usted a matar?

INDALECIO. Tal vez.

SEÑOR TELESFORO. ¡Caramba! Y ¿me permite usted que vea antes este 13.000, por si está premiao saber a quién le dejo eso?

INDALECIO. Haga usted cuantas disposiciones testamentarias estén a su alcance. Yo no tengo prisa.

SEÑOR TELESFORO. Gracias: no esperaba yo

menos. Ahora mismo voy a escribir un comunicado, pa que pase conmigo a la posteridá, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente. Primero: que es usté un sinvergüenza...

INDALECIO. *Conteniendo su cólera, y como si esperase para luego comerselo crudo.* ¡Ayl...

SEÑOR TELESFORO. Que está engañando a esa pobre familia...

SEÑORA ALFONSA. *Levantándose.* ¿Eh?

SEÑOR ATILANO. *Lo mismo.* ¿Cómo?

CARMEN. *Lo mismo.* ¿Qué?

INDALECIO. ¿Usté sabe lo que profiere, pobre hombre?

SEÑOR TELESFORO. ¡La verdá! ¡La pura verdá! Yo sé que tié usté tres hijos de otra mujer; que la ha abandonao; que se muere de hambre sin que usté la dé una limosna; que cuando no está usté preso le andan buscando...

INDALECIO. ¡Ayl!

CARMEN. Pero ¿qué dice usté, señor Telesforo?

SEÑORA ALFONSA. Pero ¿eso es así?

SEÑOR TELESFORO. ¡Ni más ni menos! ¡Y lo pruebo, si es menester!

SEÑOR ATILANO. ¿Usté qué contesta, Indalecio?

INDALECIO. ¿Yo? ¡Que miente ese hombre con toa la boca!

SEÑOR TELESFORO. ¡El que miente y engaña es usté, chulo aburrío!

INDALECIO. ¿Yo?

Va a abalanzársele a tiempo que sale Paco y se interpone entre ellos.

PACO. ¡Alto ahí! Como le toque usted a este pobre viejo, ya pué usted encomendarse a Dios.

INDALECIO. Párvulo: ¿y usted no estaría mejor dando el Catón y la Dotrina?

PACO. No, señor; que hago aquí más falta.

INDALECIO. ¿Pa qué?

PACO. Lo primero, pa defender a este hombre.

SEÑOR TELESFORO. Gracias, Paco, pero no era preciso: tengo mosquitero.

PACO. Y lo segundo, pa decirle a usted, ya que nos vemos cara a cara, que esa mujer no será mía, pero de usted, menos.

INDALECIO. Hasta ahora no me ha tocao usted en el hueso dulce. El cariño de esa joven no se disputa con la lengua, sino de otro modo.

PACO. ¡Pues a eyol

INDALECIO. ¡A eyol

Sacan sendas navajas y se embisten como si fueran a hacerse picadillo, dando lugar a los gritos y a la alarma de los circunstantes, que los sujetan, y de los vecinos y transeuntes que andaban por allí cerca esperando su hora. Luchan unos momentos por que los suelten, y al cabo se impone a todos el señor Telesforo.

SEÑOR TELESFORO. ¡Eal ¡quietos ya! ¡Basta de pependencial Aquí no ha pasao na.

CARMEN. *Que está junto a Paco, sujetándolo aún.* Paco, no te pierdas tú por quien no lo merece. Perdóname. Han sío malos consejos.

PACO. Pero ¿tú me quieres?

CARMEN. Te quiero, sí; te quiero y te querré toa mi vida. Lo digo aquí delante de to el mundo.

PACO. ¡Bendita sea tu bocal

SEÑOR TELESFORO. *Acercándose a Indalecio, con sorna.* Mi consejo leal es que tome usté un kilométrico esta misma tarde.

INDALECIO. Ya lo cogeré yo a usté en un solar desalquilao.

SEÑOR TELESFORO. Será difícil, porque a no ser en caso de apuro, no voy por esos sitios.

INDALECIO. Vaya, buenas tardes. No se ha hecho la miel... etc.

SEÑOR TELESFORO. ¡Adiós, colmenal

Se va Indalecio entre las pullas y las risas de la multitud.

SEÑORA ALFONSA. ¿Y tú qué dices a to esto, Atilano?

SEÑOR ATILANO. Pues que si los chicos se quieren... *Dóminus vobiscum.*

SEÑOR TELESFORO. Conque, ca uno a su avío y a su quehacer. Usté, señor Atilano, a espumar el puchero; usté, señora Alfonsa, a apisonar las cayes...

SEÑORA ALFONSA. ¡Oiga usté!

SEÑOR TELESFORO.

Y vosotros, muchachos, a quereros,
que esto se terminó como Dios manda:
que más vale cariño con pobreza
que mal querer con joyas y con galas.

Que pa pasarlo bien en este mundo
basta una guardiyita limpia y clara,
con una ventanita frente al cielo
y en el pretil un tiesto de albahaca.

Al público:

Y aquí termina el cuadro del sainete,
y aquí pido perdón para sus faltas.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO



CUADRO TERCERO

ZARZUELA CLÁSICA. — AMOR AUDAZ

Playa. La acción se supone a fines del siglo XVIII.
Es de día.

Aparecen en escena Magdalena y Gaspar. Magdalena es una marquesita joven y huérfana. Gaspar es un marinero viejo, de pipa y sotabarba.

MAGDALENA.

Buen Gaspar... ¡Estoy sin vidal

GASPAR.

Aquí me tenéis.

MAGDALENA.

¿Le viste?

GASPAR.

Sí, por cierto.

MAGDALENA.

Y ¿no desiste
de su insensata partida?

GASPAR.

¡Desistirl! ¡Bueno es el mozo!
Para él todo riesgo es llano:
habla como un veterano
y apenas le apunta el bozo.

Resuelto está, ¡vive Dios!
Nada le arredra en su intento:
no teme más que al momento
de despedirse de vos.

Y es tan grande mi cariño
por ese mancebo loco,
que, ya veis, me falta poco
para llorar como un niño.

MAGDALENA.

Gaspar, mi siervo más fiel,
mi amigo, mi consejero:
dile que venga; que quiero
hablar a solas con él;
repetirle una vez más
lo que el alma sufre y llora
al verle partir ahora
para no volver quizás.

¡Triste amor! ¡Loca fortuna,
víctima tuya me has hecho!
¿Por qué al que eligió mi pecho
has mecido en pobre cuna?

GASPAR.

No os abandonéis así
al llanto y a los suspiros.
Voy al instante a serviros.

MAGDALENA.

Aquí aguardo.

GASPAR.

Vendrá aquí.

Vase por la izquierda, enjugándose una lágrima que le rueda por el atezado rostro. Magdalena se dispone a repetir cantando lo mismo que le ha dicho a Gaspar, poco más o menos.

Música

MAGDALENA.

¿Por qué, niño Cupido,
por qué me hieres?
Dime por qué.
¿Por qué, niño querido,
mi llanto quieres?
Yo no lo sé.
¿Por qué salió el que adoro
de una cabaña?
¿Por qué salió?
Para causar el lloro
que así me daña,
¿qué te hice yo?

Óyese dentro, hacia la izquierda del actor, alegre rumor de marineros que beben y cantan.

CORO.

Las olas nos arrullan del ancho mar:
bendice, marinero, tu profesión...
Cantemos y bebamos sin descansar,
que el vino es alegría y es ilusión...

MAGDALENA.

Entre las voces de todos
su voz oí;
y entre mil la conociera
si hubiera mil.

—

*Sale Ricardo por la izquierda. Es el marinerito
que trae a Magdalena como loca.*

RICARDO.

¡Dulce ilusión del alma mía!

MAGDALENA.

¡Sueño constante de mi amor!

RICARDO.

¡Sol esplendente de mi día,
abrasador!

MAGDALENA.

Juntos lloremos nuestros males.

RICARDO.

No hay, vida mía, que llorar.
Copien serenos tus cristales
el ancho mar.

—

Aunque pobre de cuna,
niña del alma,
soy rico de ilusiones
y de esperanzas.

Yo volaré buscando
dichas y glorias,
que remedien lo humilde
de mi persona.

Voy a cruzar los mares...
Los vientos protectores
querrán que a estos hogares
me vuelvan tus amores.

MAGDALENA.

No aumentes mis pesares,
no avives mis dolores.
Llorando tus azares
se quedan mis amores.

Sale don Dimas por la derecha, apoyado en una muletilla, y al ver juntos a Magdalena y a Ricardo quédase con la boca abierta.

Continúa la música.

DON DIMAS.

¿Qué es lo que ven mis ojos?

MAGDALENA Y RICARDO.

(¡Tutor maldito!)

DON DIMAS.

¿Quién es este arrapiezo?

MAGDALENA Y RICARDO.

(¡Nos ha cogido!)

DON DIMAS.

(Abrazados estaban;
yo los he visto,
y he de darle al mancebo
duro castigo.)

Fuera de sí.

¡A ver! ¡que vengan todos!
¡que vengan ahora mismo!
¡que vengan y me digan
quién es el atrevido!

Salen por la derecha y por la izquierda, marineros y mozas cantando a coro.

CORO.

¿Qué es eso, qué le pasa,
señor don Dimas?
¿Qué es lo que le sucede,
que tanto grita?

Sale Gaspar.

DON DIMAS.

Rabiando estoy de cólera;
soy casi un energúmeno;
jamás he visto, atónito,
lo que hace poco vi:
este mancebo intrépido,
y mi sobrina, cándida,
estaban abrazándose
cuando he venido aquí.

Con artes maquiavélicas,
sin duda amor mintiéndole,
a la inocente tórtola
logróla cautivar.

Contad quién es el sátrapa;
contad quién es el mísero;
si lo sabéis, contádmelo,
y de él me he de vengar.

ELLAS.

(¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué escándalo!)

ELLOS.

(¡Yo encuentro el caso lógico!)

RICARDO.

(¡Tu tío es un estúpido!)

MAGDALENA.

(¡Lo puedo atestiguar!)

DON DIMAS.

Contad quién es el sátrapa;
contad quién es el mísero;
si lo sabéis, contádmelo,
y de él me he de vengar.

CORO.

Rabiando está de cólera;
es casi un energúmeno;
jamás ha visto, atónito,
lo que hace poco vió.

Este mancebo intrépido,
y su sobrina, cándida,
estaban abrazándose
cuando él aquí llegó.

MAGDALENA.

¡Todo por tí!
¡Qué triste amor!

RICARDO.

¡Confía en mí,
cándida flor!

—

Cesa la música.

DON DIMAS. ¿Qué es eso? ¿No hay quien hable? ¿Es que estoy vendido entre mis propios servidores? ¿Se os antoja bonita la hazaña de ese mozo? ¡Un marinerillo de tres al cuarto abrazado a la hija de cien nobles!... Es decir, de un noble nada más, pero cuya corona han llevado cien nobles sobre su cabeza...

RICARDO. Señor, yo mismo os contaré...

DON DIMAS. ¡Repórtese el audaz! ¿Ignora que se dirige al hijo de cien duques? Es decir, de un duque nada más, pero cuya corona...

GASPAR. Sí; han llevado cien duques sobre su cabeza.

DON DIMAS. Tú me has comprendido, buen Gaspar.

GASPAR. Pues oídme, que por mi boca vais a

saber de este mozo bueno que así despierta vuestra cólera, algo que ni siquiera sospecháis.

DON DIMAS.

Habla, pues, que espero ansioso,
y si no empiezas, reviento.

GASPAR.

Tened, señor, más reposo,
y escuchad bien, que es sabroso
el relato. Va de cuento.

Tose, da una chupada a la pipa, los mira a todos demandando atención y dice:

Entre el clamor general
de una ciudad aterrada,
con aparato infernal
desplomábase incendiada
una mansión señorial.

Por si el voraz elemento
no se bastara a sí mismo
para hundir en un momento
el palacio en el abismo,
tenía un cómplice: el viento.

La llama viva, prendía;
el aire fuerte, atizaba;
y así el incendio crecía,
y así a todos parecía
que la ciudad se abrasaba.

De improviso, un ¡ay! de horror
que lanza una madre loca,
llena al pueblo de pavor,
y corre de boca en boca
un espantoso rumor.

Y las bóvedas se hundían,
y las paredes temblaban,
y las maderas crujían,
y los herrajes saltaban,
y los escombros crecían,

cuando se vió la figura
de un mancebillo trepar,
presa de extraña locura,
hasta llegarse a ocultar
entre el humo de la altura.

Pasó como una centella;
y la muchedumbre aquélla
dijo, cuando del doncel
no quedó rastro ni huella:
«¡La Virgen vaya con él!»

¡Oh! ¡qué angustiosos momentos!...
¡qué mezclar los corazones
amenazas y lamentos,
sollozos y maldiciones,
plegarias y juramentos!...

De pronto, en la balaustrada
de un balcón hecho pedazos,
apareció iluminada

la figura antes borrada
con una niña en los brazos.

Un grito conmovedor
de alegría y de sorpresa,
saluda al grupo de amor...
La niña era la marquesa
y Ricardo el salvador.

Yo no vi más; que de hinojos
en tierra vine a caer
entre humeantes despojos,
y no me dejaron ver
las lágrimas de mis ojos...

La historia, señor, es ésa.
Después de escucharla, espero
que me digáis si aún os pesa
que abrazara a la marquesa
el humilde marinero.

DON DIMAS. *Despreciando las quintillas.* ¡Bah!
¡bah! Y ¿es eso todo? Pues nada nuevo me cuen-
tas, buen Gaspar; sabía lo del incendio: fué en
vida de mi pobre hermana. Sólo ignoraba quién
fuera el héroe. La hazaña, después de todo, es
harto baladí.

RICARDO. *Adelantándose hacia don Dimas.* Se-
ñor: lo que hice no tiene mérito alguno, decís
bien; pero desde aquel día amo a Magdalena con
toda mi alma, y ella me corresponde.

DON DIMAS. ¡Insensato!

RICARDO. Soy pobre; no conocí a mis padres... Crecí en la soledad y me hice fuerte. A nada temo. Preparada tengo esa barquilla que ha de llevarme ahora mismo hasta aquel hermoso bajel que allí veis, presto a zarpar, pues sólo espera mi llegada. En él partiré con rumbo a lejanas tierras. Quiero buscar fortuna. De mi vuelta tendréis noticias: yo os lo aseguro. Dios os guarde.

Le vuelve la espalda y se dirige a la barquilla que tiene dispuesta en el foro. El coro le abre paso. Magdalena lo detiene un punto. Don Dimas lo observa con curiosidad y luego habla solo.

Música

MAGDALENA. ¡Ricardo mío!

RICARDO. Dentro de un año
serás mi esposa;
seré tu esclavo.

MAGDALENA. ¡Luz de mis ojos!

RICARDO. ¡Dueño adorado!
¡Adiós!

MAGDALENA. ¡Adiós!

Salta Ricardo resuelto y ágil a la barquilla y desde ella se despide de todos cantando.

RICARDO.

Playa que el alma adora,
de ti me alejo;
una niña me llora
y un pobre viejo.

Halle flores o abrojos
por donde vaya,
siempre tendré mis ojos
en esta playa.

La barquilla parte con lentitud.

CORO.

¡Vé con Dios, marinero valiente;
la fortuna te habrá de ayudarl...
¡Que tu nave conduzca y aliente
la Virgen del Marl...

Despidenlo todos, a excepción de don Dimas, naturalmente, agitando gorras y pañuelos. El tutor y tío de Magdalena parece preocupado. ¿Luchará tal vez con la torcedora idea de que el marinerito audaz va a resultar al fin de cuentas hijo suyo? Cosas más extrañas se han visto.

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

ZARZUELA CÓMICA. --AMOR MILAGROSO

Corralón en casa del señor Roque, vecino adinerado de Zagalejo de Arriba, pueblo que bien pudiera ser de Salamanca. Al foro, una tapia con gran puerta en el centro. A la izquierda del actor, otra puerta que da acceso a la casa. Hacia la derecha, un barril vacío, como de diez o doce arrobas, puesto en pie y cubierto con un par de tablas. En el foro, junto a la tapia, en el rincón de la izquierda, un gran montón de lana. Es de día.

Aparece la escena sola. A poco se entreabre la puerta del foro, y asoma primero la cabeza de Casildeo y luego todo el. Trae un sombrero de los que nadie usa, y un traje en armonía con el sombrero. Mira receloso a todas partes, ve que no hay por allí bicho viviente, y se adelanta hasta las candilejas como si se fuese a arrojar a las butacas.

Casildeo Baldosín y Baldosín, servidor de ustedes. Ya es desgracia llamarse Casildeo y ser hijo de dos Baldosines; pero no es esa la mayor que me toca. La mayor es que soy confitero en

Zagalejo de Abajo, y mi novia es de aquí, de Zagalejo de Arriba. Claro es que yo he podido enamorarme de una de Zagalejo de Abajo; pero es el caso que me gustan más las de Zagalejo de Arriba. Zagalejo de Arriba y de Abajo se odian a muerte por causa de dos Cristos. Dicen los de Arriba que el Cristo de Arriba es más milagroso que el de Abajo; y dicen los de Abajo que el Cristo de Abajo es más milagroso que el de Arriba; y en cuanto se encuentran uno de Abajo y uno de Arriba, se dan una paliza que yo no me quisiera ver arriba ni abajo. Ni en medio, por supuesto. Con estos precedentes, calculen ustedes mi temeridad al venir desde Zagalejo de Abajo a hablar con Poncianita, la hija del señor Roque, dueño de esta casa, que es hombre de melena en pecho, porque decir de pelo es decir poco. Pero hay que convenir en que si el amor no tuviera ese picantillo de unos palos en perspectiva, sería dulce de tomate... antes de ponerle el tomate. Voy a ver si sale mi tesoro. Casildeo Baldosín y Baldosín, servidor de ustedes. *Acércase a la casa y, arrostrando todos los peligros, se pone a cantar.*

Música

Sal, dulce batata,
que tu amor me mata;
sal, cara de plata,
y oye la cantata

y el cariño acata
de este polvorón,
que es la flor y nata
de su profesión.

Sal, caramelito;
sal, cuerpo bonito;
sal, que necesito
ver tu real palmito;

sal, que ya estoy frito
como un chicharrón;
sal y me derrito
de satisfacción.

—
Sale Poncianita al reclamo.

PONCIANITA.

Casildeo...

CASILDEO.

Poncianita...

Poncianita...

PONCIANITA.

Casildeo...

CASILDEO.

Cada instante que te veo
me pareces más bonita.

PONCIANITA.

Y tú a mí a cada visita
me pareces menos feo.

CASILDEO.

Poncianita...

PONCIANITA.

Casildeo...

Casildeo...

CASILDEO.

Poncianita...

—

Cuando el cura nos lleve al altar...

PONCIANITA.

Cuando el cura nos case en latín...

CASILDEO.

¡Ay, qué vida nos vamos a dar!

PONCIANITA.

¡Ay, qué vida la nuestra, monín!

—

CASILDEO.

Nos levantaremos,
alma y vida mía...

PONCIANITA.

Al cantar del gallo
cuando llegue el día...

CASILDEO.

¡Kikirikí!

PONCIANITA.

¡Kikirikí!
En la propia cama
desayunaremos...

CASILDEO.

Como palomitos
nos arrullaremos...

PONCIANITA.

Ruuu... ruuu...

CASILDEO.

Ruuu... ruuu...

Yo tendré un minino
para los ratones...

PONCIANITA.

Yo tendré un canario
para los balcones...

CASILDEO.

¡Miau!

PONCIANITA.

¡Piiii!

CASILDEO.

¡Miau!

PONCIANITA.

¡Piiii!

En la primavera
y a la tardecita...

CASILDEO.

Iremos al campo
con una cabrita...

PONCIANITA.

¡Beeeee! ¡beeee!...

CASILDEO.

¡Beeeee! ¡beeee!...

Y al volver juntitos,
ya sin luz el cielo...

PONCIANITA.

Cantarán las ranas
en el arroyuelo...

CASILDEO.

¡Cuá cuá cuál...

PONCIANITA.

¡Cuá cuá cuál...

LOS DOS.

¡Oh cuánta ventural

¡Oh cuánta alegríal

¡Sol de mis amores!

¡Luz del alma mía!

¡Qué felices horas!

¡Qué dichoso el día

que haya entre esos bichos

un ama de críal

Cesa la música.

PONCIANITA. Casildeo de mis ilusiones.

CASILDEO. Almíbar de mis tarros.

PONCIANITA. Tengo que darte una gran noticia.

CASILDEO. ¿Que me quieres más que el domingo?

PONCIANITA. No; sino que seremos felices muy pronto, porque se van a acabar las rivalidades entre los dos pueblos. El señor obispo va a venir a arreglarlo. Se hospedaré aquí.

CASILDEO. ¿Aquí?

PONCIANITA. Como lo oyes. Papá va a echar la casa por la ventana, a fin de que, en todo caso, si el señor obispo le da la razón a algún Cristo, se la dé al nuestro. Esa lana es para hacerle

un par de colchones magníficos. Aquel barril tan grande, para llenarlo de vino del tío Toño, y darle una comida a los pobres. Se está pintando y encalando toda la casa; se están fregando todos los peroles; se va a sacar la vajilla nueva; se está regando todo con unos polvos de Madrid para que no le pique nada al señor obispo... En fin, Casildeo, que se acerca nuestra ventura; que el mismo señor obispo nos podrá echar las bendiciones.

CASILDEO. ¡Ay, pimpollo de mi existencia! No son palabras las que salen de tu boquita: ¡son almendras garrapiñadas! *La abraza.*

PONCIANITA. ¡Casildeo!

CASILDEO. ¡Poncianita! La dicha es audaz.

Óyense ladridos hacia la casa.

PONCIANITA. ¡Cristo de Zagalejo de Arriba!

CASILDEO. ¿Qué sucede?

PONCIANITA. ¡Que viene mi padre!

CASILDEO. ¡Cristo de Zagalejo de Abajo! Pero ¿tu padre ladra ya?

PONCIANITA. ¡No! ¡La que ladra es Blasa, la criada, que así me avisa de que viene!

Continúan los ladridos.

CASILDEO. ¡Maldición! ¿Qué hago?

PONCIANITA. ¡Huye en seguida, no lo echemos todo a rodar!

CASILDEO. *Obedeciéndola azorado.* ¡Ahora mismo! *Retrocediendo asustadísimo después de asomarse a la puerta.* ¡Virgen!

PONCIANITA. ¿Qué?

CASILDEO. ¡El cabo de carabineros, que me odia a muertel! ¡Yo no salgo! ¡no salgo!

Viene Blasa despavorida.

BLASA. ¡Señorital! ¡que llega!

PONCIANITA. ¡Ay!

CASILDEO. *Corriendo desatentado.* ¡Dios mío! ¡los dos Cristos juntos no me salvan! ¿Dónde me escondo?

PONCIANITA. ¿Dónde lo escondemos?

BLASA. ¡En la lana! ¡en la lana!

PONCIANITA. Es verdad, ¡en la lana!

CASILDEO. ¿Con el calor que hace?

PONCIANITA. Y ¿qué remedio? ¿No ves que si te coge papá te saca astillas?

CASILDEO. ¡Me has convencido! ¡A la lana! ¡a la lana! *Metese en el montón de lana, y entre Blasa y Poncianita lo tapan bien.*

PONCIANITA. Anda, vida mía, que todo se remediará.

BLASA. Encoja usted esta rodilla, señorito.

PONCIANITA. Y la cabeza, la cabeza.

BLASA. Así, así.

PONCIANITA. Ya no se ve nada: estate quieto. ¡Ay, Blasa, qué sustos da el amor! ¡A qué cosas obligal

BLASA. Dígamelo usted a mí, que tengo a mi novio a estas horas metido en carbón hasta los pelos.

CASILDEO. *Asomando la cabeza un instante, y*

escupiendo lana. ¿No viene ese hombre? ¡Porque ya me he tragado un vellón!

PONCIANITA. ¡Escóndete, insensato!

CASILDEO. ¡Haz lo posible por que se vaya pronto; mira que esto no es el Monasterio de Piedra!

PONCIANITA. ¡Escóndete!

BLASA. ¡Aquí viene!

El señor Roque sale de su casa, cachazudo y tranquilo.

SEÑOR ROQUE. Hola, Poncianita.

PONCIANITA. Hola, papá.

SEÑOR ROQUE. Hola, Blasa.

BLASA. Buenas tardes, señor.

SEÑOR ROQUE. ¿Qué hay?

PONCIANITA. Nada. Ven allá dentro, que te tengo que enseñar una cosa.

SEÑOR ROQUE. Luego iré. Ahora traigo ya mi plan, y de él no me salgo. No; porque se han empeñado unos y otros en que el señor Roque quede mal con el señor obispo, y el señor Roque no queda mal ni con su padre. *A Blasa.* A lo mío. Llégate a mi cuarto, y tráeme aquellos diez cuarterones de tabaco que hay sobre la cómoda. Me voy a estar haciendo pitillos hasta que anochezca.

PONCIANITA. ¡Papá!

SEÑOR ROQUE. Sí, hija, sí. ¡A ver si va a te-

ner o no va a tener que fumar el señor obispo!
¿Qué te detiene, Blasa?

BLASA. Nada; ya voy, señor. *Vase.*

PONCIANITA. ¡Ay, Dios del cielo! ¡Me quedo viuda antes de casarme!

Suenan dos golpes en la puerta del foro.

SEÑOR ROQUE. Mira a ver quién es.

PONCIANITA. ¡Qué alegría si se llevaran a papá!

Abre la puerta y aparecen dos Mozos del pueblo con dos varas largas y fuertes.

MOZO I.º A la paz de Dios.

PONCIANITA. Buenas tardes.

SEÑOR ROQUE. Buenas tardes.

MOZO I.º Aquí nos manda el señor Isidro.

PONCIANITA. ¿El señor Isidro?

MOZO I.º ¿No es aquí donde hay que varear dos colchones de lana?

PONCIANITA. ¡No!

SEÑOR ROQUE. ¿Cómo que no? ¿Qué sabes lo que dices? ¡Hemos hablado esta mañana para lo mismo! *A los Mozos.* Esta es la lana: podéis empezar cuando queráis.

PONCIANITA. *Con el alma en un hilo.* Pero, papá, si es que yo... yo me he comprometido con una amiga... que conoce a unos hombres...

SEÑOR ROQUE. Déjate de amigas, que hay muchas envidias, y muchas cosas que tú no sabes. A varear, a varear. A ver si me ponéis la lana como si fuera espuma.

Mozo 2.º No quedará usted descontento.

Descargan alternativamente los dos primeros varazos sobre la lana. Poncianita se estremece y lanza un grito agudo a cada varazo. Los Mozos, sorprendidos, suspenden su tarea.

PONCIANITA. ¡Ay! ¡ay!

SEÑOR ROQUE. ¿Qué tienes tú?

MOZO 1.º ¿Qué es eso?

PONCIANITA. Nada... sino que... como yo he quedado con esa amiga...

SEÑOR ROQUE. ¡Que te dejes de amigas, mujer! Continuad vosotros.

Nuevos varazos y nuevos gritos.

PONCIANITA. ¡Ay! ¡ay!

SEÑOR ROQUE. ¡Dale, machacal

Siguen los Mozos vareando. Sale Blasa, y al verlos da un grito espantoso. Vuelven a suspender su tarea.

BLASA. ¡Ay!

SEÑOR ROQUE. ¿Tú también? Y ¿no me traes eso?

BLASA. No lo encuentro, señor.

SEÑOR ROQUE. Vaya; tendré que ir yo a buscarlo. No servís para nada. *Vase.*

PONCIANITA. ¡Por la Virgen Santísima, no peguen ustedes más varazos!

MOZO 1.º Pues ¿qué hay?

PONCIANITA. *Arrimándose al montón de lana.* Sal, sal, Casildeo; sal.

CASILDEO. *Saliendo todo lleno de lana, mohino*

y maltrecho. ¿Qué sal? ¡Vinagre es lo que necesito!

MOZO 1.º *Estupefacto.* ¡Andá!

MOZO 2.º *Lo mismo.* ¡Oiga!

MOZO 1.º ¿Tú ves, chico?

Se ríen a carcajadas.

CASILDEO. No reírse... ¡Ayl... ¡ayl... Hiiiiii...

PONCIANITA. ¿Qué te pasa?

CASILDEO. Hiiiiii...

BLASA. ¿Qué es ello?

CASILDEO. ¡Que me ha entrado lana hasta el estómago!... *Escupe sin cesar.* ¡Ayl... ¡ayl... No puedo más... me entrego.

PONCIANITA. ¡Huye, huye ahora!

CASILDEO. ¡Si estoy hecho una breval! El primer varazo de uno de éstos me cogió en diagonal y no me dejó fuera ni los tacones.

Nuevas risas de los Mozos.

PONCIANITA. ¡No reírse, carambal!

BLASA. ¡Huya usted, por Dios!

PONCIANITA. Mira que si sale papá y se encuentra aquí con uno de Zagalejo de Abajo...

MOZO 1.º ¿Cómo?

MOZO 2.º ¿Qué? *Cada uno lo coge por un brazo, blandiendo la vara.* Pero ¿usted es de Zagalejo de Abajo?

PONCIANITA. ¡Cielos!

CASILDEO. ¡Yo no soy ya de ninguna partel

MOZO 2.º ¿Cómo que no?

MOZO 1.º A ver: ¿cuál de los dos Cristos es el más milagroso?

CASILDEO. El de aquí, el de aquí, sin género de duda. Junto al de ustedes, el mío es una maquinilla de afeitar.

MOZO 2.º ¡Ah!

MOZO 1.º Entonces, márchese usted tranquilo.

SEÑOR ROQUE. *Dentro, gritando.* ¡Poncianita!

CASILDEO. ¡Huy!

PONCIANITA. ¡Papá, que llega!

BLASA. ¡Corra usted, por Dios!

CASILDEO. ¡Ya lo creo que corro! *Corre nuevamente a la puerta y vuelve atrás con los pelos de punta.* ¡Horror! ¡El sargento de carabineros, que me odia más que el cabal! ¡Imposible salir! ¡Me prendel

SEÑOR ROQUE. *Más cerca.* ¡Poncianita!

PONCIANITA. ¡Jesús! ¡Va a pescarte papá!

CASILDEO. ¿Qué hacemos?

PONCIANITA. *Tirando de él.* ¡A la lana, a la lana!

CASILDEO. *Resistiéndose aterrado.* ¡A la lana, no!

BLASA. *Lo mismo que Poncianita.* ¡A la lana, a la lana!

CASILDEO. ¡A la lana, nooooool...

PONCIANITA. ¡Entonces, al barril, que está vacío!

CASILDEO. ¡Esol ¡esol ¡al barril! Ayudarme, ayudarme todos.

Entre los Mozos y ellas lo meten dentro del barril. Los Mozos no paran de reírse.

PONCIANITA. ¡Qué apuro, Dios de Dios!

BLASA. Hoy ganamos el cielo.

CASILDEO. *Ya dentro del barril.* ¡Huy qué fresquita es esta casa en comparación con esa otra! *Se agacha y desaparece.*

PONCIANITA. *A los Mozos.* Ustedes, a varear de firme; y por Dios no se ríen, no vaya a sospechar el señor.

BLASA. *De repente.* ¡Ay, Cristo! ¡Y mi novio en la carbonera todavíal! ¡Voy a ver si lo sacol! *Vase corriendo dentro de la casa.*

Sale el señor Roque.

SEÑOR ROQUE. ¿Adónde va ésa? Cuando más falta hace, se quita de en medio.

PONCIANITA. Pues ¿qué pasa ahora?

SEÑOR ROQUE. Que ya están ahí los mozos que traen el vino del tío Toño.

PONCIANITA. ¡Ay!

SEÑOR ROQUE. ¡P'ero, chica, todo te asusta hoy! *A los Mozos, que se ríen con estrépito.* Y vosotros dos, ¿de qué os reís? ¡Pues sí que se me ha puesto a mí un humorcito como para bromas!... *Abre la puerta de la tapia.*

En seguida aparecen el Mozo 3.º y el 4.º con sendas cubetas de vino.

PONCIANITA. (¡Santo Dios! ¡Hazlo impermeable!)

SEÑOR ROQUE. Hola.

MOZO 3.º Buenas tardes, señor.

SEÑOR ROQUE. ¿Traéis las ocho arrobas?

Mozo 3.º Sí, señor; ahí está el carrillo.

SEÑOR ROQUE. Pues éste es el barril. A volcarlas.

El Mozo 3.º quita una de las tablas que tapan el barril y vuelca dentro con gran resolución la cubeta que trae. Poncianita grita como antes. El otro vuelca en seguida la suya. Poncianita vuelve a gritar. Los de la lana rien. Casildeo no aguanta más vino y con el natural asombro de los Mozos se sale del barril, sacudiéndose como un perro y salpicando a todos.

CASILDEO. ¡No puedo más!

Mozo 3.º ¿Eh?

SEÑOR ROQUE. ¿Qué hombre es éste?

CASILDEO. ¡Prefiero morir de un tiro a morir como un bizcocho borracho!

SEÑOR ROQUE. ¿Quién es usted?

Mozo 3.º ¡Es el confitero del otro pueblo!

SEÑOR ROQUE. ¡Ah, canalla! ¡Ahora verás tú! *Lo persigue.*

Casildeo huye.

PONCIANITA. ¡Perdónalo, papá!

CASILDEO. ¡Perdóneme usted: hace más milagros este Cristol!

SEÑOR ROQUE. ¡No te me escaparás, bribón!

Sale por la puerta de la tapia el Coro, que anda siempre oliendo donde guisan.

Música

CORO.

¿Qué ocurre? ¿qué ocurre?
¿Qué pasa? ¿qué pasa?

SEÑOR ROQUE.

¡Recontral! ¿Qué es esto?
¿Por qué sin permiso del amo
se cuela esta gente en mi casa?

CORO.

Vecino, ¿qué ocurre?
¿Qué ocurre, vecino?

SEÑOR ROQUE.

¡Carambal! ¿qué moscas!
¡Que estaba escondido este pollo
ahí en esa bota de vino!

CORO.

¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!
¿Y a qué vendría?
¿Y quién será?

CASILDEO.

Yo mi conducta
quiero explicar.

CORO.

Él su conducta
quiere explicar.
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!

Cesa la música.

SEÑOR ROQUE. ¡Rediez! ¡Pues no les ha hecho a ustedes poca gracia el lance! *A Casildeo.* Conque vamos a cuentas usted y yo.

CASILDEO. Señor Roque, yo soy Casildeo Baldosín y Baldosín, confitero en el pueblo que tiene el peor Cristo; voy a heredar al tío Tragaldabas, a quien usted conocerá de seguro; amo a Poncianita y me quiero casar con ella.

SEÑOR ROQUE. *A su hija.* ¿Es eso verdad?

PONCIANITA. Todo. Y además es muy guapo, como puedes ver.

SEÑOR ROQUE. ¿De manera que venía usted aquí por lana?

CASILDEO. ¡No, señor; por lana, no! ¡Puede usted creermel *Saca el pañuelo para enjugarse un ojo, y cae lana de él como para una almohadilla.* ¡Huy!

Sale Blasa, con señales inequívocas en el rostro de haber sacado a su novio de la carbonera.

BLASA. ¡Andál! Pero ¡cuidao que dan que hacer los novios!

SEÑOR ROQUE. Pues ahora se va a ver quién es el señor Roque. Yo quiero que se acaben las diferencias entre un pueblo y otro, y lo pruebo casando a mi hija con el confitero de Zagalejo de Abajo.

PONCIANITA. ¿De veras?

SEÑOR ROQUE. De veras.

CASILDEO. Gracias, señor Roque.

SEÑOR ROQUE. Pero ¡el Cristo de Zagalejo de

Arriba hace más milagros que el de Zagalejo de Abajol

Todos. ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

CASILDEO.

Todo lo acato y lo admito
con alegría infinita:
en teniendo a Poncianita,
lo demás me importa un pito.

Al público:

Y si para ti fué grato
el mirarme en más de un brete,
aplaudiendo este juguete
me harás pasar un buen rato.

FIN DE LA OBRA

Mira Sierra (Villalba), julio, 1905.

L A M A L A S O M B R A

S A I N E T E

CON MÚSICA DEL MAESTRO JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 25 de setiembre
de 1906.



A V I T A L A Z A ,
*medico y poeta, que ha curado a
media España haciéndola morir de
risa: sus devotos admiradores y
amigos,*

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PEPA LA GARBOSA.....	JOAQUINA DEL PINO.
LEONOR.....	MARÍA PALOU.
LA SORDA.....	PILAR VIDAL.
BALDOMERO.....	EMILIO CARRERAS.
ANGELILLO.....	LUIS MANZANO.
TABURETE.....	PEDRO RUIZ DE ARANA
PEREGRÍN.....	JOSÉ MESEJO.
JUAN DE DIOS.....	VICENTE GARCÍA VALERO.
BADANA.....	ANTONIO P. SORIANO.
CURRO MELOJA.....	JOSÉ ONTIVEROS.
JOSÉ POTO, POTITO.....	MIGUEL MIHURA.
UN FORASTERO.....	DIEGO GORDILLO.
MANOLO.....	VICENTE CARRIÓN.
LUIS.....	MANUEL RODRÍGUEZ.
UN CHIQUILLO.....	NIÑO CANDELAS.
OTRO.....	— ALARES.

Algunos transeuntes.

L A M A L A S O M B R A

La escena es en un barrio de Sevilla y en «La Favorita», betunería y tienda de aperitivos y refrescos, que en mal hora abrió Baldomero Meana. Hay dos puertas vidrieras, que dan a la calle: una en el foro, hacia la izquierda del actor, y otra a la derecha, en primer término. Hay además una puertecilla de escape, con cortina, situada en el último término de la izquierda, y que comunica con el interior de la casa. A la derecha de la puerta del foro, el mostrador de la parte de aperitivos y refrescos, y tras él, una anaquelera con todo lo concerniente a este género de establecimientos. Adosados a la pared de la izquierda, la tarima y el banco del limpiabotas. Hacia la derecha del local, tres o cuatro veladores con sillas. Uno de ellos, entre el mostrador y la puerta del foro. Todos los enseres y muebles, modestísimos, tirando a pobres. Tapando el hueco de un cristal que falta en la parte inferior de la puerta del foro, hay pegado un papel. Clavados con tachuelas en la pared, singularmente en el lado de la betunería, carteles de toros, retratos de toreros y cromos de periódicos taurinos. El suelo, de lositas de dos colores. Es una mañana de abril, en que tan pronto llueve como sale el sol.

Pepa la Garbosa, encargada y camarera del establecimiento, está sentada ante un velador echándose las cartas; Baldomero almuerza sentado ante

otro; Leonor, su hija, linda mocita de diez y siete años, que aún se peina de trenza, bien que doblada y anudada, le sirve a su padre el almuerzo, sacándolo de una cesta en que lo ha traído; y Angelillo, por último, limpia con todo esmero unos zapatitos de Leonor, con quien tiene amores, aunque Baldomero no lo sepa. A espaldas de este y de la misma encargada, se guñan y se entienden. Está lloviendo. Por la calle pasan algunas personas con paraguas abiertos.

Música

PEPA.

¡Cómo yuevel

BALDOMERO.

¡Joyín y cómo yuevel

ANGELILLO.

¡No para de yové!

LEONOR.

A mar tiempo se pone güena cara.

BALDOMERO.

¡Yo no la sé poné!

—

Pa los campos disen
que esto es superió:
pa la tienda mía
no pué sé peó.

—

ANGELILLO.

Con uno de tus sapatos
vi yo a hasé un barco velero,
y el aire de mis suspiros
lo va a yevar a tu puerto.

Míralo dí,
míralo ya:
¡vaya un barquito bonito!
¡se va comiendo la má!

BALDOMERO.

¡Estoy desconsolao!
¡Estoy achicharrao!
¡Estoy desesperao!

LEONOR.

En un capuyo de rosa
que en mi ventana he criaio,
vi yo guardando besitos
que tengo ya destinaos.

Tú lo has de vé,
ya yegará
er día en que esa rosita
te ponga yo en el ojá.

BALDOMERO.

Este bacalao tu madre
siempre me lo pone salao,
y ya estoy hasta las narises
de tu madre y der bacalao.

¡Joyín, qué pesál
¡Sabiendo que sabe de sobra
lo mar que me sienta la sá!

PEPA.

Por un moreniyo agrasiao
estoy yo loquita perdía;
las horas felises que paso a su lao,
pa mí son las horas mejores der día.
¿Por qué no ha venío?
¿Por qué no vendrá?
Las pícaras cartas
no me disen na.
Si no yega pronto,
yo rompo a yorá.

BALDOMERO.

¡Y sigue yoviendo:
pa sombrita de jiguera negra
esta que yo tengo!

ANGELILLO.

Los ojos con que te miro...

LEONOR.

Los ojos con que me miras...

ANGELILLO.

A ti te disen: «mi arma»...

LEONOR.

Y a mí me disen: «mi vía».

Te quiero a ti,
te quiero yo,

porque no encuentro en Seviya
otro ninguno mejó.

ANGELILLO.

Te quiero a ti,
te quiero yo,
porque no encuentro en Seviya
otra ninguna mejó.

BALDOMERO. *Levantándose.*

¡Cayarse un momento!
Paese que ha escampao.

*Va a la puerta del foro. Por la calle pasa en
esto un cura, abierto también el paraguas.*

¡Pos sigue yoviendolo!

Cesa la música.

¡Lo ha tomao la yuvia con ganas! ¿Se quejarán
toavía los labraores?

LEONOR. Papá, de cuando en cuando sale
er só.

BALDOMERO. Sale er só tres minutos y yueve
dos horas. ¿Y ésta es Seviya? ¿Y esto es abrí flo-
río? Tú ¿qué esperas?

LEONOR. Mis sapatos.

BALDOMERO. Pero ¿no están toavía?

ANGELILLO. Sí, señó, que ya están. *A Leonor.*
Aquí los tienes. *Bajo.* (¡Bendita sea tu cara!

LEONOR. *Bajo a él.* ¡Chiquiyo, cáyatel Dentro e media hora estoy en la tienda e Fransisco.

ANGELILLO. Ayí iré yo dentro e media hora.)

Vase Leonor por la puerta del foro.

PEPA. *Dejando las cartas con mal humor y levantándose nerviosa.* ¡Qué martirio, Señor! Contra más me echo las cartas, peores cosas me disen. No sé pa qué agarro la baraja.

BALDOMERO. ¿Qué es lo que te ha salío?

PEPA. Esaborisiones: que José María no me quiere, que me engaña con una rubia, que lo van a matá...

BALDOMERO. Pierde cuidao, que no lo matan: bicho malo...

PEPA. Bardomero, echa un punto a la boca. Si er queré es delito, condená estoy a cadena perpetua por ese hombre.

BALDOMERO. ¡Bendito sea Dios!

PEPA. *Impaciente.* Y no viene, no viene... ¿Quién me lo estará entreteniendo? *Asómase a una de las puertas y luego a la otra.*

BALDOMERO. Ca loco con su tema. ¿Qué hases tú, Angeliyo?

Pasa de derecha a izquierda por la calle del foro una mujer con paraguas cerrado.

ANGELILLO. Inventando una trampa pa los ratones. Yo siempre inventando.

BALDOMERO. Hombre, a vé si discurrees argo pa acabá con las moscas marditas. ¡Joyín con las moscas! ¡Cómo lo tienen tol

ANGELILLO. Cuando yo estaba en la otra tienda, que era también de aperitivos y limpiabotas, inventé un garbanso malirno. Lo mismo era meterle fuego, que salía un jumaso que no dejaba una mosca viva. Pero tenía una cosa mala: que prinsipiaban los parroquianos a tosé y se esbarataban tosiendo.

BALDOMERO. Pos aquí pués quemá tos los garbansos que te queden: no hay temó de que tosa nadie.

PEPA. Detrás de estos tiempos vendrán otros.

BALDOMERO. ¡Así venga er carro e la carne y me coja por la mitál ¡Si esto que me pasa ahora no es de hoy, ni es de ayé; es de toa mi víal ¡Si es er *pajolero* sino con que nasí; la arrastrá mala sombra que me persiguel Quinse días yeva abierta esta tienda, que creo que está desente; aonde me he gastao los pocos ahorriyos que me queaban: pos er día que más se han hecho tres pesetas.

ANGELILLO. ¡Pa un désimol

BALDOMERO. ¡Pa comprá una pistola en er *Jueves* y pegarse un tirol

ANGELILLO. ¡Pero, mi amo, si es que no se le ocurre ar que asó la manteca, en un barrio pobre, en que no hay que comé, poné una tienda pa abrí el apetitol

BALDOMERO. No, hombre, no; es que yo vine ar mundo pa tomá quina en rama: ni más ni menos. ¡La pata e las criaturas! ¿No establecí hase cuatro años un puestesiyo e fósforos, y salió la modita de ensendé los sigarros con yesca? ¡Pos lo mismo me pasa en to!

PEPA. Lo primerito que debías hasé, era prohibirle la entrá en la tienda a esos amigos tuertos que vienen aquí a haserte la tertulia.

BALDOMERO. ¡Mía por dónde resueyal

ANGELILLO. ¡Con más rasón que la Pastoral

BALDOMERO. ¿Tú también?

ANGELILLO. Un poné que los tuertos no traigan cosa mala: ¿y qué? Basta que la gente lo crea. Sobre que tres tuertos reuníos como vienen aquí, ar más guapo lo echan pa atrás.

Ha salido el sol un momento. Por la calle del foro pasa con paraguas cerrado una pareja de hombre y mujer, de derecha a izquierda. Luego pasa un chiquillo

BALDOMERO. *Desesperado.* ¿Y tengo yo la culpa, vamos a vé, de que mis tres amigos de la infansia hayan perdío un ojo ca uno?

PEPA. Tú no tendrás la culpa, pero er que entra aquí a tomá una copa tampoco la tiene.— Me vi a asomá a la esquina un momento, a vé si veo vení a José María; porque estoy que no vivo.

Vase por la puerta del foro.

BALDOMERO. *Después de mirarla marcharse lleno de indignación, se dirige a Angelillo.* ¿Te

paese? ¿Cuando si no fuea porque es mi cuñá la plantaba en la caye? ¿No es desgrasia, no es mala estreya lo que me ha susedío con esta mujé? Abro la tienda y me pregunto: ¿a quién pongo yo ar frente de los aperitivos, pa que yame golosos? Y al istante pienso en mi cuñá. ¿Dónde la hay con más gancho que Pepa la Garbosa en toa Seviya? ¿No digo bien?

ANGELILLO. Sí, señó.

BALDOMERO. Eya es guapa, eya es limpia, eya tiene agrao, eya tiene su poquito de educasión... eya tiene su poquito e vergüensa...—poquito. Y hablo con eya, y nos convenimos, y viene aquí. Pero ¿pa qué viene? Pa traerse consigo a ese hombre—¡mar rayo lo partal—y da lugá a que pase en el establecimiento lo que tú ves que pasa tos los días, a cuenta e los marditos selos.

ANGELILLO. ¡Déjelo usted corré! ¡A lo mejó se le aparese la Virgen a los caminantes!—Vi ayá dentro a poné la cola pa pegá esta máquina. *Éntrase cantando por la puertecilla de escape.*

BALDOMERO. ¡Güeno! Y yo vi a ponerme a contá las moscas.

Pasea melancólico con las manos atrás, mirando al techo. Pausa.

Por la puerta de la derecha, cuando Baldomero va de espaldas a ella, llegan Luis y Manolo, estu-

diantes. El uno trae paraguas y el otro impermeable y chanclos de goma, y ambos, libros y cuadernos de apuntes. Al sentirlos Baldomero da media vuelta, y al verlos se le ilumina el rostro.

MANOLO. Buenos días.

LUIS. Buenos días, amigo.

BALDOMERO. ¡Güenos días!

MANOLO. ¿Nos sentamos, tú?

LUIS. Un momento, que hoy no quiero fartá a la clase.

BALDOMERO. Donde ustedes gusten.

MANOLO. Aquí mismo. *Se sienta ante uno de los veladores.*

BALDOMERO. Esperá, no haya porvo. *Le pasa un paño al velador.*

LUIS. *Sentándose.* No, señó, no hay porvo. Ya se ve que está to bien limpio.

BALDOMERO. Hombre, otra cosa fartará, pero asco... ¿Qué van ustedes a tomá?

MANOLO. Yo, casaya.

LUIS. Y yo.

BALDOMERO. ¿Dos copitas e casaya, eh? ¡Ar vuelol *Va por ellas y se las sirve, emocionado y jubiloso.*

Mientras tanto los estudiantes se dicen en voz baja lo que sigue.

MANOLO. (Aquí sortamos er duro.

LUIS. Cara de tonto tiene er tío.)

BALDOMERO. *Presentándoles las copitas.* ¡Como los ángeles!

MANOLO. Esta casa es nueva, ¿verdá?

BALDOMERO. De hase quince días.

LUIS. ¿Usté es el amo?

BALDOMERO. Pa servir a ustedes.

MANOLO. Pues vaya por la prosperidá de la casa.

BALDOMERO. Muchas gracias, señores.

Beben los muchachos. Baldomero sigue el movimiento de las copas como si él bebiese también.

MANOLO. ¡Buen aguardiente, amigo!

LUIS. ¡Bueno!

BALDOMERO. Lo mejó que se vende en Sevilla.

MANOLO. ¿Quiés otra copa?

LUIS. No, que va a sé tarde.

MANOLO. Usté hará negocio.

BALDOMERO. Dios lo oiga a usté, poyito.

MANOLO. ¡Ya lo creo que hará usté negocio! *Sacando del bolsillo un duro falso y dándoselo con naturalidad.* Cuando se sirve bien ar público—cobre usté las copas—, er público responde siempre.

BALDOMERO. *Atento a la conversación y no al duro, va al mostrador, lo echa en el cajón y coge la vuelta, que luego le entrega a Manolo.* Eso es lo que yo quiero, serví bien ar público. Porque quien pretende viví der público, justo es que trate ar público como er público se merese. ¿No hablo bien, señores?

MANOLO. Mucho mejó que mi catedrático.

BALDOMERO. ¡Ja, ja, ja!

LUIS. *Bajo al otro, como antes.* (Ya está en el cajón.)

MANOLO. Pues ya tiene un recuerdo pa toa la vía.)

BALDOMERO. *Dándoles el cambio.* Cuatro sesenta, y cuarenta, sinco.

MANOLO. *Ofreciéndole propina.* Tome usted.

BALDOMERO. Gracias; no se armite.

LUIS. *Levantándose decidido.* Ea, pues que usted siga bueno.

BALDOMERO. Esperá dos minutos.

MANOLO. *Con cierta alarma.* ¿Qué hay?

BALDOMERO. Na; que yo soy gustoso en convidá a ustedes.

MANOLO. ¿Convidarnos?

BALDOMERO. Sí, señó; si ustedes me lo asertan.

MANOLO. ¿Por qué no?

LUIS. *A Manolo, mientras Baldomero les sirve las copas en el mostrador.* (A mí me remuerde la consiensa, tú.

MANOLO. ¡Cómo se ve que eres de primer año!)

BALDOMERO. Ahí va, señores.

MANOLO. Se agradece, amigo.

LUIS. Salú y suerte pa convidá mucho.

MANOLO. Quéese usted con Dios.

BALDOMERO. Vayan ustés enhoragüena. ¡Y no orvidarse de la casal

MANOLO. No, señó; no nos orvidamos.

LUIS. *A su compañero, al tiempo de irse. (¿No te dije que tenía cara e tonto?)*

Se van por la puerta de la derecha.

BALDOMERO. Público así es er que le conviene a mi tienda. ¡Qué dos muchachos más corrientes y más simpatiquiyos! Y ¡qué paso yevan! Como la Universidá les piya tan lejos... ¡Ay, si quisiera Dios que esto se animara!

Vuelve Pepa por la puerta del foro, radiante de alegría.

PEPA. ¡Ya viene ahí! ¡Ya viene!

BALDOMERO. ¿Qué dices?

PEPA. ¡Que ya viene José María! No te enfaes conmigo, Bardomero. ¿Qué mar te hago yo con quererlo tanto? Si es mi sino; si tiene que sé; si está escrito ayí arriba; si desde er sielo lo echaron ar mundo pa mi persona... Aquí está é.

En efecto, llega por la puerta del foro el afortunado José María, alias Taburete. Es mucho más feo que morderse las uñas. Cuando se le ve del brazo de Pepa, se le odia a muerte.

TABURETE. Salú.

BALDOMERO. ¡Dios guárde a usté, amigo. (¡Desde er sielo dise que lo echaron! Así tiene la narí: ¡der gorpel!)

TABURETE. ¿Me esperabas?

PEPA. ¡Cómo me conoses, gitano!

TABURETE. ¿De veras me esperabas?

PEPA. ¡Por tu salú y la mál!

TABURETE. ¡Marnolia!

PEPA. ¡Tulipán!

TABURETE. Convídame.

PEPA. ¿Qué se te apetese?

TABURETE. Tráeme dos copas de ginebra.

PEPA. Ahora mismo.

Taburete se sienta ante su velador, que es el que está junto a la puerta del foro. Pepa le sirve la ginebra y se sienta a su lado. En amor y compañía saborean la dicha de vivir... y la ginebra.

BALDOMERO. (¡Jinojol! ¡Se ve y no se creel! ¡Con toa la hechura de una boca e la Isla que tiene el hombrel!)

Sale por la puerta de la derecha la Sorda, vieja billetera, que pregon a y habla desentonadamente, alternando la voz de tiple aguda con la de contralto.

SORDA. ¡Er catorse mí... quinientos veintisincol

BALDOMERO. ¡La Sorda! ¡Me pone nerviosol

SORDA. ¡De dose reales! ¡A quién le doy la suerte?

BALDOMERO. ¡Dámela a mí, que farta me hasel

SORDA. Oye, Bardomero.

BALDOMERO. ¿Qué ocurre?

SORDA. Oye.

BALDOMERO. *Chillándole.* ¡Ya oigol! ¡Joyín con la viejal

SORDA. Esos dos muchachos que salían de aquí, ¿te han hecho algún gasto?

BALDOMERO. Sí.

SORDA. ¿Que sí?

BALDOMERO. ¡Que sí!

SORDA. ¿Te han pagao con un duro?

BALDOMERO. Sí.

SORDA. ¿Que sí? ¡Pos es más farso que el arma e Judas!

BALDOMERO. *Abalanzándose al cajón.* ¡Jinojol!

SORDA. A mí me lo han querío sortá.

BALDOMERO. ¡Rejinojol! *Mirando el duro y sonándolo luego.* ¿Le paese a usté? Pero ¡si esto es un cacho e plomo! ¿Cómo he tomao yo esto? ¡Mardita sea la mál! ¡Vi a vé si los cojo toavía! ¡Miste que haberlos convidaol! *Se va corriendo por la puerta de la derecha.*

SORDA. Sí, sí; ya los arcansaste. *Pregonando.* ¿A quién le doy la suerte? ¡Er catorse mí... quinientos veintisicol! ¡De dose reales!... *Se va por la puerta del foro.*

TABURETE. ¡Chavó, qué pito tiene esa mujél! Si eya se oyera pregoná, pregonaba por señas.

Llega un Forastero por la puerta de la derecha, se sienta ante uno de los veladores y toca las palmas.

PEPA. Voy. *Se levanta para ir a servirlo.*

TABURETE. *Receloso del recién llegado.* (¡Er de ayél! ¡Ése es er de ayél!) ¡Pepal!

PEPA. *Deteniéndose.* ¿Qué quieres?

TABURETE. *Imperiosamente.* Ven acá.

PEPA. *Obedeciéndolo.* ¿Qué quieres?

TABURETE. *Aparte con ella.* ¡Ése es er de ayé!

PEPA. ¿Er de ayé?

TABURETE. ¡Er de ayé!

PEPA. Fíjate, que no es er de ayé.

TABURETE. ¡Sí es er de ayé! ¡Er que te mira!
¡er que te rondal!

PEPA. ¡Que no es er de ayé, José María; no
te siegues!

TABURETE. ¡Que sí es er de ayé!

PEPA. ¡Si er de ayé tenía bigotel!

TABURETE. ¡Pos se ha afeitao! *El Forastero
toca las palmas nuevamente. Pepa hace ademán de
ir allá.* ¡Quieta aquí!

PEPA. Pero ¡hombrel!

TABURETE. ¡Quieta aquí! ¡Tú no sirves ar
gachó ése!

PEPA. ¡Que estoy sola en la tiendal!

TABURETE. ¡Quieta aquí! ¡Ése es er de ayé!
¡Vaya si es er de ayé!

PEPA. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué sofocación! ¡Te
juro que no es er de ayé!

TABURETE. ¡Sí es er de ayé! ¡Si te estás ven-
diendo tú mismal!

PEPA. ¡Que no es er de ayé, Taburetel!

TABURETE. ¡Que si es er de ayé!

*Vuelve a palmotear el Forastero, un si es no
es sorprendido del lance.*

FORASTERO. Pero ¿quién despacha?

TABURETE. *A Pepa.* ¡Échate pa un laol

PEPA. ¡Por Dios, Taburetel

TABURETE. ¡Silensio! *Va adonde está sentado el Forastero, y se encara con el. Pepa presencia la escena angustiadisima.* ¿Preguntaba usted?

FORASTERO. Que quién despacha.

TABURETE. Despacha la señora; pero un servidó es el encargao de sacarle er corasón por la boca a to er que la mire con segunda. ¿Hase?

FORASTERO. *Levantándose asustado.* ¿Qué ha de *hasé*, señó? Yo soy un pobre forastero que ha venío a su negosio, y que ha entrao aquí a tomarse un chatito e vino; de ninguna manera a jugarse la vía. Conque abú, sarsaparriya pa la sangre... y otra careta pa carnavá.

TABURETE. ¿Qué?

FORASTERO. ¡Na, hombre, na! ¡Compadre, qué cosas me suseden a mí en Seviya! *Se va por donde vino.*

TABURETE. *A Pepa.* ¿Has visto cómo es er de ayé? ¡Se ha achicaol

PEPA. ¡No es er de ayé, José Maríal ¡Por la gloria e mi madre!

TABURETE. ¡Quítate de ahí!

PEPA. ¡Me güerves local ¡Me asesinas!

Mirando a Pepa trágicamente, torna el hombre a su velador y se dedica a hacer pitillos. Ella, lejos de el, llora mirándolo a hurtadillas. Angelillo vuelve.

ANGELILLO. ¿No hay nadie de fuera? ¡Pos si

yo pensé que estaba esto yeno! ¡Eran tantas parmas! *Se sienta en el suelo, junto a la tarima del limpiabotas, a continuar su trabajo. Reparando en la actitud de los amantes, dice: (¡Vaya! Se conose que Don Juan y Doña Inés andan de pelea. No se jartan nunca!)*

Música

Pepa intenta una vez o dos acercarse al pavoroso Taburete, y este la detiene con el rayo de su mirada. Por fin se atreve y llega hasta el suplicante y llorosa.

PEPA.

¡Várgame er sielo, José Maríal
¡Qué injusto eres
con quien la sangre por ti daríal
¡Ay, arma míal
¿Tú no estás viendo que aunque me hieres
siempre a tu antojo sigo rendía?
Pos ¿qué más quieres,
sielo de mayo de Andalucía?

ANGELILLO.

(¡Le llama sielo de mayo,
y está yoviendo en la caye,
y aquí no nos parte un rayol)

PEPA.

Ven acá, granuja,
ven acá, moreno;
ven acá, y que me miren tus ojos,
que tienen armíba, que tienen veneno.

TABURETE.

¡Güenol

*Se levanta, harto ya de ternezas, y se sienta
ante otro velador.*

PEPA. *Yendo a su lado nuevamente.*

¿Por qué tu cariño
me esquivas o se caya?
¡Ven acá, y que me miren tus ojos,
que tienen asúca, que tienen metrayal

TABURETE.

¡Vaya!

Se va a otro velador.

—
ANGELILLO.

(Er mundo ar revés:
¡una golondrina detrás de un mochuelo!
¡Valiente papel)

—
PEPA. *Apurando los recursos de su ternura.*

No seas tirano,
no seas verdugo;
dime lo que quieres
pa yo hasé tu gusto.

—

¡Pieme er pan que me gano;
pieme el agua que bebo;
pieme que yore, y yoro;
pieme que vuele, y vuelo;
pieme que mate, y mato;
pieme que muera, y muerol
¡Pieme la víal

ANGELILLO.

(¡Cáyate, mujé,
mira no te pía
pa tomá cafél)

—

PEPA. *A punto de acariciarlo.*

¡Gachónl...
¡Traisionerol...
¡Salaol...
¡Embusterol...

—

*En el adusto semblante de Taburete se dibuja
una sonrisa indescriptible, que dedica a su amada.
Ésta respira al cabo satisfecha.*

¡Grasias a Dios, tormento de mi víal
¡Lo que me hases sufríl

ANGELILLO.

(¡No era tiro con sá er que yo le daba
a tu novio y a til)

Cesa la música.

PEPA. ¡Ay, Joseliyol Ya respiro a gusto. ¡Qué ratito he pasao!

TABURETE. Lo comprendo, Pepa: me atarugo, me siego; no veo más que traisiones. Convídame.

PEPA. Me has adivinao er pensamiento. ¿Qué quieres?

TABURETE. Dame tres copas de ginebra.

PEPA. Correndito.

Pasa por la calle del foro, de izquierda a derecha, un vendedor ambulante. Vuelve Taburete a sentarse ante su velador, Pepa vuelve a servirlo, y ambos, luego, a conversar amorosamente.

Por la puerta de la derecha sale Jose Poto, Potito, un novillero que es una monada. Viste un traje corto flamante, ceñido y primoroso, y viene a que le limpien las botas para que no le falte detalle alguno.

POTITO. Güenos días.

ANGELILLO. Güenos días.

POTITO. *Sentándose en el limpiabotas.* A vé si me yevo de aquí dos espejos en vez de dos botas. Y aprisita, que estoy sitao.

ANGELILLO. Volando va a sé. Con usté me estreno. *Se entrega lleno de entusiasmo a la labor.*

POTITO. Aprieta y te ganas un puro. ¡Camará, qué mañana de agual

PEPA. *Aparte con Taburete.* (¿Quién es este torero? ¿Lo conoses?

TABURETE. *Desdeñosamente.* Er Potito. ¡Nal Un niño que presume mucho. ¡Nal Y que se la da de vivo con las mujeres. ¡Nal Una parmita pa er Domingo de Ramos. ¡Na! ¡No lo mires!

PEPA. Si no lo miro, selosiyo.)

ANGELILLO. ¿Conque mañana lo aplaudimos a usté?

Por la calle del foro pasa un individuo sin paraguas, corriendo; despues pasa otro en sentido contrario, con paraguas abierto.

POTITO. Según lo que quiera la suerte. Ganas de complasé a la afisión tiene uno.

ANGELILLO. ¿Qué vestío piensa usté yevá? Y usté dispense la pregunta.

POTITO. Verde y oro, con cabos granas.

ANGELILLO. ¡Ole! Por aquí se dise que er segundo toro se lo va usté a brindá a una güena mosa de este barrio.

POTITO. *Esponjadísimo.* Hombre... cuando er río suena... Yo, por lo pronto, vi a armosá en su casa con eya dentro e media horita...

ANGELILLO. ¡Asín viene usté de pinturero!

POTITO. ¡Jel!

ANGELILLO. Güena suerte pa to.

POTITO. Muchas gracias, hombre.

ANGELILLO. ¡Presume más que una titiritera de un sircol ¡Y no le cabe en el cuerpo la guasal!

Llega por la puerta del foro Peregrín, que es el primer tuerto de la serie. Es tocador de guitarra de ofício y usa un paraguas colorado. Lo envuelve,

como a los demás, un velo de tristeza, pero el se cree jocosó y humorista.

PEREGRÍN. ¿Han visto ustés qué manera de yové agua? ¡Y toa pa abajol

POTITO. (¡Camará, un tuertol Podía no habé venío.)

PEREGRÍN. Peó fuera no verlo, ¡qué sambombal

ANGELILLO. (Pos tú no lo ves más que a medias.)

Peregrín abre su paraguas y lo pone abierto en un rincón para que se seque.

POTITO. *Saltando nervioso.* ¡Eh, amigol

PEREGRÍN. ¿Es a mí?

POTITO. ¿Usté no sabe que es de mala pata abrí así un paraguas bajo techao?

PEREGRÍN. *Riéndose.* ¡Ah! pero ¿usté cree en esas paparruchas? ¡Vamos, hombre! *Se sienta ante el primer velador de la derecha, que es el puesto, por decirlo así, de los tres compadres.*

POTITO. Y usté creería también si matara tres noviyos mañana.

PEREGRÍN. ¡Jel! Eso está güeno. Yo estoy convensió de que to lo que se cuenta de los agüeros son fantesías der vurgo. *Levantándose y haciendo lo que dice.* ¿Me quíe usté a mí desí qué importará pa que su-eda una desgrasia que yo, es un poné, le dé güertas a esta siya sobre una pata?

POTITO. ¿Se quíe usté está quieto, camará?

PEREGRÍN. ¡Jel! ¿También lo de la siya? ¡Los los

toreros son lo mismo. ¿Se acuerda usted de la cogía grande que tuvo er *Miserere Chico*?

POTITO. Le diré a usted: en este momento no me quisiea acordá.

PEREGRÍN. Er día antes de la corría estuve yo con é, guascándome de estas cosas, y le menté la bicha qué sé yo las veses.

POTITO. ¿Sí, verdá?

PEREGRÍN. Güeno: pos lo cogió er toro porque lo tenía que cogé; pero ¡vaya usted a sacarle de la cabeza que lo cogió er toro porque yo le menté la bichal! ¡Berraciones! *Vuelve a sentarse.*

POTITO. Será lo que usted quiera, señó; pero vale más no mentarla.

PEREGRÍN. ¡Jel

Sale Juan de Dios por la puerta de la derecha. Es el segundo tuerto, tocador tambien, y peor trajeado que Peregrín. Habla con voz lúgubre. No trae paraguas.

JUAN DE DIOS. Felises.

ANGELILLO. Venga usted con Dios.

POTITO. *Alarmadísimo.* (¿Otro tuerto?) Niño, no te entretengas. Acaba pronto.

JUAN DE DIOS. *A Peregrín.* ¡Conque er pobre Casimiro estiró la patal

PEREGRÍN. Parmó. ¿Qué se le va a hasé? Arrieritos somos y er camino andamos.

JUAN DE DIOS. ¡Pobresiyol

PEREGRÍN. Esa es una china que tos tenemos que tragá, Juan de Dios. Parmaré yo, parmarás

tú, parmará er Potito... ¡Tos parmaremos! Ahí no vale sé rico. ¡Servisio obligatorio, qué sambombal

JUAN DE DIOS. ¡Siempre has de está de humól! Pos yo vengo de casa e Casimiro. ¡Qué cuadro! Seis criaturas deja tamañas así. Caben toas debajo un canasto. Y las desgrasias son como las seresas: nunca vienen solas. La cuñá de Casimiro, loca de remate: ¿te has enterao?

PEREGRÍN. ¿Asunsión?

JUAN DE DIOS. Asunsión. Le da por seguí a los artiyeros.

PEREGRÍN. De esa locura hay mucho. La madre murió de una palisa que le pegó er padre porque la cogió con un *húsare*.

JUAN DE DIOS. ¿Y er fuego de anoche, lo viste?

PEREGRÍN. Sí.

JUAN DE DIOS. ¡Qué barbaridál! ¡Seis familias en la ruinal!

POTITO. Acaba pronto, niño.

JUAN DE DIOS. *Suspirando*. ¡Ay, ay, ay! ¿Tienes ahí un sigarro que no te sirva?

PEREGRÍN. Dos me quean: toma uno de los dos.

Llega Badana por la puerta del foro. Es el tercero, cantador de oficio y tan triste como los otros.

BADANA. Salú, señores.

POTITO. *Botando en el asiento*. ¡Camarál!

BADANA. ¿Desía usté argo?

POTITO. No era con usté. *A Angelillo*. Acaba ya, por lo que más quieras.

PEREGRÍN. Vienes pingueando.

BADANA. Como que este paraguas mío es espesía. En cuanto que prinsipia a yové, se le hincha er palo y no pué abrirse. *Se sienta con Juan de Dios y Peregrín, se abstrae, y dando golpecitos con el paraguas en el suelo empieza maquinalmente como a templarse para cantar.*

POTITO. *Aparte con Angelillo.* (Pero, oye, tú, ¿esto es una betunería o un tentaero e tuertos?)

ANGELILLO. ¡Jel Son amigos del amo.

POTITO. Y ¿a qué canastos vienen?

ANGELILLO. ¡A animá la tienda!

POTITO. ¡Camará! Y ¿qué es lo que hasen?

ANGELILLO. Pos el uno no hase na, y los otros le ayúan. Son gente e tablaos: cantaores y tocao-res. ¡Pero carcule usté quién va a yamarlos pa una juergal)

BADANA. *Cantando.*

Seis años de cárse,
cuatro de presidio,
cadena perpetua,
tres días en capiya,
el hipo e la muerte,
entierro pagao,
y luego a la mano der verdugo
tendré yo que entregarme...

POTITO. ¡Güen hombre!

BADANA. Badana me yamo.

POTITO. ¿Quié usté variá er *cante*, por su salú?

BADANA. Usté dispense. Esto lo hase uno sin darse cuenta e lo que hase. Se le viene a la boca una alegría, y la suerta como se le viene.

ANGELILLO. Servidó de usté.

POTITO. Gracias, hijo. Dios te lo pague.

Vuelve Baldomero por la puerta de la derecha.

BALDOMERO. ¡Cuarquiea da con eyos! ¡Hasta la Alamea Vieja he yegaol *A Potito*. Güenos días.

POTITO. Güenos días.

BALDOMERO. *A los tuertos*. Hola.

PEREGRÍN. Hola.

JUAN DE DIOS. Hola.

BADANA. Hola.

POTITO. Pos señó, he pisao mala yerba.

ANGELILLO. ¿Qué le pasa a usté?

POTITO. Que me he dejao er portamoneas en el otro terno. Ni un perro chico traigo ensima.

BALDOMERO. Por er servisio no lo sienta usté.

POTITO. Se agrade se la confiansa; pero es que nesesito dinero suerto. *Sacando de la cartera un billete*. ¿Tiene usté cambio e sinco duros?

BALDOMERO. *Levemente escamado*. ¿De... de sinco duros? Sabe usté que como es temprano, quisá no haya. *A los tuertos*. ¿Ustedes tienen cambio e sinco duros?

JUAN DE DIOS. También son ganas e gastá saliva, Bardomero. *Se pone a leer un periódico ilustrado*.

ANGELILLO. Traiga usté. Yo iré a cambiá en un periquete.

POTITO. Date prisa.

ANGELILLO. Ya estoy aquí. *Coge el billete y echa a correr por la puerta del foro.* (Donde estoy ya es viendo a mi novia.)

POTITO. *Mirando el reloj.* Tos son contratiempos. Se me ha hecho más tarde que la má.

BALDOMERO. Er niño gorverá en seguía.

POTITO. (¡De güen humó vi a encontrarme a aquéya!) Tomaré un chato mientras viene. *Se sienta ante uno de los veladores, lo más lejos posible de los tuertos.*

BALDOMERO. Pepa, un chato aquí.

Pepa se levanta y sirve a Potito.

JUAN DE DIOS. Los hay que son fieras. Un marío en Chipiona, que mata a su mujé y cuerga las tripas der barcón. Aquí en er diario viene er retrato e las tripas. ¡Qué decadensial

POTITO. (Pero ¡vaya unas conversaciones que saca er tío ésel)

PEREGRÍN. ¡Y toavía quién argunos que la pena de muerte se *abuelal* ¡Sí, sí!

JUAN DE DIOS. Aquí no hay sivilisación pa eso.

PEREGRÍN. Somos más *sanguíneos*.

BADANA. *Cantando otra vez.*

Ar sementerio me voy,
yo me voy ar sementerio,
yo ar sementerio me voy...

POTITO. (¡Camará, no veo la salía!)

BALDOMERO. Tú, Badana, vete ar simenterio si tienes gusto, pero no me cantes en la tienda.

BADANA. Dispensa, hijo. Es la *pajolera* afición.

POTITO. *A Pepa, aparte.* (Diga usté, güena mosa: ¿estos tres amigos frecuentan er locá?

PEPA. Más de lo que le conviene al amo.

POTITO. Eso creo yo; porque ensima e sé tuer-tos, que ar fin y ar cabo es una desgrasia, no son mu alegres que se diga.

PEPA. Caye usté, por Dios. Si yo pintara argo en la tienda...

POTITO. Pero ¿usté no pinta aquí na, presiosa?

Taburete empieza a agitarse. Baldomero, que está pendiente de el, se echa a temblar.

BALDOMERO. ¡Ayl...)

PEPA. No, señó. Ni aquí ni en parte alguna.

POTITO. Será porque no hay gusto en Seviya.

PEPA. Será por eso.

POTITO. Pos usté bien que lo demuestra pa vestirse.

BALDOMERO. ¡Ayl...)

POTITO. *Cogiéndole a Pepa los flecos del pañue-lo que tiene puesto.* Porque este pañolito es cosa fina.

TABURETE. *Alzando la voz.* ¡Las manos quietas!

BALDOMERO. ¡La jisimos!

POTITO. ¿Cómo?

TABURETE. ¡Las manos quietas!

POTITO. Hombre, yo creo que en cogé er fleco der pañolito, no hay ofensa pa nadie.

TABURETE. Es que der fleco se pué usté corré ar flaco.

POTITO. Le diré a usté, amigo: sé tratá con señoras.

TABURETE. Pos lo disimula usté más de lo que conviene.

POTITO. *Levantándose con resolución.* Oiga usté, que eso ya es hablá demasio. A mí a educación no me gana usté, ni toa la parentela de usté.

TABURETE. *Yendo hacia Potito como si fuera a merendárselo.* ¿No, verdá?

PEPA. ¡Por Dios, José María!

TABURETE. ¡Quítate de en mediol

BALDOMERO. ¡Pero, Taburete, por Dios!

TABURETE. ¿Queréis dejarme?

JUAN DE DIOS. ¡Ya está armá, ya está armál

TABURETE. ¿Me va usté a repetí lo que ha dicho?

POTITO. ¡Sí, señó; pero no va a sé aquí; porque a mí cuando quieo cogé un gálapago pa tirarlo ar poso, la gente me estorbal

TABURETE. ¡Mardito sea er café con lechel...

Hace como que va a sacar una navaja; Potito echa mano a una silla; Pepa grita incesantemente, y los demás se interponen entre aquellos y meten a empujones a Taburete por la puertecilla de escape.

POTITO. ¡Venga usté pa acá!

PEPA. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

BALDOMERO. Pero ¿qué va a sé esto?

PEREGRÍN. ¡Quieto ahí!

PEPA. ¡No te pierdas, José!

JUAN DE DIOS. ¡Vamos, hombre, vamos!

TABURETE. ¡Sortarme ya, que me coma a esa carcomanía!

POTITO. ¡Sortarlo, a vé qué hasel!

BALDOMERO. ¡Meterlo ahí, que no sarga más!
¡Joyín con el hombre!

TABURETE. ¡Ya nos veremos espasito!

POTITO. ¡Cuando usté quiera!

*Juan de Dios éntrase con Taburete por la puer-
tecilla.*

PEPA. ¡Ay, Jesús, no hay minuto seguro con él Y es que se siega er pobresito; es que se ensela hasta de un tirabusón que yo coja. ¡Ay! ¡ay!
Vase tras él.

POTITO. Pos si se ensela, que se quée en su casa metío. ¡Mía también la mujél A Baldomero. ¿Usté es el amo der negocio?

BALDOMERO. Por desgrasia, amigo.

POTITO. ¡Sí que tiene usté aquí una lotería!
¡Está esto yeno de alisientes!—¿Y el arrastrao der niño, qué hasel?

Impaciente se asoma a una y otra puerta. Llueve con verdadera furia.

Sale de nuevo Juan de Dios a completar el cuadro.

JUAN DE DIOS. Bardomero, esto no pué sé.

PEREGRÍN. No pué sé.

BADANA. No pué sé.

BALDOMERO. *Desesperado.* ¡Que no pué sé, ya lo sé yo! Pero ¿qué queréis que le haga?

JUAN DE DIOS. Bien te lo arvertí: no yeves mujeres a la tienda, que las mujeres no dan más e dijustos.

PEREGRÍN. Empesando por la propia.

Por la calle del foro pasan dos o tres personas sin paraguas, corriendo.

POTITO. ¡Ése, por lo visto, se ha yegao a Francia a cambiál

BALDOMERO. ¡Mala puñalá le den ar niño!

POTITO. ¡Y no yuevel! ¡Se me va a orvidá a mí esta mañanital! ¡Más nervioso estoy que er rabo de un perrol

BALDOMERO. Hombre, Badana, ¿quiés alargarte hasta el estanco a vé si ves a ese *pajolero*, y lo echas pa acá de un puntapié?

BADANA. ¡Sí, hombre; ya lo creol! ¡No fartaba más!

Se va por la puerta del foro cantando.

Cuando le hisieron la autosia,
cuando la autosia le hisieron...

JUAN DE DIOS. Escucha, Bardomero. Harme caso una vez siquiera, ¡corchol! Si no quiés arrui-

narte, despide a esa mujé, y tráete aquí a un hombre e chispa, a un hombre e pico, a un hombre e simpatías; tráete a un Curro Meloja, y a la semana lo vas a 'notá, o me corto yo la cabeza.

BALDOMERO. ¿Un Curro Meloja? ¿Quién es Curro Meloja?

JUAN DE DIOS. *Asombrado.* ¡Corchol! ¿No conoses tú a Curro Meloja? Oye, tú, Peregrín: no conose a Curro Meloja.

PEREGRÍN. ¿Que no conoses a Curro Meloja? ¡Sí, hombre! ¿Quién es Curro Meloja?

JUAN DE DIOS. ¡El hijo de Paco Meloja!

PEREGRÍN. ¡Er casao con Rosa la Bonital

JUAN DE DIOS. ¡Señó, Curro Meloja! ¡Si en Seviya lo saludan hasta los gatos!

PEREGRÍN. ¡Digol! ¡Curro Meloja!

JUAN DE DIOS. ¡Josú! ¡Curro Meloja!

BALDOMERO. Pos señó, siento en el arma no conosé a Curro Meloja.

PEREGRÍN. ¿A que aquí el amigo lo conose?

POTITO. ¿Eh?

PEREGRÍN. ¿No conose usté a Curro Meloja?

POTITO. ¡Yo estoy ya que no conozco ni a mi padrel

JUAN DE DIOS. Pos güeno: Curro Meloja es un hombre que está sembrao.

PEREGRÍN. De los castisos, ¿sabes? ¡De los nuestros!

JUAN DE DIOS. Ahí en er Baratiyo va a tomá

dos copas toas las tardes a una tienda, y hay bofetás por entrá en la tienda.

BALDOMERO. ¡Que venga aquí ese hombre en seguía!

JUAN DE DIOS. Es un *gacholi* que se pone a contá cuentos y te tumbas e risa; que pasa una mujé por la caye y le dise un piropo, y güerve la cara la mujé pa darle las gracias; que coge la guitarra y es menesté comérsele; que se pone a cantá, y se quea solo. Ese es Curro Meloja.

PEREGRÍN. ¿Tú sabes dónde va por las mañanas? A la tonelería der Bizco.

JUAN DE DIOS. ¿Quiés que me yegue en cuatro sartos y lo traiga?

BALDOMERO. Pos ¿no he de queré? ¡Si ese hombre debe de sé pa los parroquianos un papé de esos pa las moscas! ¡Yégate corriendo por él!

JUAN DE DIOS. Pa luego es tarde.

PEREGRÍN. Coge mi paraguas.

JUAN DE DIOS. ¡El agua no mojal! *Vase a escape por la puerta del foro.*

POTITO. Pero oiga usté, amigo: ¿no será cosa que er niño haya hecho un viaje con mi biyete?

BALDOMERO. No, señó, no; por ese lao, no: er chiquiyo es de confiansa. ¡Rejoyín, qué sombra la mía! Peregrín, hombre, sar tú también a vé si das con Angeliyo.

POTITO. Y si no encuentra cambio, que traiga er biyete. La cuestión es que puea yo irme pron-

to de esta tienda, pa recomendársela en seguía a todos los amigos.

PEREGRÍN. Ayá voy. *Coge su paraguas y se va también por la puerta del foro.*

POTITO. ¡Camarál! ¿Quié usté darme una poca de agua e Sé, que se me han regüerto las tripas? *Se sienta ante un velador.*

BALDOMERO. Sí, señó. Ahora mismo. *Trata de servirlo con la mayor solicitud, pero coge un sifón de agua de Seltz que no funciona normalmente.*

POTITO. ¡De hacharao he roto a sudál!

BALDOMERO. ¿Qué jinojo le pasa a esto, que no tira?

POTITO. ¿También se ha descompuesto er sifón?

BALDOMERO. ¡También! ¡Miste qué grasial! Va a sé menesté dí por otro. *Al decir esto salta un chorro de agua que pone a Potito como nuevo.*

POTITO. ¡Me caso con la má! ¿Por qué no me echa usté el agua ensima?

BALDOMERO. Ha sío sin queré... Usté perdone...

POTITO. ¡Digo! ¡Y estrenando vestío! ¡Hoy me dan a mí las viruelas!

Llega Angelillo por la puerta de la derecha, jadeante, sudoroso y mojado.

ANGELILLO. Aquí estoy yo ya.

POTITO. ¡Hombre, gracias a Dios! ¡Eres pintao pa una casa e socorro!

BALDOMERO. Ahora te ajustaré yo las cuentas, granuja.

ANGELILLO. Mi amo, si es que no había cambio en ningún sitio. He corrió más que er tío e la lista.

POTITO. ¿Quiés darme er dinero?

ANGELILLO. Sí, señó; tome usté. *De la faja va sacando uno tras otro hasta cinco paquetes de otros tantos duros en calderilla. Potito, al ver la faena, llega al rojo.* Uno, dos, tres, cuatro y sinco.

POTITO. Pero ¿los traes en cuartos, animá?

ANGELILLO. ¡No he encontrao otra cosal

POTITO. ¡Hay pa cogerlo, ¿sabe usté? y haserlo astiyas *pajoleras!* ¿A qué huele esto?

ANGELILLO. Será a pescao; porque he cambiao en la pescadería.

POTITO. ¿Le paese a usté? Y ¿dónde me guardo yo tanto paquete, que no haga feo? ¡Por supuesto, mañana viene aquí mi cuadriya y le mete fuego a la tienda! *Se va disparado por la puerta de la derecha.*

BALDOMERO. Grandísimo ladrón, ¿tú también vas en contra mía? ¿Qué has hecho?

ANGELILLO. ¡Ganarme dos reales en er cambio e los sinco duros! ¡Lo que no se gana usté aquí en tres meses!

BALDOMERO. ¿Tú le has cobrao er servicio e las botas?

ANGELILLO. Yo, no. ¿Y usté?

BALDOMERO. ¡Tampoco! ¡Ni er chato que se ha tomao después!

ANGELILLO. ¡Pos ha sío un negocio mu bonito!

Vuelve a salir el sol.

Asómase la Sorda a la puerta del foro.

SORDA. Bardomero.

BALDOMERO. ¿Otra vez?

SORDA. ¿Tú no esperabas un barrí de vino?

BALDOMERO. ¡Sí!

SORDA. ¿De mansaniya?

BALDOMERO. ¡Sí!

SORDA. ¿De Sanlúcar?

BALDOMERO. ¡Sí!

SORDA. ¿Que sí?

BALDOMERO. ¡Que sí!

SORDA. ¿Ha díó por é a la estación Antonio er carrero?

BALDOMERO. ¡Sí!

SORDA. ¿Que sí?

BALDOMERO. ¡Que sí!

SORDA. ¡Pos se le ha roto ar carro una ruela, se ha caío er barrí, se ha defondao, y está toa la caye regá de vino!

BALDOMERO. ¡Rejinojo! *Da una patada y pisa a Angelillo.*

ANGELILLO. ¡Ay!

BALDOMERO. ¡Hombre, echa una caja e fósforos en un vaso e agua, que me los vi a tomá en cuanto güerval! *Vase por la puerta del foro, despa-vorido.*

SORDA. ¡Mía que tiene una pata tu amo!

ANGELILLO. *Aludiendo al pisotón.* Regulá la tiene, comadre.

SORDA. *Yéndose pregonando.* ¿A quién le doy la suerte? ¡Er catorse mí... quinientos veintisincol ¡De dose reales!

ANGELILLO. ¡Josúl! ¡Cuando se van de aquí los tuertos, y la Sorda, y el amo, y Taburete, ¡Josúl paese que se respira! ¡Josúl! ¡Jasta er só ha salío! *Se asoma a la puerta de la derecha.* ¡Y mi novia en la esquinal *Llamándola.* ¡Leonoriya! Pues vení sin cuidao!

Llega Leonor.

Música

ANGELILLO.

Ven aquí, claveyina,
ven acá, pimpoyito.

LEONOR.

¿Y mi padre?

ANGELILLO.

¡Salió tragando quinal
¡La tienda lo trae frito!

LEONOR.

Tiene suerte malina
mi papá er pobresito.

—
ANGELILLO.

No te apures por tu papá,
que yo, niña, lo sarvaré;

yo soy hombre capá,
mientras viva con tu queré,
de yevá la Puerta Reá
donde está la Puerta e Jeré.

LEONOR.

El arcade se va a oponé
a ese cambio tan radicá;
pero es cosa de vé
que solito por mí na má,
donde está la Puerta e Jeré
yeves tú la Puerta Reá.

ANGELILLO.

¡Eso es poco!

LEONOR.

¿Poco?

ANGELILLO.

¡Poco!

¡Es una bicocal

LEONOR.

¡Chiquiyo, me güerves local

ANGELILLO.

¡Yo sí que estoy local

En la cabesita
de un arfilerito,
jago yo un cuartito
mu chiquerretito,
pa que vivas tú.

LEONOR.

¡Josú!

ANGELILLO. *Furando.*

¡Va por tu salú!

LEONOR.

Pos en la puntita
de ese arfilerito,
te hago yo un laíto
mu apañaíto,
donde quepas tú.

ANGELILLO.

¡Josú!

LEONOR. *Furando.*

¡Va por tu salú!

—

ANGELILLO. *Tirándole besos.*

¡Ten pa til

LEONOR.

¡Vengan pa acá!

ANGELILLO.

¿Y pa mí?

LEONOR.

¡Pa ti no hay nal
Tomando yo los tuyos, gñeno está.

—

ANGELILLO.

¿Y si te cogiera?

LEONOR.

¡Qué me has de cogé!

ANGELILLO.

¡Vamos a probarlo?

LEONOR.

¡Anda y prueba a vél

Fuegan corriendo por la escena.

ANGELILLO.

¡Moreniya!

LEONOR.

¡Moreniyol

ANGELILLO.

¡Corre, corre, corre, corre, que te piyo!

LEONOR.

¡Corro, corro, corro, corro, que me piyal

ANGELILLO.

¡Que te cojo, Leonoriya!

LEONOR.

¡Que me coges, Angeliyol

ANGELILLO.

¡Que te piyo, que te piyol

LEONOR.

¡Que me piya, que me piyal

¡Ay, Angeliyol

ANGELILLO.

¡Ay, Leonoriya!

LEONOR.

¡Ay, gitaniyol

ANGELILLO.

¡Ay, gitaniya!

LEONOR.

¡Déjame, que ya estoy cansáiyal

ANGELILLO.

¡Yo también estoy ya cansáiyol

LEONOR.

¡Vaya un modo de corrél
Si nos viera mi papá,
con er genio de é,
¡la que me iba a echál
¡lo que me iba a hasél
¡la que se iba a armál

Yo me doy ya por vensía,
y me entrego de una vé,
que es mejó que tú me cojas,
antes que nos coja é.

ANGELILLO. *Abrazándola de pronto.*

¡Te piyé!

Cesa la música.

¡Las ganas que tenía yo, Leonoriya, de que pasáramos los dos un rato solos!

LEONOR. Pos ¿y yo, Angeliyo? ¿Hay na mejó que verse así, serquita, serquita, y solitas, solitas, dos personas que se quieren tanto?

ANGELILLO. Ven acá: arrímate a mí, que no te yeno de betún. Siéntate aquí conmigo.

Se sientan juntos, ella en una silla y él en el suelo, cerca de la tarima del limpiabotas.

LEONOR. Aquí me tienes. Dime, Angeliyo: ¿cómo va er negocio?

ANGELILLO. ¡De cabesa!

LEONOR. ¿De cabesa, eh? Como to lo que emprende er pobresito de mi papá. ¡No le ha salío bien más que una cosa en esta víal!

ANGELILLO. ¡Una cosa na más! ¡Conformes!

LEONOR. La primera tienda de ansuelos y lombrises.

ANGELILLO. Entonces le han salío bien dos cosas: la tienda e los ansuelos y tú. Lampando estoy yo porque tu padre se desespera der negocio—que ya le farta un pelo—pa ponerme delante de é y desirle: «Señó Bardomero, de argo le ha de serví a usté tené esa hija tan serrana. Aquí hay un hombre.»

LEONOR. ¡Ay, qué alegría, Angeliyo! Porque yo sufro mucho de verlo ar pobresito mío peleá con su sino perro pa sacá la casa adelante. Hora es ya de que descanse er pobresito. De cuatro garbansos que tengamos nosotros, uno será pa mi madre y otro pa é. En la seguridá de que si arguno es negro, le toca er negro ar pobresito mío.

ANGELILLO. Pero ¿qué hablas ahí de cuatro garbansos? ¿Tú crees que no vamos a salí de pobres nosotros? ¡Pos no tengo yo muchos inventos en la cabesa! Arguno petará. Yo no me paso

la vía de betunero. ¡Pa eso tenía yo que no haberte conosío a til Desde que tú me has mirao con esas dos cajas e betún que tienes por ojos, me ha entrao una hormiguiya de sé rico y de valé argo, que ya verás cómo va a pará en bien.

LEONOR. ¿Será la tienda nuestra?

ANGELILLO. ¡Dalo por seguro! ¡Y la muaremos de sitio, y la pintaremos de coló de rosa, y le cambiaremos er nombre, y le prohibiremos la entrá a tu padre, y le pondré yo un ventiladó que cante tangos, que ér solito va a yamá ar público!

LEONOR. Y eso ¿será pronto, Angeliyo?

ANGELILLO. ¡Cuando menos se piense! Porque te prevengo que ca vez que Taburete arma aquí una gresca, o que los tuertos prinsipian a dá malas notisias y no acaban, me jasen a mí asín las tripas y me entran ganas de pelea.

LEONOR. Pero ¡qué güeno eres! ¿No te vi a queré?

ANGELILLO. ¿Te parezco yo mu güeno, Leonoriya?

LEONOR. Mu retegüeno, y mu formá, y mu desente.

ANGELILLO. Demasiao desente: porque yevamos juntos un cuarto de hora, y no te he cogío ni un peyizco.

LEONOR. *Con ganas del pellizco.* Hombre...

ANGELILLO. ¿Qué?

LEONOR. Si no es más que un peyizco...

ANGELILLO. ¡Un peyizco na más!

LEONOR. Ea... pos anda...

ANGELILLO. Lo malo es que como tengo los deos un poquiyo susios, será mejó que te lo coja con los dientes.

LEONOR. Pero eso ya no es un peyizco: eso es otra cosa más grave...

ANGELILLO. ¡Sin apretá, no es grave!

LEONOR. ¿No es grave?...

Llega en esto el Forastero otra vez, por la puerta del foro.

FORASTERO. A la paz e Dios.

Angelillo y Leonor, que estaban tan acaramelados, se asustan y reniegan de él.

ANGELILLO. (¡Mardita sea tu estampal)

LEONOR. (¡Mía qué oportuno!)

FORASTERO. (¡Hombre, me he colao en la misma tienda de antes! Y es que tiene dos puertas. Menos mar que no está aquí aquer guapo.) *Se sienta ante un velador y toca las palmas. Angelillo no le hace caso. Vuelve a tocar las palmas.*

ANGELILLO. *Levantándose y yéndose a él con mal modo.* ¿Qué se le ofrese a usté?

FORASTERO. *Algo desconcertado.* Yo quisiera un chatito e montiya. Pero por las güenas... Cuestiones, no.

ANGELILLO. ¿Un chatito e montiya?

FORASTERO. ¿No hay montiya?

ANGELILLO. Le diré a usté: hay montiya, pero francamente, no es un montiya recomendable.

¿Sabe usted dónde tienen un montiya pa chuparse los deos e gusto? *Llevándolo a la puerta del foro.* Aquí ar regorvé de la equina ésta.

FORASTERO. Muchas gracias, amigo. Me limpiaré las botas, ya que estoy aquí.

ANGELILLO. Esas botas están limpias, señó.

FORASTERO. *Un poco perplejo.* ¿Están limpias?

ANGELILLO. Y con er día de yuvia que jase, es ganas e gastá dinero en limpiarse las botas.

FORASTERO. También es verdá. (En mi vía me ha pasao na por el estilo. ¡Compadre, qué Seviya éstal)

Vase por la puerta del foro, dejándose olvidado el paraguas.

ANGELILLO. ¿Habrá tío mal ánge? ¡Pacse que había elegío er momento pa entrál

LEONOR. *Viendo venir a Baldomero.* ¡María Santísima!

ANGELILLO. ¿Qué?

LEONOR. ¡Esto sí que es peól! ¡Mi padrel

ANGELILLO. ¡Nos caímos!

Por la puerta del foro vuelve el desventurado Baldomero. Leonor se pone tras el mostrador a hacer que hace algo.

BALDOMERO. ¡Mardita sean las asitunas sapa-terras! Oye, ¿quién era ese que salía?

ANGELILLO. Uno...

BALDOMERO. ¡Eso ya lo he visto! ¿Ha bebío argo?

ANGELILLO. No, señó... Pa mí que es de la polisía.

LEONOR. (¡Qué liosol)

ANGELILLO. Ya sabe usté lo que quíe esa gente.

BALDOMERO. ¡De memorial

ANGELILLO. (Se la tragó.)

BALDOMERO. Aquí paese que güerve.

LEONOR. (¡Josúl)

Vuelve el Forastero por su paraguas.

FORASTERO. Con permiso: se me orvidó er paraguas.

BALDOMERO. *Dándoselo con solicitud.* ¿Es éste?

FORASTERO. Sí, señó: muchas gracias.

BALDOMERO. No hay de qué. Yo soy el amo de la tienda. *Poniéndole misteriosamente un duro en la mano.* Tome usté pa unas copas.

FORASTERO. *Sorprendidísimo.* ¡Hombre!

BALDOMERO. ¡Hágame usté er favól

FORASTERO. Pero, ¡hombre!

BALDOMERO. ¡Señó, pa unas copas! *Dándole vueltas sin dejarlo hablar, lo empuja hacia la puerta del foro.*

FORASTERO. ¿A santo de qué?

BALDOMERO. ¡Bébaselas usté a mi salúl

FORASTERO. Es que...

BALDOMERO. ¡Es que no se habla más der particular! ¡Vaya usté con Dios!

FORASTERO. Pero...

BALDOMERO. ¡Vaya usté con Dios! *Desaparece*

el Forastero. Angelillo y Leonor han presenciado la escena muertos de risa. ¿Digo, eh? ¿Conozco yo a esos tíos?

ANGELILLO. ¡A la legua!

BALDOMERO. ¡Y hasía como que no lo tomaba! *De repente.* ¡Me caso con la torre'el Oro!

ANGELILLO. ¿Qué?

•LEONOR. ¿Qué?

BALDOMERO. ¡Que le he dao er duro de los estudiantes! En cuantito vea que es de plomo, se cree que es pitorreo y me va a bardá de una murta. ¿Es pata o no es pata? *A Leonor.* Y tú ¿por qué estás en la tienda?

LEONOR. Porque... mamá me dijo... me dijo, dise: «Yégate ayá en un sarto... y que papá te dé dinero pa comprá dos varas de tela que nese-sito.»

BALDOMERO. ¿Sí, eh? Pos dile a tu madre que con una *vara* hay bastante... y que yo la yevaré esta noche... y que habrá *tela* pa las dos. ¡Arsa pa casa ya, que estás tú mu sacá de quisiol!

LEONOR. No se enfade usté conmigo, papá; que no he hecho na malo... toavía.

BALDOMERO. ¿No oyes que te vayas?

LEONOR. Ya me voy. ¡l'or qué no inventas tú una cosa contra er mar genio?

BALDOMERO. ¡Verás!

Vase Leonor corriendo por la puerta del foro.

ANGELILLO. ¡Más bonita es que un puesto e flores!

BALDOMERO. *Lleno de aflicción.* Angeliyo, estoy a dos deos de tirarme ar Guadarquiví por el arco de en medio. ¡Cuatro arrobas de mansaniya perdías! No yoro... porque disen que los hombres no yoran; no por farta e ganas.

ANGELILLO. ¡Vaya por Dios, mi amo; vaya por Dios!

Sale Taburete por la puertecilla de escape, coge su paraguas y se encamina a la del foro.

TABURETE. Hasta luego.

BALDOMERO. Hasta luego.

ANGELILLO. Hasta luego.

TABURETE. *Deteniéndose un punto.* ¡Ahl Si viniera Antonio er gitano preguntando por mí, que se aguarde.

BALDOMERO. Pero ¿va a vení a mi casa ese hombre?

TABURETE. Anda disiendo por ahí que tiene ganas e matarme, y yo le he mandao cuatro letras disiéndole que aquí lo espero.

BALDOMERO. ¡También lo ha podío usté sitá en la Cruz der Campo!

TABURETE. No se me ocurrió. Con ésa no cuente usté hoy. Desde la pendensia de antes, metió la cabeza debajo'un corchón, y no la saca. *Hestérica* perdía.

BALDOMERO. ¿Qué es eso de *hestérica*?

TABURETE. ¡Que no hay quien la aguante! *Se va por la puerta del foro.*

BALDOMERO. ¡Pos *hesterico* estás tú desde que nasiste, ladrón!

ANGELILLO. ¡Asín trompiese en er primer aduquín levantaos y se esbarate ayí la cara más e lo que la tienel

CHIQUILLO 1.º *Asomándose a la puerta de la derecha y chillando.* ¡Bardomero!... ¡Mucha tienda y poco dinero!

BALDOMERO. ¡Verás si te cojol

El Chiquillo echa a correr y desaparece. Por el hueco del cristal de la puerta del foro asoma la cabeza otro, rompiendo el papel.

CHIQUILLO 2.º ¡Bardomeriyol... ¡Mucha tienda y poco borsiyol

BALDOMERO. ¡Mardito sea tu padre!

El Chiquillo huye. Se ve correr a tres o cuatro más, que le chillan a Baldomero.

ANGELILLO. ¡Qué grasiosos están los niños!

BALDOMERO. Acuérdate que le avise ar cristalero, porque han dao en la grasia de meté la cabeza por er papelito.

CHIQUILLO 1.º *Dentro.* ¡Bardomero Castañas!...

CHIQUILLO 2.º ¡En er cajón tiene telarañas!... *Nuevos gritos y carreras de los Chiquillos.*

BALDOMERO. ¿Tú oyes? ¡Es er cormo ya! ¡Hasta los chiquiyos sacan cosas con mi mala sombra!

Preséntase Badana alborozado por la puerta del foro y se va en seguida.

BADANA. Oye, tú.

BALDOMERO. ¿Qué quieres?

BADANA. ¡Ahí viene Juan de Dios con Curro Melojal

ANGELILLO. ¿Con Curro Melojal?

BALDOMERO. Sí; si vienen pa acá.

BADANA. ¡Ese hombre sí que te conviene en la tienda! ¡Voy a saludarlo!

BALDOMERO. ¡Señó, que sea mi providencia Curro Meloja; que me sarve; que me anime el establecimiento; que ya me duele el arma judía de verme perseguido por la mala estreyal

Vuelve Peregrín por la puerta de la derecha, no menos alborozado que Badana.

PEREGRÍN. ¡Ya tienes ahí a Curro Melojal

BALDOMERO. ¡Me alegro!

PEREGRÍN. ¡Y lo que te alegrarás!

ANGELILLO. ¡Argunas ganas tengo yo de conosé a ese hombre! ¡Dise to er mundo que es un chorro e grasial

BALDOMERO. ¡Ojalá lo sea de güena sombra pa mí!

PEREGRÍN. Aquí está ya.

Por la puerta del foro, que Angelillo ha abierto previamente de par en par, entre Juan de Dios y Badana, llega el anhelado y famoso Curro Meloja. No hay más que verlo para comprender que la leyenda que lo envuelve carece de base. Hay reputaciones injustas.

BALDOMERO. ¡Adelante, señores!

CURRO. *Empezando a desplegar su repertorio.*
¡Saluquú!

Es de advertir que hasta los buenos días los da como si dijera una gracia, y que él celebra con su risa primero que nadie todo cuanto dice. Está satisfecho de su ingenio. Sus amigos y admiradores, los tres tuertos, repiten también en son de elogio todas sus frases y se rien a perecer con ellas.

BALDOMERO. Güenos días.

CURRO. ¿Cómo está usted, amigo?

BALDOMERO. Pa servirlo a usted.

JUAN DE DIOS. Aquí er compadre Baldomero, ¿te enteras, Curro? tenía ganas el hombre de tomá contigo una copa.

BALDOMERO. Sí, señó.

CURRO. Juaniyo, una copa se toma pa hasé un juego e manos. ¿Qué menos vamos a tomá que una *dosenibilis*?

JUAN DE DIOS. *A Baldomero.* (¿Has estao en er timo? ¡Una *dosenibilis*! Tú déjalo a é. Porque es un hombre a quien no se le pué desí: «Haga usted una *grasia*».)

BALDOMERO. *A Juan de Dios.* Ya comprendo que no es ningún perro amaestao.) ¡Pero, caba-yeros, sentarse! Vi yo a dí preparando esas copas.

En efecto, va a ello. Todos los ojos, que son pocos y nones, están fijos en el héroe de la jornada, de quien se espera mucho y bueno. Por la puertecilla de escape sale en esto Pepa la Garbosa, con un mantoncillo al brazo, que deja sobre una silla al salir.

PEPA. Güenos días.

CURRO. Güenos días. *A Peregrín.* ¿Quién es esta morucha?

PEREGRÍN. Pepa la Garbosa: ¿no la conoses? Cuñá de Bardomero.

CURRO. *Contemplándola con admiración.* ¡Vaya cardol!

PEREGRÍN. Ven acá, Pepiya. Este es Curro Meloja.

PEPA. Mucho gusto de conoserlo.

CURRO. Yo no le digo a usté na, porque me ha cortao usté er *resortibilis*.

JUAN DE DIOS. Oye, Pepiya. Trae pa acá tu guitarra, que pué que no estorbe.

PEREGRÍN. Pué que no.

PEPA. ¿Mi guitarra? Me lo ha prohibió Taburete, pero, en fin... *Vase por la puertecilla otra vez.*

CURRO. *Mirándola andar.* ¡Vaya calól! Pero que ¡vaya calól!

Por la calle del foro pasan dos o tres muchachas, acompañada de su novio alguna.

JUAN DE DIOS. Tú siempre serrando los ojos delante e las mujeres.

PEREGRÍN. Por aquí pasan ahora algunas mu serranas. *A Juan de Dios.* (¿vé si lo oímos.)

BALDOMERO. Las operarias de ahí abajo. Dos o tres hay que valen er dinero.

CURRO. ¿Quién se quea sin mirarlas entonses?

JUAN DE DIOS. ¡Por argo ha salío er só!

Se acerca Curro a la puerta del foro. Pasan diversas muchachas de mantón, solas unas, otras en parejas o en grupos de tres, y a cuantas pasan les dedica una frase el festejado. Los tuertos ríen a mandíbula batiente, como ya se ha dicho, y repiten entusiasmados las frases.

JUAN DE DIOS. *Guiñándole a Baldomero.* ¡Ahora verás canelal!

CURRO. *A una mocita.* ¡Vaya cardol!

JUAN DE DIOS. ¡Vaya cardo, disel!

CURRO. *A otra.* ¡Vaya cardol! *A otras.* ¡Vaya calól!

ANGELILLO. *Desde la puerta de la derecha.* ¡Por aquí también pasan argunas!

CURRO. *Acudiendo allá presuroso.* No se pué está en toas partes, amigo.

ANGELILLO. Míste ésa.

CURRO. *Viéndola venir.* ¡Vaya cardol! ¡Vaya cardol! *Al paso de la mujer.* ¡Vaya calól!

JUAN DE DIOS. *Desde el foro.* ¡Curriyol!

CURRO. ¡Me yamo! *Se une a su panegirista, y apenas llega, le dice de nuevo a otra oficiala:* ¡Vaya cardol!

Baldomero deja mientras sobre un velador una botella de manzanilla y una bandeja de copas, que llena del liquido precioso. Angelillo se le acerca a abrirle su pecho.

ANGELILLO. (¿No le paese a usté mucho cardo, señó Bardomero?

BALDOMERO. Y mucho caló. ¡Como que va a herví er cardol!

CURRO. *A las que van pasando por la puerta.*
¡Lo pequeño! ¡Lo fino!

ANGELILLO. ¡Lo gordo!

CURRO. ¿Eh?

ANGELILLO. ¿No es gorda ésa?

CURRO. Niño, tienes tú que comé toavía muchas migas pa arterná con *mangue*.

PEPA. *Saliendo.* Aquí está la guitarra.

CURRO. ¡Vaya cardol!

BALDOMERO. ¡Y aquí están las copas muertas e risal!

ANGELILLO. (¡No será de lo que dise Curro Melojal!)

PEREGRÍN. Siéntate, Curriyo. Vamos a armá una mijita e juerga.

CURRO. Vamos a armarla. A eso estamos.

BALDOMERO. *Ofreciéndole una copa.* Tome usté, amigo.

CURRO. Se estima. *Se la bebe de un trago, tapa con la mano la copa vacía y luego mete en ella la nariz.*

BALDOMERO. ¿Le gusta?

CURRO. *Sipi.*

BALDOMERO. ¿Cómo?

CURRO. ¡Que *sipi*, hombre, que *sipi*!

BALDOMERO. ¡Ah, *sipi*! Lo desía porque si no, le sirvo otra marca.

CURRO. *Nopi.*

BALDOMERO. ¿Nopi? Yo creo que es una mansiyita que se deja bebé.

CURRO. ¡Naturacal

Baldomero, a cada palabra de Curro Meloja y ante las risas de los tuertos, mira consternado a Angelillo, dándole a entender que no le encuentra el chiste por ninguna parte al tan celebrado gracioso.

JUAN DE DIOS. ¿Tú no bebes, Pepa?

PEPA. Yo, no. Me lo ha prohibió Taburete.

CURRO. Y ¿qué es eso?

PEPA. Mi novio.

CURRO. ¿Tiene usted novio, hija?

BALDOMERO. Un cachiyo.

CURRO. Pero cantará usted cualquier filigrana.

PEPA. También me lo tiene prohibió.

CURRO. ¡Várgame Dios! ¿Es un bando ese hombre?

Gran carcajada de los tuertos.

JUAN DE DIOS. ¡Ha estao sélebrel *A Baldomero.* ¡Tú déjalo a él

BALDOMERO. *A Juan de Dios.* ¡Si yo lo dejol ¡Ya se ha tomao tres copas!

CURRO. Ea, pos ayá voy yo, niña, pa meterla a usted en *fatiguirris.* *A Juan de Dios.* Téplate por lo mío.

JUAN DE DIOS. Vamos ayá.

PEPA. Vamos a vé.

BADANA. Vamos a vé.

PEREGRÍN. Vamos a vé, vamos a vé.

ANGELILLO. ¡Vamos a vél

BADANA. Sar por esa copla que a mí me gusta tanto:

Er verduguito apretó,
mi padre sacó la lengua,
mi madre se impresionó.

CURRO. Eso es mu triste. ¡Ya veremos por dónde pitol

PEREGRÍN. ¡Venga, vengal

Música

Principia a entonarse Curro Meloja.

CURRO. Au, au, au, au...

BADANA. ¡Ole!

JUAN DE DIOS. ¡Mi niño!

CURRO. ¡Ole la *voluntaca*, y na más que la *voluntacal* Au, au, au, au...

BALDOMERO. *Maquinalmente.* ¡Vaya cardo!

PEREGRÍN. Pero ¡que mu güenol

CURRO. *Arrancándose al fin, como si la u estuviese más barata y fuese más graciosa que las otras vocales.*

Lau grausiau deu lau persounau
nou seu mideu por audarmeus,
queu seu mideu por arroubaus.

Los tres tuertos estallan en exclamaciones de entusiasmo, desconociendo sin duda que, además de la u, hay cuatro vocales.

BALDOMERO. *A Angelillo.* (¿Qué te parese a ti, Angeliyo?

ANGELILLO. *A Baldomero.* Que er der padrón de los perros está aquí mañana.)

PEREGRÍN ¡Vamos a otra, a otra!

BADANA. ¡A la grandel

CURRO. Va por usté, niña.

PEPA. Venga ya.

CURRO.

Tantou teu quieureu, mujeu,
que anteus deu verteu con outrou
maulau puñaulau te deun.

Se reproduce el entusiasmo de los tuertos.

PEPA. Mu bien cantao está eso, señó.

ANGELILLO. *Aparte con Baldomero, como antes.*
(¿Qué ha dicho de *tedeun*?

BALDOMERO. ¡Cuarquier cosa! Pa mí que Juan de Dios está en lo firme.

ANGELILLO. ¿Por qué?

BALDOMERO. Porque dise que éste se quea solo cantando.)

CURRO. Y a usté, persona e mérito, ¿no le vamos a vé la gracia?

PEPA. ¡Ay, si supiera usté er miero que tengo! Tanto miero como ganas e cantá.

JUAN DE DIOS. Por una vez ¿quién va a saberlo, mujé?

CURRO. Vamos, vamos ayá.

PEPA. Vaya que sea. ¿Qué canto, Juan de Dios?

JUAN DE DIOS. «Si te di lo que más vale.» ¡Lo tuyo!

PEPA. Güeno.

Si te di lo que más vale,
¿qué pueo ya contra ti,
que no quisiera quererte
y te quiero más que a mí?
Moreniyo mío,
vete de mi vera,
que vi a escribirte una carta
en que te pío que vengas.

Oles y aclamaciones generales.

CURRO. ¡Sircustansias ahil

PEREGRÍN. Anda, Pepiya, otra; no te enfríes.

PEPA.

Como sé que me orviaste
por una mala *gachí*,
me está quemando la boca
aquer beso que te di.

Anda y que te prendan,
vete de mi lao,
y mándame cuarquier día
mi delantá colorao.

*Se repiten las aclamaciones y cesa la música.
Momentos antes se ha presentado Taburete por la
puerta del foro, sin ser visto.*

TABURETE. Dando un paraguazo en el suelo.
¿Conque de juerguesita, eh?

PEPA. *Sobrecogida.* ¡José Maríal

BALDOMERO. ¡Güeno val

ANGELILLO. ¡Taburetel

CURRO. ¿Éste es Taburete?

TABURETE. Yo soy Taburete, sí, señó. *A Pepa.* ¿Se pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

CURRO. *Interviniendo amistosamente, seguro de su labia.* Comparito, usté se ha equivocao, y usté dispense. A lo mejó pierde uno er *caletribilis*. Aquí no somos más que unos amigos que están tomando cuatro copas, y usté va a sé uno de ojos, y me va a asertá a mí esta copa que yo le doy.

PEREGRÍN. ¡Mu bien, mu bien!

JUAN DE DIOS. *A Baldomero.* (¡No hay otro pa arreglá cuestiones!)

TABURETE. *Después de aceptar la copa y de bebersela, sin palabras, da las gracias con un ademán y repite:* ¿Se pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

BALDOMERO. ¡Jinojol

CURRO. ¡Vamos, hombre, vamos; que no se digal! Aquí tos somos unos, y aquí lo que hay son güenos deseos, y no hay más que hablá, y usté se va a tomá ahora mismo otra *copirri*, porque con un pie solo no se anda. ¿Es verdá, comparito?

JUAN DE DIOS. (¡No hay otro pa arreglá cuestiones!)

TABURETE. *Se echa al cuerpo solemnemente la segunda copa, y vuelve a preguntar:* ¿Se pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

ANGELILLO. *Estallando.* ¡Yo he sío!

TABURETE. ¿Cómo?

Movimiento general de sorpresa.

ANGELILLO. ¡Aquí no hay más sinvergüesa que usté, que se está bebiendo la boteya y no jase las pases! ¡Se acabó!

TABURETE. ¡Niño!

ANGELILLO. ¡Hombre!

PEPA. ¡Por Dios, José María!

TABURETE. ¿Tú no te has visto nunca la nuez en la parma e la mano?

ANGELILLO. ¡No, señó, y no saque usté la navaja, porque no le jase usté sangre a una fresa! ¡Yo soy quien le ha pedío a Pepa que cante... y yo soy también er que le va a sortá a usté dos gofetás en cuanto rechiste, y er que le dise ahora que por la puerta se va a la cayel

TABURETE. ¿Quéeee?

ANGELILLO. ¡Aquí está usté de más! ¡Se acabó er perjudicá a esta tienda con escándalos y bravatas! ¡Y si su pareja de usté quié seguirlo, tampoco vamos perdiendo gran cosa!

TABURETE. *A los demás.* ¿Qué hago yo? ¿Me vi a ensañá con un chiquiyo?

PEPA. Pero ¿tú has escuchao, Bardomero?

BALDOMERO. ¡Sipil

PEPA. ¿Qué?

BALDOMERO. ¡Que sípi!

PEPA. Y ¿estás conforme?

BALDOMERO. ¡Naturacal

PEPA. ¿Ah, sí? ¡Ea, pos anda y que te enmie-
len! ¡Vámonos, José María, que tengo yo dos
manos mu hermosas pa trabajá en cuarquier par-
te y ganarlo pa tíl ¡Vente, hijo de mi armal *Coge
su mantón y agarra del brazo a Taburete.*

TABURETE. ¡Vámonos, sí; que hay muchos días
pa ajustá cuentas! ¡Er que quiera argo con Tabu-
rete, en la Plasa e Viyasís estoy toas las mañanas
junto ar puesto e los calentitos! Argunas veces
no se me ve con el humo, pero ayí estoy.

PEPA. ¡Anda y no hagas casol! ¡Lo mismo ér
que el otro, son unos desagradesíos! ¡Pagarte así,
con er carté que tú le dabas a la tienda! ¡Vámo-
nos, que la caye es mu anchal

*Vase por la puerta del foro, con su queridísimo
Taburete.*

JUAN DE DIOS. ¡Mu bien, Angeliyol

PEREGRÍN. Pero ¡bien de veras!

CURRO. ¡De lo güeno güeno, lo *aguanosol*

BADANA. ¡*Chachipél*

BALDOMERO. ¡No hay otro pa arreglá cues-
tiones!

ANGELILLO. ¡Pos claro, señól! ¡Yega un mo-
mento en que se jarta una piedra e la caye de
que la pisen tantol! ¡Y a mí me duele ya el arma
de vé la mala pata de este pobre hombre, y de

que to dios se amonte en él ¡Es como ustedes, que sobre pasarse aquí la vía sin hablá más que de cosas tristes, espantando a los parroquianos, por to favó se nos aparesen hoy con esta vela pa las tormentas!

CURRO. ¡Oiga usté, criaturita!

JUAN DE DIOS. ¡Oye tú!

PEREGRÍN. ¡Bardomerol!

BADANA. ¡Bardomerol!

PEREGRÍN. ¿Tú autorisas este sabruto?

BALDOMERO. ¡*Sipi!*

CURRO. ¿Es que me hase usté burla, amigo?

BALDOMERO. *Sipi; digo, nopi.* ¡Es que yo también tengo grasial!

CURRO. Pos mire usté: lo que me sobran a mí en Seviya son tiendas donde un fósforo que yo tire, lo recogen.

ANGELILLO. ¡Irá usté a arguna serería!

CURRO. Voy adonde me sale de adentro, niño. ¡De verano! *Encamínase a la puerta del foro.*

JUAN DE DIOS. ¡No te enfaes, Curro!

CURRO. ¿No me he de enfadá, Juan de Dios?

PEREGRÍN. ¡Rasón tienel!

JUAN DE DIOS. ¡Te acordarás de este desaire, Bardomerol!

BADANA. ¡Te acordarás!

Vanse los tres con Curro, comentando indignados el suceso.

BALDOMERO. *Abriendo los brazos a Angelillo.*
¡Ven acá, Angeliyo, ven acá, que desde ahora te

quiero como si te hubiera parío mi mujél ¡Ven acá, que en dos minutos me has espantao de aquí toas las plagas que me cercaban!

ANGELILLO. *Después de abrazarlo.* Pos, mi amo, otavía soy yo capá de sacarlo a usté a flote.

BALDOMERO. ¿Cómo?

ANGELILLO. Déjeme usté siquiera un mes encargao de la tienda, y si esto cambia e rumbo, usté me paga con lo que yo le pía.

BALDOMERO. ¡Firmaol

ANGELILLO. ¿De veras?

BALDOMERO. ¡Te digo que firmao, Angeliyol

ANGELILLO. *Señalando a la puerta del foro, en donde aparece Leonor.* ¡Pos ayí está er premiol

BALDOMERO. *Con gran sorpresa.* ¿Mi chiquiyya?

ANGELILLO. Como usté ve, no me queo corto. Entra.

BALDOMERO. ¿Te gusta mi chiquiyya?

ANGELILLO. ¡Me gusta más que comé con los deos!

LEONOR. Y yo lo quiero a ér más que a nadie en er mundo.

BALDOMERO. ¡Pos andá y peleá juntos con er sino, que a mí siempre me ha echao bola negral. Pué que sea lo único asertao que yo haga en esta vía.

Pasa la Sorda por la calle del foro de derecha a izquierda.

SORDA. ¡Er catorse mí... quinientos veintisincol ¿A quién le doy la suerte?

Baldomero huye al oírla.

ANGELILLO. ¡A nosotros va a sé! Con er poco dinero que haya en er cajón vi a comprá ese dé-simo.

LEONOR. ¡Muy bien pensaol Y luego lo primero que hay que hasé es cambiarle a la tienda er nombre.

ANGELILLO. ¿Cómo quieres tú que le pongamos?

LEONOR. «La güena sombra». ¿Te parese?

ANGELILLO. Me parese.

LEONOR. *Al público:*

Mi papá la deja;
ya la tienda es otra...

De hoy en adelante será ésta la «Tienda
de la güena sombra».

FIN

Fuenterrabía, agosto, 1906.

ÍNDICE

PÁGINAS

El género ínfimo.....	5
La Reina Mora.....	33
Zaragatas.....	97
El mal de amores.....	145
El amor en solfa.....	209
La mala sombra.....	269



TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

TOMO I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón. — La reja. — Apéndice.

TOMO II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima. — El patio. — Los Galeotes.

TOMO III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

TOMO IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces. — El motete. — El estreno. — Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

TOMO V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena. — Pepita Reyes. — Mañana de sol.

TOMO VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala. — Amor a oscuras. — La casa de García. — A la luz de la luna.

TOMO VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro. — Los meritorios. — La zahorí. — La contrata. — El nuevo servidor. — La aventura de los Galeotes.

TOMO VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa. — El agua milagrosa. — La musa loca. — Herida de muerte.

TOMO IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre. — El niño prodigio. — La vida que vuelve.

TOMO X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo. — La reina mora. — Zaragatas. — El mal de amores. — El amor en solfa. — La mala sombra.

TOMO XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda. — El último capítulo. — Las de Caín. — Sin palabras.

TOMO XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos. — ¿A quién me recuerda usted? — Doña Clarines. — Los ojos de luto.

TOMO XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza. — Los chorros del oro. — Morritos. — Nanita, nana... — La zancadilla. — La bella Lucerito. — Las buñoleras. — Cuatro palabras. — Sangre gorda. — Carta a Juan Soldado. — Solico en el mundo. — Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.
El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES.

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de El.—El ilustre huésped.
Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

TOMO XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia. — Anita la risueña.
El amor bandolero. — Isidrín o Las
cuarenta y nueve provincias. — Bec-
queriana. — Diana cazadora o Pena de
muerte al Amor.

TOMO XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro
López. — La calumniada.

TOMO XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco. — El mundo es un
pañuelo. — Pasionera.

TOMO XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento
de América. — La sillita. — Castañuela,
arbitrista. — La seria. — El mal ángel.
El cuartito de hora. — Cabellos de
plata. — Acacia y Melitón. — Ganas de
reñir. — Y otras.

TOMO XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura. — La moral de Arra-
bales. — La prisa. — La flor en el libro.

TOMO XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero. — La quema. — Las
vueltas que da el mundo. — Las ben-
didas Máscaras.

TOMO XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo. — La casa de
enfrente. — Los marchosos. — La del
Dos de Mayo. — Los pápiros.

Esta coleccion continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Alvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

El orden de publicación de los tomos se alterará siempre que la última edición particular de alguna de las obras esté agotada y se considere conveniente su pronta reimpresión.

PUBLICADOS:

TOMOS I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XII.

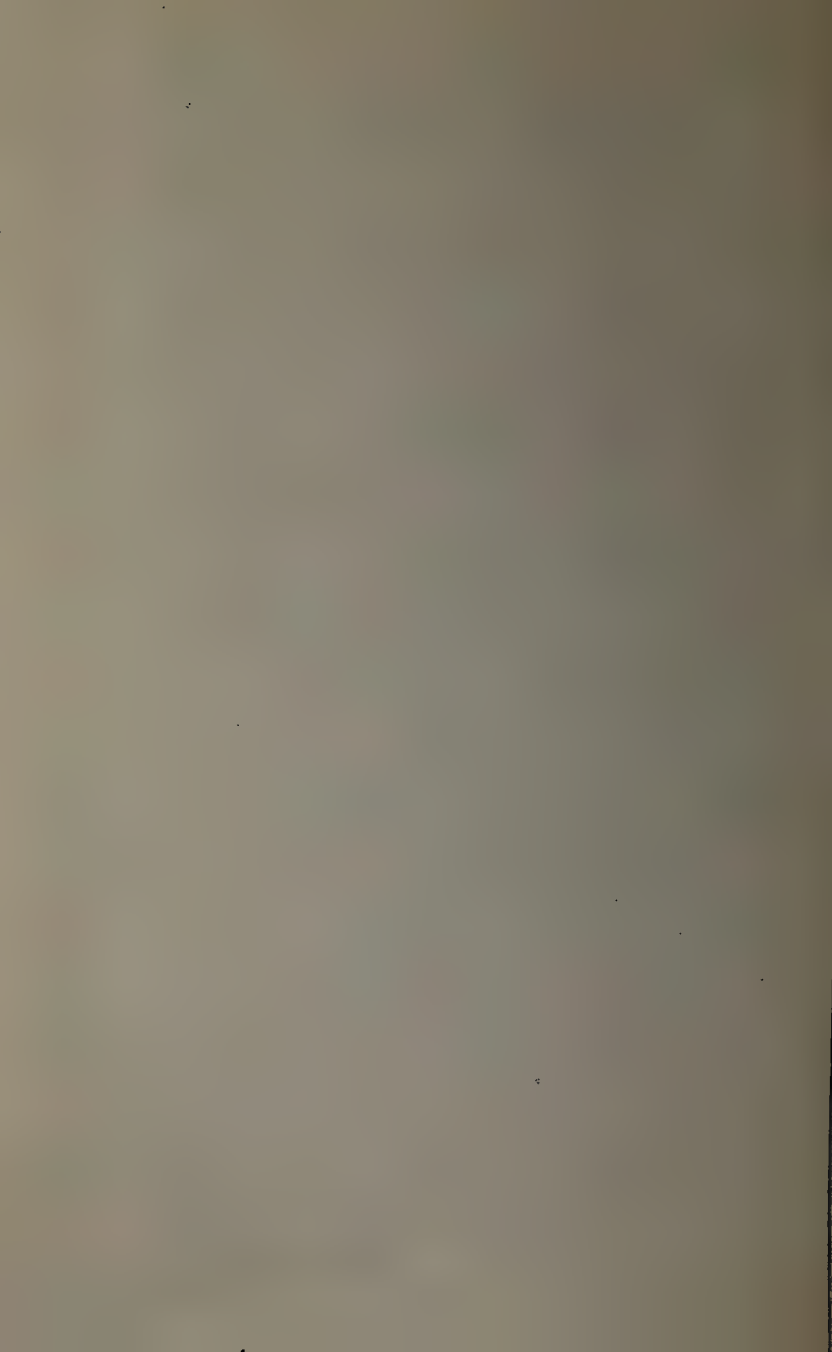
EN PRENSA:

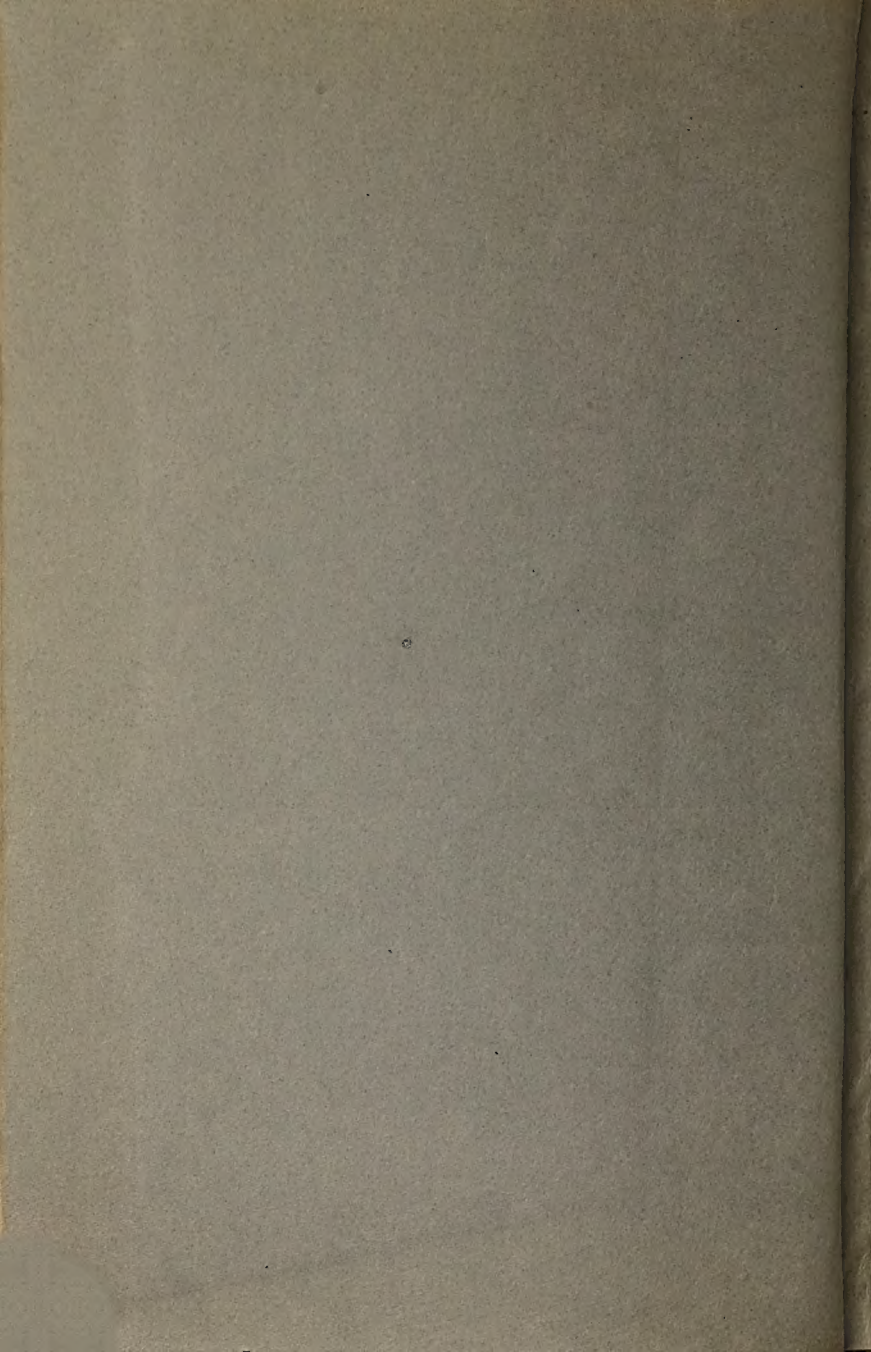
TOMO XI.

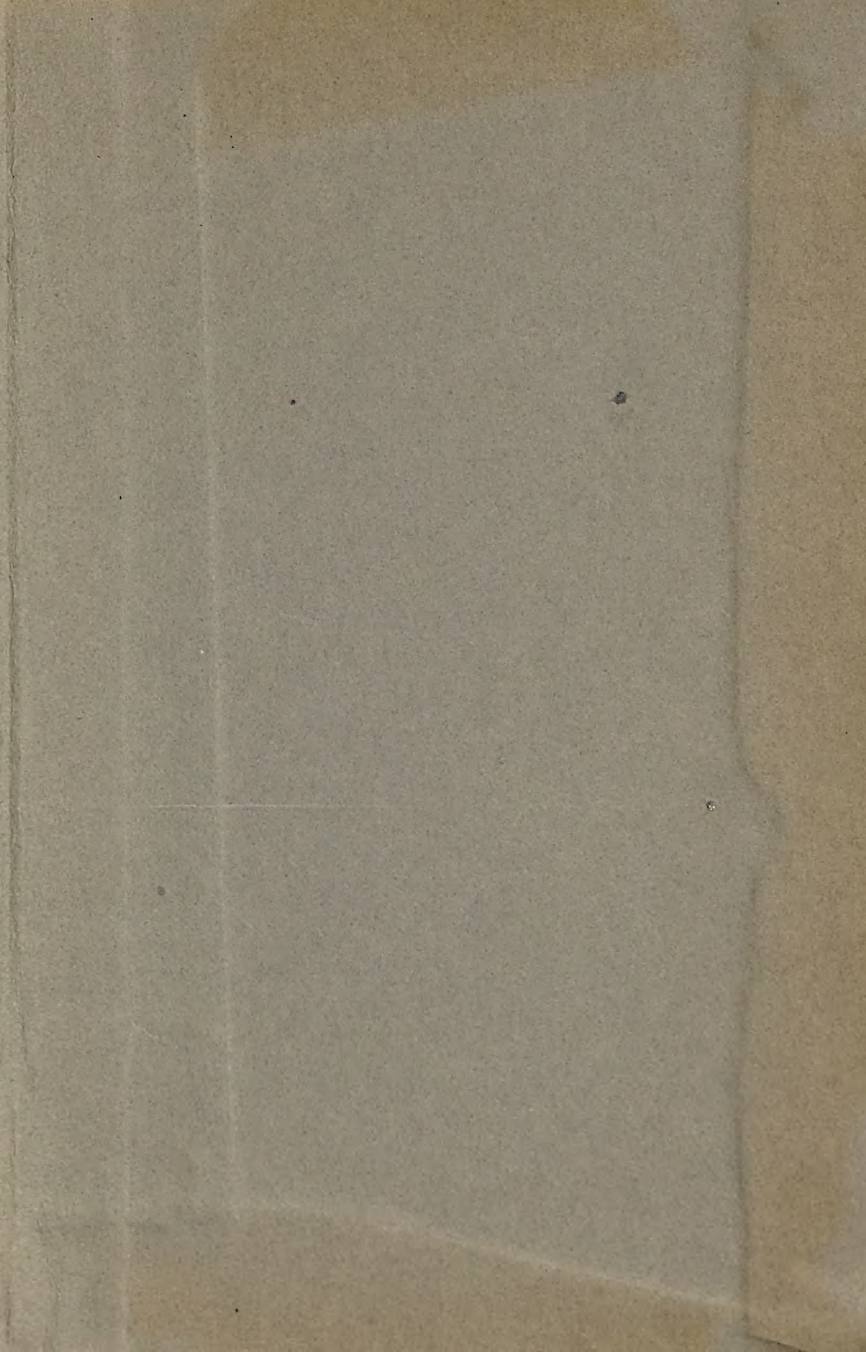
PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

14-6521











3 0081 007 948 734